



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Facultad de Ciencias Sociales

Unidad de Posgrado

La seguridad pública de Lima y la formación del Estado peruano (1825-1855)

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Historia

AUTOR

Carlos Jesús RÍOS RODRIGUEZ

ASESOR

Cristóbal Roque ALJOVÍN DE LOSADA

Lima, Perú

2018

**Página de aceptación de la Tesis por parte de los
miembros del Jurado Examinador**

A mis padres

Agradecimientos

La finalización de la presente tesis no hubiera sido posible sin el apoyo y el aliento de numerosas personas. En primer lugar, debo agradecer al profesor Cristóbal Aljovín, mi asesor, cuyas críticas y comentarios agudos me permitieron mejorar las múltiples versiones que tuvo esta tesis, y, a su vez, aprender la importancia de vincular los hallazgos empíricos de toda investigación con los grandes temas de la historiografía, lo cual es lo que nos puede permitir comprender, en gran medida, las transformaciones de los procesos históricos. En ese sentido, los consejos de los profesores David Velásquez y Francisco Quiroz también me ayudaron a mejorar el contenido de esta investigación.

Además, amigos como Marcos Garfias, Javier Pérez Valdivia, Gonzalo Puch y Ricardo Gavilán me brindaron varias sugerencias que me ayudaron a afinar los planteamientos de esta tesis. Al primero le agradezco también la formación de un grupo de investigación que se ha propuesto profundizar en la historia del Estado peruano, y en el que se discutió en varias oportunidades el proyecto y los primeros esbozos de esta tesis. Estas jornadas de conversación me aportaron ideas y la motivación suficiente para continuar avanzando en la investigación. Asimismo, agradezco la ayuda de Gabriela Mayhua en el proceso de recopilación de las fuentes que han sido usadas en esta investigación.

Por otro lado, debo subrayar la labor de los colegas Lucy Valdez, Henri Villalón y Félix Escalante, quienes trabajan en el Archivo Republicano del Archivo General de la Nación. Las numerosas veces que asistí a investigar a dicho archivo pude apreciar la eficiencia, empeño y amabilidad que resaltan su valiosa labor. En ese sentido, también debó reconocer el trabajo de Germán Matute, quien tiene a su cargo el Archivo Histórico Militar, ya que siempre está dispuesto a apoyar a los investigadores que se acercan a consultar la valiosa documentación que custodia.

Finalmente, debo agradecer a mis padres, Carlos Enrique y María del Rosario, quienes permanentemente alientan mi vocación por la investigación.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	1
1. LA CUESTIÓN DE LA SEGURIDAD EN LIMA.....	7
1.1 La ciudad y la inseguridad pública.....	8
1.2 De las reformas borbónicas a la temprana república: seguridad pública y formación de un proyecto político.....	15
2. LA FORMACIÓN DE UN MODELO DE SEGURIDAD PÚBLICA: LA NORMATIVIDAD ACERCA DE LAS FUERZAS POLICIALES Y SU ACCIONAR COERCITIVO	20
2.1 Los antecedentes a fines de la época colonial y durante la era de la independencia	21
2.2 La normatividad acerca de las fuerzas policiales	26
2.3 La normatividad acerca de la coerción policial	33
3. LA FORMACIÓN DE LAS DIMENSIONES DE LAS FUERZAS POLICIALES	37
3.1 El caso las fuerzas policiales del Ejército.....	40
3.2 El caso de la Compañía de Serenos	52
4. EL USO DE LA COERCIÓN POLICIAL	59
4.1 La formación de la capacidad disuasoria policial.....	60
4.1.1 El caso de las fuerzas policiales del Ejército	60
4.1.2 El caso de los serenos	71
4.2 De la iniciativa policial a la participación vecinal: la represión del delito..	75
CONCLUSIONES.....	83
ANEXOS	87
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	134

Índice de cuadros

1. Robos denunciados ante el Poder Judicial en Lima durante la temprana república.....	10
2. Cantidad de delitos denunciados ante el poder judicial en Lima a mediados del siglo XIX de acuerdo a Manuel Atanasio Fuentes.....	12
3. Relación de funciones asignadas al escuadrón de policía durante la temprana república.....	61
4. Relación de las funciones asignadas a la infantería de policía de Lima en enero de 1846.....	64
5. Impacto de las guerras civiles e internacionales en las dimensiones de las fuerzas policiales del Ejército.....	69

Índice de gráficos

1. Variaciones de los promedios anuales de la tropa de las fuerzas policiales del Ejército (1827 - 1838)	41
2. Variaciones de los promedios anuales de la tropa de las fuerzas policiales del Ejército (1839-1844)	46
3. Variaciones de los promedios anuales de la tropa de las fuerzas policiales del Ejército (1845-1852)	48
4. Variaciones de los promedios anuales de la tropa de las fuerzas policiales del Ejército (1852-1855)	50
5. Variaciones de los promedios anuales del número de serenos (1840-1852)	53
6. Cifras mensuales de serenos (1854-1855).....	57
7. Variaciones de los promedios anuales de la tropa de la infantería de policía (1836-1852)	67

Índice de anexos

1. Mapa de la ciudad de Lima (1858)	88
2. Denominaciones de las fuerzas policiales del Ejército (1825–1855).....	90
3. Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón Dragones de Policía (1827-1829)	91
4. Cifras de integrantes de la tropa de la Compañía de seguridad Pública (1830-1834)	94
5. Cifras de integrantes de la tropa del Cuerpo de Policía (1835).....	95
6. Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón de Gendarmes de Lima (1835) ...	95
7. Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón Dragones de Lima (1835).....	96
8. Cifras de integrantes de la tropa del Cuerpo de Policía (1836).....	97
9. Cifras de integrantes de la tropa del Cuerpo y Escuadrón de Policía (1837-1838)	98
10. Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón Dragones de Policía (1839)	100
11. Cifras de integrantes de la tropa de la Columna de Infantería de Policía (1839-1842)	101
12. Cifras de integrantes de la tropa de la tropa de la Columna Veterana de Policía (1843)	102
13. Cifras de integrantes de la tropa de la Compañía de Capa (1843-1844).....	103
14. Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón de Policía (1844-1852)	104
15. Cifras de integrantes de la tropa de la Columna de Infantería de Policía (1844-1852)	111
16. Cifras de integrantes de la tropa del Regimiento de Gendarmes de Caballería (1852-1855)	116
17. Cifras de integrantes de la tropa del Batallón de Gendarmes de Infantería (1852-1855)	120
18. Cifras de integrantes de la Compañía de Serenos (1840-1852)	124
19. Cifras de integrantes del Piquete de Serenos Montados (1850-1851)	127
20. Cifras de integrantes del Compañía de Vigilantes montados (1851-1852)	128
21. Cifras de integrantes de la Compañía de Serenos (1853-1855)	129
22. Cifras de integrantes de la Columna de Vigilantes a caballo (1855)	130
23. Promedios anuales de las cifras de integrantes de la tropa de las fuerzas policiales formadas por el Ejército (1827-1855)	131

24. Promedios anuales de las cifras de integrantes de la infantería de policía (1836-1852)	132
25. Promedios anuales de las cifras de integrantes de la Compañía de Serenos (1840-1855)	133

Resumen

El objetivo principal de esta tesis es analizar la formación del Estado en la ciudad de Lima a través de dos aspectos: las transformaciones de las dimensiones numéricas de sus fuerzas policiales, y el accionar coercitivo de estas. Se plantea básicamente dos premisas. En primer lugar, que las guerras debilitaban la capacidad coercitiva estatal relacionada a la seguridad pública debido a que comúnmente provocaban que se redujera el número de efectivos de las fuerzas policiales del Ejército para proveer de hombres a las compañías militares que participaban activamente en este tipo de conflictos armados. En cambio, ello no ocurrió en el caso de la Compañía de Serenos debido a que se consolidó una clara separación entre esta fuerza policial y el Ejército, es decir, sus miembros no eran reclutados comúnmente. En segundo lugar, que el despliegue de agentes policiales en la ciudad generó la emergencia de un nuevo tipo de relación entre el Estado y la sociedad que no solo se basó en el ejercicio de la coerción policial, sino también en la formación de una cultura de la prevención que estimulaba a los vecinos a colaborar con los agentes policiales en la disuasión y represión del delito. De esta manera, se potenciaba la débil capacidad coercitiva del Estado, así como también generaba que sus fronteras con la sociedad se tornaran porosas debido a que gran parte de esta se involucraba en la tarea de la seguridad pública.

Palabras clave: seguridad pública, Estado, Ejército, fuerzas policiales, coerción.

Abstract

The main objective of this thesis is to analyze the formation of the State in the city of Lima through two aspects: the transformations of the numerical dimensions of its police forces, and the coercive action of these. It basically raises two premises. First, wars weakened the state's coercive capacity related to public security because they commonly caused the number of troops of the Army's police forces to be reduced to provide men to the military companies that actively participated in this type of armed conflicts. On the other hand, this did not happen in the case of the Serenos Company because a clear separation between this police force and the Army was consolidated, that is, its members were not commonly recruited. Second, the deployment of police agents in the city generated the emergence of a new type of relationship between the State and society that was not only based on the exercise of police coercion, but also on the formation of a culture of the prevention that stimulated the neighbors to collaborate with the police agents in the deterrence and repression of the crime. In this way, the weak coercive capacity of the State was strengthened, as well as generating its borders with society to become porous due to the fact that a large part of this was involved in the task of public security.

Key words: public security, State, Army, police forces, coercion.

Introducción

En 1826 se dejó claro que para el gobierno republicano la “seguridad pública” era “el bien primario e inapreciable que espera todo hombre de la sociedad en que vive y a que tiene incuestionable derecho [...] desvelándose el Gobierno por evitar que no se turbe por los malhechores, y que las propiedades y personas, reposen a cubierto de ataques y violencia en poblado y en el campo” (Oviedo, 1861 [1826], p. 294). Sin embargo, diez años después, a fines de 1835, las fuerzas policiales fueron sacadas de esta urbe debido a que fueron incorporadas al ejército del caudillo Felipe Santiago Salaverry, permitiendo así que el montonero León Escobar y sus huestes pudiera ingresar a saquear la ciudad (Basadre, 2015, tomo 2, pp. 106-107). El contraste entre este hecho y lo manifestado por las autoridades sobre la importancia de la seguridad de la población años atrás evidencia las continuas transformaciones que dieron forma al proceso de consolidación de la autoridad estatal en Lima durante la temprana república. Por lo tanto, resulta pertinente analizar la formación del Estado en Lima durante esta época, a partir de sus acciones en relación a la seguridad pública, lo cual es el objetivo de esta tesis.

En esta investigación, nos centraremos en dos acciones estatales: el proceso de formación de las dimensiones de las fuerzas policiales de Lima –las compañías policiales formadas por el Ejército y la Compañía de Serenos–, es decir, las variaciones de las cantidades de efectivos que las integraban; y las estrategias coercitivas en las que estuvieron involucrados los integrantes de estas fuerzas policiales en relación a la disuasión y represión de las acciones contra la vida y las propiedades de las personas al interior de la ciudad.

El marco temporal abarca desde los días posteriores a la consolidación de la independencia en la batalla de Ayacucho, a fines de 1824, hasta 1855 cuando se prohibió que la Gendarmería lleve a cabo funciones militares. Podemos dividir este periodo, a grandes rasgos, en dos etapas. La primera, entre 1825 y 1844, estuvo marcada por la pobreza de la hacienda pública, y la inestabilidad política que tuvo como una de sus principales consecuencias las guerras civiles entre los caudillos militares, principalmente entre 1834 y 1844. La segunda etapa, entre 1845 y 1855, en cambio, estuvo caracterizada

por el constante incremento de los ingresos fiscales como consecuencia del inicio de las exportaciones del guano; y una relativa estabilidad política que abarcó de 1845 a 1853; es decir, todo el primer gobierno de Ramón Castilla y la primera parte del gobierno de José Rufino Echenique, hasta que la cruenta guerra civil de 1854 dio paso al segundo gobierno del primero a inicios de 1855.

Dentro de la historiografía sobre el Perú y el resto de América Latina el estudio de la seguridad pública y su relación con la formación del Estado, ha sido sumamente desatendida. Para el caso de Lima, se ha estudiado la formación de las fuerzas policiales a partir de un análisis descriptivo de su normatividad (Zapata Cesti, 1949; Merino, 1966).

Para el caso de Arequipa, en cambio, Sarah Chambers (2003) ha analizado la formación de la fuerza policial y el accionar de esta. La evidencia que presenta sobre su establecimiento en la ciudad, y la tendencia a que su número de efectivos aumentase, demuestra que el Estado buscaba fortalecer su capacidad coercitiva dentro de este espacio urbano. Sin embargo, su análisis se torna reduccionista cuando aborda el accionar policial y la respuesta que provoca en la población debido el énfasis que le da a la dicotomía imposición – resistencia, lo cual le impide tomar en cuenta, por ejemplo, la formación de relaciones de cooperación entre los agentes policiales y la población.

Para el caso de las ciudades de Chile, Daniel Palma Alvarado (2016) ha trazado una historia institucional del cuerpo de Serenos en el siglo XIX. En la misma línea, Diego Pulido (2017) ha examinado la formación de las fuerzas policiales en México entre 1824 y 1861. Estos estudios demuestran que la institucionalización y el fortalecimiento de las fuerzas policiales en los espacios urbanos era un fenómeno transnacional. Asimismo, si bien estos autores no analizan el accionar coercitivo de los agentes policiales, se puede deducir que la institucionalización de las fuerzas policiales significó un cambio en las relaciones entre el Estado y la sociedad, especialmente a nivel urbano.

Ahora bien, en el territorio peruano, durante la época colonial, las corporaciones, principalmente los cabildos, tuvieron un papel central en el gobierno de las ciudades, villas y pueblos de indios, como en el resto de las colonias españolas en América. Si bien la creación de los cabildos era autorizada por la monarquía, la cual también regulaba su funcionamiento, dichas corporaciones tenían un gran margen de autonomía para gobernar su jurisdicción. En ese sentido, la seguridad de la población era una de las múltiples

funciones que estaban a cargo de los cabildos (Lemperiere, 2013, pp.87-98). Es sobre esta estructura de gobierno que se instaura un gobierno republicano en el Perú durante la época de la independencia. Por ello, en los primeros años de la era republicana, la capacidad coercitiva del nuevo modelo de gobierno estaba sumamente lejos de asemejarse a un Estado moderno que monopoliza el ejercicio de la coacción física legal, tal como lo planteó Max Weber (2002, p.1056). Sin embargo, una clara señal de que con la fundación del gobierno republicano en el Perú se inició un proceso de formación de un Estado moderno se concretó en 1828 cuando se prohibió a las municipalidades, el equivalente republicano del cabildo, participar en la función de la seguridad pública, ya que esta pasaba a ser solamente una tarea del Poder Ejecutivo (Oviedo, 1861 [1828], tomo 2, p.373). Por lo tanto, la centralización de esta función en el Poder Ejecutivo facultaba legalmente a esta estructura de gobierno a ser la única capaz de organizar fuerzas policiales y, por ende, le permitía desarrollar una capacidad coercitiva que indudablemente implicaba el uso de la coacción física.

Cabe precisar, además, que en esta tesis consideramos que el Estado no se encuentra separado de la sociedad, sino inmerso en esta; es decir, los actores sociales que lo integran tienen sus propios intereses y, por ende, pueden llegar a actuar contra el Estado mismo (Migdal, 2008, pp.34-44). El caso del Perú de la temprana república no es la excepción. La guerra civil se convirtió en una constante en este periodo. Por lo tanto, el Estado se convirtió más que en “una red compacta de instituciones” en “un lugar en disputa: un Estado en formación en el sentido más literal del término” (Méndez, 2014, p.376). En ese sentido, la estructura de gobierno se tornó sumamente precaria e inestable debido a que la dinámica bélica socavaba sus cimientos. En el caso de Lima esto fue evidente en 1835, como hemos mencionado anteriormente, cuando un grupo de montoneros y salteadores de caminos ingresaron a su interior a saquear.

Sin embargo, la existencia de fuerzas policiales en la ciudad de Lima demuestra que el gobierno republicano invertía en la protección de la población, es decir, en la seguridad pública; lo cual para Charles Tilly es uno de los factores sobre los cuales se construye los Estados nacionales (1992, p.48). En este sentido, para el mismo autor, los estados vendrían a ser “organizaciones diferenciadas que controlan los principales medios de coerción concentrados dentro de espacios bien definidos” (p.45). Por lo tanto, de acuerdo a este esquema, el concepto de coerción se convierte en una de las claves de nuestro

análisis. ¿Qué entiende Tilly por coerción? Define este concepto como “toda aplicación concentrada como amenaza o realidad, de acciones que por lo general causan pérdida o perjuicio a las personas o a las posesiones de particulares o grupos, los cuales son conscientes tanto de la acción como de sus posibles daños” (p. 44). Si bien Tilly usa este concepto principalmente para analizar la capacidad de los estados para extraer recursos y hombres de la sociedad con el fin de fortalecer sus ejércitos; su uso como herramienta de análisis en esta tesis nos es sumamente útil para entender la diversidad de estrategias policiales, y para enfatizar la importancia, dentro del proceso de formación de los estados, de la construcción de capacidades coercitivas vinculadas al control social.

Es pertinente precisar, asimismo, que, en el Perú, gran parte de las fuerzas policiales dependieron del Ejército durante la temprana república. En consecuencia, la formación de las dimensiones de estas compañías policiales no se puede comprender sin tomar en cuenta las transformaciones del Ejército. Las dimensiones de esta institución hasta fines del siglo XIX fueron sumamente inestables. Cada gobierno reorganizaba al Ejército de acuerdo a sus propios intereses y objetivos (Velásquez, 2013, pp.34-36). La clave para entender este fenómeno reside en la porosidad de la fuerza armada. No existía una clara diferenciación entre Ejército y sociedad porque la inestabilidad política generaba que los individuos pasaran continuamente de una esfera otra (Aljovín, 2000, p.158). Por ello, la conformación de las fuerzas policiales fue sumamente vulnerable a las alteraciones de las dimensiones del Ejército.

Ello no debe originar que soslayemos la importancia que tiene el despliegue de fuerzas policiales dentro de un espacio. Este no es solo un factor clave a la hora de definir “la capacidad del Estado para penetrar en la sociedad civil y poner en ejecución logísticamente las decisiones políticas en todo el país” (Mann, 2006, p.6), sino que puede suponer también que dentro de la cultura política de una población se empieza a asociar al Estado “con la imagen de una organización dominante coherente sobre un territorio” (Migdal, 2011, p.34), lo que implica el reforzamiento de su hegemonía simbólica sobre la sociedad. Por ello, en la etapa inicial de formación de un Estado moderno, el despliegue de fuerzas policiales puede tornarse un factor crucial para consolidar su autoridad dentro la sociedad.

Ahora bien, en esta tesis se plantea básicamente dos premisas. En primer lugar, que las guerras debilitaban la capacidad coercitiva estatal relacionada a la seguridad pública

debido a que comúnmente provocaban que se redujera el número de efectivos de las fuerzas policiales del Ejército para proveer de hombres a las compañías militares que participaban activamente en este tipo de conflictos armados. En cambio, ello no ocurrió en el caso de la Compañía de Serenos debido a que se consolidó una clara separación entre esta fuerza policial y el Ejército, es decir, sus miembros no eran reclutados comúnmente. En segundo lugar, que el despliegue de agentes policiales en la ciudad generó la emergencia de un nuevo tipo de relación entre el Estado y la sociedad que no solo se basó en el ejercicio de la coerción policial, sino también en la formación de una cultura de la prevención que estimulaba a los vecinos a colaborar con los agentes policiales en la disuasión y represión del delito. De esta manera, se potenciaba la débil capacidad coercitiva del Estado, así como también generaba que sus fronteras con la sociedad se tornaran porosas debido a que gran parte de esta se involucraba en la tarea de la seguridad pública.

El desarrollo de esta tesis pretende subrayar que la seguridad pública es un tema de análisis a partir del cual se puede entender en gran medida la complejidad de la formación del Estado peruano, especialmente los procesos de construcción de su capacidad coercitiva. Además, así como Cecilia Méndez ha demostrado que durante la temprana república las guerras generaron el empoderamiento de los gobiernos locales en las zonas rurales (2013, pp.389-397), y la consolidación de relaciones políticas basadas en la negociación entre los caudillos que pugnaban por el control del Estado y las poblaciones campesinas (2014, pp.295-351); el análisis de la construcción de la capacidad estatal relacionada a la seguridad pública en Lima durante este mismo periodo se presenta como una buena entrada para entender el impacto de la dinámica bélica en la formación del Estado en las ciudades.

Fuentes

En el desarrollo de esta investigación, se han consultado diversos tipos de fuentes. Se ha examinado las constituciones promulgadas durante la temprana república que se encuentran en el Archivo Digital de la Legislación Peruana, y se han revisado las leyes, reglamentos y decretos que se encuentran en la colección compilada por Juan Oviedo

entre 1861 y 1870; a fin de identificar la normatividad acerca de las medidas estatales en relación a la seguridad pública, y desentrañar los proyectos políticos que les daban forma.

Asimismo, en el Archivo General de la Nación se ha examinado las listas de revista de las fuerzas policiales -documentación enviada al Ministerio de Hacienda con el fin de que se concreten los pagos de los sueldos de los agentes policiales- para conocer la variación del número de efectivos de la tropa de las fuerzas policiales. Dentro de este archivo también hemos consultado los partes policiales, elaborados comúnmente por inspectores de barrio y serenos, que se encuentran dentro de las causas criminales¹. Estas fuentes nos han permitido analizar el accionar coercitivo de los agentes policiales. Para ello también nos ha sido útil el diario *El Comercio*.

Por último, dentro del Archivo Histórico Militar se ha revisado la correspondencia enviada principalmente por la Prefectura de Lima y los comandantes de las fuerzas policiales, al Ministerio de Guerra y Marina, para conocer cómo eran usadas las fuerzas policiales.

Estructura de la tesis

Esta tesis se divide en cuatro capítulos. En el primero se examina el fenómeno de la inseguridad en Lima, así como la importancia de la seguridad pública como pilar fundamental del proyecto político que durante la temprana república se expresó en las constituciones, y que buscaba reforzar la autoridad del Estado, y al mismo tiempo, conducir a la sociedad hacía el orden, la disciplina y el trabajo. Este discurso significó, en gran medida, una continuidad del proyecto borbónico.

En el segundo capítulo se examina la normatividad acerca de la formación de las fuerzas policiales y su accionar coercitivo en relación seguridad pública. El primer punto tuvo algunos hitos importantes. A partir de la promulgación de la Constitución de 1823 el Ejército empezó a formar compañías policiales. Los reglamentos de 1834 y de 1839, a su vez, buscaron reforzar a la Compañía de Serenos. En 1852, finalmente, se decidió

¹ Las causas criminales no se encuentran catalogadas. Por ello, cuando se citen en esta tesis se colocarán entre corchetes las fechas extremas de los expedientes, para precisar su ubicación.

unificar a esta compañía y a los cuerpos formados por el Ejército en la Gendarmería. En cuanto al accionar coercitivo, se estableció que los agentes policiales debían vigilar constantemente las calles de la ciudad, y que podían capturar a los que encontraran delinquiendo *in fraganti* o a los que consideraran sospechosos.

En el tercer capítulo se examina la formación de las dimensiones de las fuerzas policiales, proceso que se expresó en dos tendencias distintas. En primer lugar, las dimensiones de las fuerzas policiales del Ejército estuvieron marcadas por una constante inestabilidad, cuyo motor fueron las guerras. Estos conflictos exigían la movilización de gran cantidad de hombres, por lo cual se reducía el número de efectivos policiales para fortalecer a las unidades militares que marchaban al campo de batalla. En cambio, el número de integrantes de la Compañía de Serenos se mantuvo estable desde 1840 –año a partir del cual tenemos cifras mensuales– debido a que sus recursos económicos eran recaudados entre la población, manifestando explícitamente que serían destinados únicamente al sostenimiento económico de esta compañía; por lo cual se generaba una presión social en torno a la permanencia de los serenos en la ciudad. Además, esto era considerado por los gobiernos como una fuente importante de legitimidad.

Finalmente, en el cuarto capítulo se analiza el accionar coercitivo de las fuerzas policiales. A pesar que la participación de las compañías policiales del Ejército fue sumamente reducida debido a que gran parte de sus efectivos eran destinados a patrullar los caminos afuera de la ciudad, o a realizar tareas ajenas a la seguridad pública, su presencia en la ciudad permitía disuadir el ingreso de salteadores de caminos o de montoneros. Asimismo, la decisión de desplegar a todos los serenos en las calles generaba que los limeños cooperaran con ellos, lo cual potenciaba la débil capacidad coercitiva estatal, y consolidaba la representación del gobierno republicano dentro de la cultura política de la población, como una institución que asumía la función de la seguridad pública como una tarea permanente.

Capítulo 1

La cuestión de la seguridad en Lima

La inseguridad pública en la ciudad de Lima durante la temprana república no solo se basaba en la abundancia de robos. También la vida de las personas era amenazada por la violencia física que marcaba las relaciones sociales, y que podía pasar desapercibida si se practicaba dentro de los espacios privados. Además, la población vivía atemorizada ante una posible entrada de grupos de montoneros a la ciudad en contextos de guerra civil. La inestabilidad política generó que esta posibilidad estuviese latente durante la temprana república.

La seguridad pública se convirtió en uno de los pilares del orden social y político que buscaba ser legitimado en las constituciones y resguardado por las compañías policiales. La preocupación de las autoridades de Lima por solucionar la cuestión de la seguridad fue parte de un proyecto político que buscaba principalmente reforzar la legitimidad de la autoridad del gobierno republicano entre la población, y, al mismo tiempo, transformar la sociedad, formando individuos laboriosos, cuya antítesis sería el delincuente y el vago. Este proyecto fue una continuidad, en gran medida, de las reformas borbónicas. Sin embargo, la introducción del concepto de ciudadanía en las constituciones y, por ende, de la idea de igualdad ante la ley provocó que en la normatividad no se asociara la inseguridad pública con un grupo social determinado como había ocurrido durante la época colonial.

1.1 La ciudad y la inseguridad pública

Para las autoridades, Lima fue una ciudad insegura durante la temprana república. En 1827 el jurista Manuel Lorenzo de Vidaurre señaló que la ciudad se encontraba “cruelmente atacada por malhechores”.² En 1850 el ministro de gobierno Juan Manuel del Mar, por su parte, manifestó que “la capital estaba plagada de malhechores”.³ Sin embargo, esta percepción no era una novedad de este periodo. En 1785 Jorge Escobedo, primer intendente de Lima, manifestó que “muchos son los robos que se experimentan en esta ciudad, y llegando el despecho de sus autores al extremo de no reservar hora, ni noche por clara que este” (Escobedo, 1785, p.25). Es posible afirmar que esta imagen de la ciudad correspondía, en gran medida, con lo que ocurría en su interior durante la temprana república.

Las guerras de independencia provocaron que se agravara el estado de la inseguridad pública. Durante su desarrollo un gran contingente de armas de fuego se dispersó entre la población de todos los sectores sociales (Velásquez, 2013, p.408). En consecuencia, el armamento no fue usado solo para la guerra, sino también para cometer delitos. José de San Martín, comandante del Ejército independentista, fue consciente de ello:

La multitud de robos y toda especie de crímenes que se están cometiendo en esta heroica capital por algunas partidas de hombres que a influjo de las pasadas ocurrencias fueron tolerados y armados en su defensa, cuya criminal conducta borrando cualquiera servicio que hubiesen prestado, se hacen acreedores a mi indignación y a la de todos los hombres, exige imperiosamente todo mi cuidado en precaverlos, pues nada más anhelo que la tranquilidad fraternal de todos los habitantes de este nuevo estado [...] (Oviedo, 1861 [1821], tomo 6, p.291).

En Lima no solo se robaba en las calles, como ocurrió en 1831, por ejemplo, cuando José María Meres y un cómplice le robaron treinta pesos a Domingo Segovia.⁴ Las casas eran también usualmente escenarios de robos, ya que en algunas de ellas se podía encontrar gran cantidad de dinero y objetos de gran valor como alhajas⁵. No obstante, entrar a estos espacios requería de métodos más sofisticados; como hacer un forado en el

² Archivo General de la Nación (AGN), Causas Criminales, legajo (leg.) 3, [06/02/1827 – 01/04/1827], folio (fol.) 4.

³ Archivo Histórico Militar (AHM), 1850, leg. 14, documento (doc.) 92, fols. 1 – 2.

⁴ AGN, Causas Criminales, leg. 16, [21/08/1831 – 12/09/1831], fol. 1

⁵ *El Comercio*, 1 de mayo de 1852.

techo como ocurrió en la zapatería de Antonio Boza,⁶ o usar llaves maestras para abrir las puertas con candado, como ocurrió en uno de los noviciados de la ciudad.⁷

Cuando los ladrones lograban entrar en las casas o tiendas y encontraban gente adentro no dudaban en apelar a la violencia como fue lo que ocurrió en la casa de José Vanco en 1827:

Como a horas de las ocho y media de la noche del día de ayer, se perpetró un robo en la calle de la Penitencia, casa de Don José Vanco en el N° 88 de la manera siguiente, a la hora indicada se hallaba dicho Vanco encerrado en su casa con su familia y un vecino de ella, cuando le tocaron la puerta respondió que quién eres, y le contestaron que buscaban a José, inmediatamente el muchacho abrió la puerta, y entonces se le introdujeron como siete a ocho armados y agarrándoles a los dichos vecinos tapándoles las caras, empezaron los otros a registrar la Casa, llevándoles la poca ropa que encontraron, y maltratando al vecino Santiago Arrollo al cual le rompieron la cabeza después de haberle robado su ropa.⁸

En cambio, en otros casos los ladrones no planificaban su asalto, y, por lo tanto, buscaban entrar a la casa de cualquier manera y huir lo más rápido posible. Eso fue lo que ocurrió con Dominga Palacios y Trinidad Caraba, quienes ingresaron a la casa de Miguel Tafur, protomédico general, “con el pretexto de buscar alquiler”, para robar “una escupidera y un brasero de plata”; por lo cual salieron corriendo de la casa “de suerte que se les prendió en la pulpería de la esquina de la casa”⁹.

Cuando los ladrones no eran capturados inmediatamente, como en este último caso, era posible conocer su identidad rápidamente. La sociabilidad de la ciudad se basaba en relaciones “cara a cara”. Era posible que gran parte de la población se conociera entre sí debido a que Lima era una ciudad pequeña físicamente, que todavía mantenía las murallas construidas en 1687 (véase anexo 1). Recién se “consiguió sobrepasar coordinadamente el límite establecido por las murallas al final del siglo XIX” (Ramón, 1999, p.184). Además, su población durante la temprana república, no tuvo un crecimiento significativo. El censo de 1827 arrojó como resultado 58, 326 habitantes (Gootenberg, 1995, p.21), y el de 1860, 66, 657 (Cosamalón, 2017, p.52).

⁶ AGN, Causas Criminales, leg. 2, [10/07/1825 - 15/11/1825], fol. 1

⁷ *El Comercio*, 5 de marzo de 1847.

⁸ AGN, Causas Criminales, leg. 3, [01/06/1827 – 07/06/1827], fol. 1

⁹ AGN, Causas Criminales, leg. 3, [22/06/1827 – 18/10/1827], fol. 1

Lima estaba dividida en cinco distritos. El quinto se encontraba afuera de la muralla (véase anexo 1), y era considerado el más peligroso. Durante el siglo XIX se percibía comúnmente que estaba habitado por “personas pobres, peligrosas y de mal vivir” (Cosamalón, 2017, p.65).

La contabilidad de total de robos registrados en las causas criminales durante diferentes años nos puede aproximar al impacto de este delito en la sociedad, lo cual se busca plasmar en el cuadro 1.

Cuadro 1
Robos denunciados ante el Poder Judicial en Lima
durante la temprana república

Año	Cantidad de robos
1827	19
1833	35
1840	27
1845	37
1850	29
1855	55

Fuente: Archivo General de la Nación, Poder Judicial, Causas Criminales. 1827: legs. 3-5; 1833: legs. 22-28; 1840: legs.61-66; 1845: legs. 80-85; 1850: legs. 108-112; 1855: legs. 133-141.

Esas cifras, a pesar que no engloban los casos tratados en los juzgados de paz y que lo denunciado en los tribunales no representaba la real magnitud del delito, nos señalan que el número de robos se mantuvo en niveles homogéneos en todos los años, con excepción de 1855. Esto se debió posiblemente a que desde 1854 se había iniciado un alza abrupta de los precios al interior de la ciudad como consecuencia de la guerra civil de 1854; a diferencia del periodo anterior que había estado marcado por la deflación entre 1825 y 1846, y una inflación moderada entre 1846 y 1854 (Gootenberg, 1989, pp.168-171). Esto no significa que antes de 1854 no existieran condiciones económicas propicias para la inseguridad pública. Durante este periodo el ingreso económico de los artesanos tendió a “estabilizarse y a permanecer estancado” (Gootenberg, 1997, p.99), lo que generó que se

redujera la demanda de mano de obra, provocando que parte de la población de Lima, dedicada a ocupaciones eventuales optara también por la vida delictiva (Aguirre, 1993, p.31). La disponibilidad de armas de fuego era, a su vez, un estimulante para que decidieran ello. Así buscaban complementar sus reducidos ingresos.

La integración de parte importante de los sectores populares en la vida delictiva significó un problema para la elite de Lima. Este grupo continuó siendo fuerte, a pesar de la crisis económica que marcó los primeros años de la temprana república, debido a que los grandes comerciantes no fueron afectados por esta a causa de la rápida recuperación del precio de las importaciones y las exportaciones (Quiroz, 1987, p.28). En consecuencia, la elite era capaz de exigir con determinación el reforzamiento de su seguridad al gobierno republicano, así como, por ejemplo, también exigía que se eliminaran las medidas que los afectaban, como la prohibición de los juegos de azar, apelando a su superioridad social (Whipple, 2013, pp.53-70).

El temor de la elite a la vulneración de su propiedad por parte de los sectores populares no nos debe hacer perder de vista que existía un factor que era transversal a todos los sectores sociales y que significaba un peligro para la seguridad de todos los habitantes de la ciudad: el uso de la violencia física. Una estadística que nos puede ilustrar el impacto que tenía esa práctica en la sociedad limeña, y que se muestra en el cuadro 2, es la que en 1858 publicó Manuel Atanasio Fuentes, estadígrafo y estudioso de la sociedad limeña decimonónica, centrándose en la cantidad de denuncias que llegaban a los tribunales de Lima.

Cuadro 2

**Cantidad de delitos denunciados ante el poder judicial en Lima
a mediados del siglo XIX de acuerdo a Manuel Atanasio Fuentes¹⁰**

Delitos contra la propiedad		DELITOS CONTRA LA PERSONA	
Delito	Cantidad	Delito	Cantidad
Robo	105	Heridas	91
Hurto	11	Maltratos	44
		Rapto	3
		Seducción	2
		Infanticidio	1
		Homicidio	27
		Flagelación	4
		Estupro	7
		Conato de Homicidio	7
Total	114	Total	186

Fuente: Fuentes, 1858, pp.161-167.

Es sugerente que la suma de las denuncias registradas arroje una mayor cantidad de delitos contra las personas que contra la propiedad, lo que nos ilustra lo extendido que estaba el uso de la violencia física en Lima.

Para Fuentes, “la mayor parte de los delitos que se cometen en Lima, quedan desapercibidos” (1858, p.113). Esta afirmación perspicaz se ajusta más, precisamente, a

¹⁰ Manuel Atanasio Fuentes toma en cuenta las denuncias ante los juzgados de paz, las cuales no se encuentra dentro de la fuente que hemos consultado para elaborar el cuadro 1.

los delitos que implicaban violencia física, y que se cometían dentro de espacios privados. Por ejemplo, en esos espacios era común el uso de la violencia física contra la servidumbre (Aguirre, 2008, pp.41-46). Uno de los casos más representativos de este tipo de violencia ocurrió en 1844. Ramona, una muchacha de doce años que trabajaba en la casa de Manuel García, fue acusada de robarle continuamente dinero este. En consecuencia, se ordenó que fuera amarrada a un palo de la cocina desde las siete de la mañana para que fuera golpeada a manera de castigo. A las dos de la tarde ya había muerto (Aguirre, 2008, pp.43-44). Hechos de este tipo no solo eran usuales en las relaciones entre patrones y sirvientes, sino también en las de amos y esclavos, esposos y esposas, y padres e hijos debido a lo extendido que estaba en la sociedad el empleo de la violencia física a través de prácticas punitivas (Aguirre, 2009, pp. 27-66), y la consolidación creencia en que el uso de esta violencia era el medio ideal para reforzarlas. Por ello, se generaban las condiciones adecuadas para que el crecimiento de la capacidad del gobierno en relación a la seguridad pública fuera aprovechada para combatir este tipo de violencia.

Ahora bien, la principal fuente de temor de la población no se encontraba dentro de la ciudad, sino afuera de las murallas. A los vecinos de Lima le aterrorizaba la proliferación de salteadores de caminos como se expresó en el periódico *El Mercurio Peruano* a inicios de 1829: “Hace días que infestan las inmediaciones de la capital partidas de ladrones, que si hubiese de dar crédito a los rumores que circulan, son por su número y osadía, mucho más dignas de ser temidas, que todas las que en otras épocas hemos tenido la desgracia de conocer”.¹¹ La cita es elocuente. Los rumores de la proximidad de un grupo considerable de bandidos bastaban para sembrar el desconcierto entre la población.

Para el viajero suizo Johann Von Tschudi, quien visitó Perú entre 1838 y 1843, “la costa habitada del Perú, en especial en los alrededores de Lima y Trujillo, es constantemente asolada por salteadores de caminos” (Tschudi, 1966 [1846], p.173). Estos salteadores actuaban en grupos que contaban “con amplias ramificaciones”, que podían presentarse “en grupos de treinta a cuarenta hombres cerca de la capital y saquean a todos los viajeros”; aunque comúnmente cometían “sus fechorías en destacamentos más pequeños” (1966 [1846], p.172). Una víctima manifestó que fue asaltado directamente

¹¹ *Mercurio Peruano*, 17 de enero de 1829

por tres bandidos, pero que “diez o doce” de la misma banda se encontraban en las inmediaciones al lugar del robo.¹²

¿Este fenómeno era una novedad? No. El bandolerismo había llegado a adquirir características endémicas durante la época colonial (Flores Galindo, 1991, p.117). Cimarrones y grupos de bandidos sembraban comúnmente el terror entre los viajeros (Bowser, 1977, pp.242-279; Flores Galindo, 1991, pp.111-118).

Entonces, ¿cuáles eran las diferencias? En primer lugar, una gran cantidad de armas de fuego se dispersó entre la población como consecuencia de las guerras de independencia (Velásquez, 2013, p.408), como hemos mencionado anteriormente; por ende, por ejemplo, muchos desertores del Ejército optaban por unirse bandas de salteadores.¹³ En ese sentido, mientras que a fines de la época colonial, los salteadores “pocas veces disponen de armas de fuego” (Flores Galindo, 1991, p.115), a inicios de la era republicana comúnmente dentro de su armamento contaban con carabinas (Tschudi, 1966, p.172). En segundo lugar, la crisis económica también provocaba que parte de la población optara por unirse a grupos de salteadores (Walker, 1990, p.117). En tercer lugar, estas bandas empezaron a formar parte de las partidas de montoneros en épocas de guerra civil. Estos eran grupos armados que participaron en las guerras civiles, apoyando a algún caudillo, y que llevaban a cabo un modelo de lucha basado en la guerra de guerrillas (Méndez, 2013, pp. 390 y 395). Parte de los montoneros eran reclutados por los caudillos entre los “salteadores de caminos e individuos culpables de otros delitos” (Tschudi, 1966 [1846], p.177). Es decir, existía una delgada línea entre las acciones guerrilleras, la rapiña y el pillaje. Cuando se rumoreaba la proximidad de esos grupos armados en la ciudad se “oía un ruido confuso de portones, cadenas y trancas en las casas y las calles quedaban abandonadas como una ciudad muerta” (Basadre, 1980, p.173). El viajero Tschudi fue testigo de situaciones similares:

Un terror pánico se apodera de todo Lima cuando un destacamento de montoneros entra a las portadas de la ciudad. En todas las calles se escucha el grito de alarma

¹² AGN, Causas Criminales, leg. 13, [26/08/1830 – 01/12/1830], fol. 3.

¹³ AHM, 1825, leg. 20, doc. 21, fol. 1.

“¡Cierra puertas! ¡Los montoneros!” Cada uno corre como puede por alcanzar la casa más cercana y cerrar las puertas (Tschudi, 1966 [1846], p.179).

Es decir, el mayor temor de la población de Lima fue que grupos de montoneros ingresasen en la ciudad. El impacto desestabilizador de las guerras en las dimensiones de las compañías policiales del Ejército provocó que ese temor se exacerbase en varias coyunturas de la temprana república como analizaremos más adelante.

1.2 De las reformas borbónicas a la temprana república: seguridad pública y formación de un proyecto político

Durante la segunda mitad del siglo XVIII se desarrolló una transformación de suma importancia en las colonias españolas en América: la aplicación de las reformas borbónicas. Uno de los objetivos principales de estas medidas fue la formación de “súbditos, disciplinados, productivos y reverentes” (Walker, 2007, pp. 108 y 124). Es decir, para la monarquía la formación de individuos disciplinados y laboriosos iba a posibilitar la consolidación de una economía en permanente crecimiento.

Por lo tanto, las reformas borbónicas dieron forma a una pregunta fundamental: ¿Quién impone el orden en la sociedad? La respuesta para los funcionarios de la corona dejó de ser las corporaciones, que hasta ese momento habían sido “parte integral del modo de gobierno” (Lemperiere, 2013, p.19), y que en relación a la seguridad pública se había expresado, por ejemplo, en la formación de grupos de hombres armados encargados de capturar a cimarrones (Bowser, 1977, pp.242-279). Más bien se optó por una autoridad que “tiende a pensar su relación con la sociedad, no como una relación con cuerpos necesariamente heterogéneos, sino como una relación binaria y más abstracta soberano-súbditos [...], y con ello a una empresa de homogenización de la sociedad” (Guerra, 2001, p.23). Es decir, se consolidó en el imaginario de la corona y sus funcionarios, la idea de que la monarquía debía participar activa y permanentemente en el control social de sus súbditos. Aunque esto no implicaba que el cabildo dejase de estar autorizado a participar en la seguridad pública a través de la formación de grupos armados.

La búsqueda de la monarquía por consolidar una sociedad laboriosa y disciplinada, y su voluntad por construir un aparato institucional de control social bajo su dependencia

originaron una mayor preocupación por la seguridad de la población, entendida como la protección de la vida y las propiedades de las personas. Ello se expresó en la fundación de alcaldías de barrio y del Cuerpo de Serenos, como analizaremos más adelante. De esta forma se buscaba, además, erradicar a los delincuentes de la sociedad, ya que representaban lo opuesto al súbdito disciplinado y laborioso, que las autoridades borbónicas buscaban formar.

En el imaginario de las autoridades, los principales causantes de la inseguridad pública se encontraban dentro la plebe (Rosas Lauro, 2011, p.117). Para el funcionario Gregorio de Cangas, este grupo social estaba compuesta por “mulatos, zambos, mestizos, y negros, y mucha gente blanca ordinaria” (O’Phelan, 2005, p.114). Este término, a su vez, era usado con una “clara connotación despectiva” para referirse a la “masa disgregada que era el pueblo de las ciudades”, cuyos “miembros carecían de ocupaciones y oficios permanentes”, lo que implicaba que muchos de ellos eran comerciantes ambulantes o esclavos jornaleros (Flores Galindo, 1991, p.123-126).

En 1785 el visitador Jorge Escobedo dispuso que los alcaldes de barrió debían arrestar a cualquier “persona de color que encontraren después de las diez de la noche” (Escobedo, 1785, p.25-26). Es decir, dentro de la plebe, los esclavos, libertos y todo aquél que descendiera de ellos, conformaban, para las autoridades, el grupo social más proclive al delito. Por lo tanto, esta medida evidencia que en Lima la articulación entre la voluntad política de mantener las jerarquías sociales y las reformas borbónicas provocó que las autoridades consideraran “que para preservar la paz social era necesario conservar y aún reforzar las rígidas divisiones legales existentes entre las diversas castas” (Viqueira, 1987, p.33). La construcción del orden social anhelado por los borbones no era opuesta a las jerarquías sociales del Antiguo Régimen.

En consonancia con ello, para las autoridades la vagancia era un problema estrechamente asociado a la inseguridad pública. El visitador Jorge Escobedo compartía este discurso:

Muchas personas que pueden trabajar, toman este ejercicio por entregarse a la holgazanería, de lo que resulta perjuicio no solo a los verdaderos y legítimos mendigos, que son defraudados de las limosnas que a ellos se contribuirían sino al público que se infecta de gentes vagas, y ociosas, entre las que algunas se revisten de este título para entrar en las casas, examinar sus intereses, y verificar robos (Escobedo, 1785, p.31).

Es decir, los vagos eran percibidos por las autoridades como criminales en potencia (Ramón, 1999, p.313; Moreno Cebrián, 1981, p.106). Al no tener un empleo conocido, se pensaba que era lógico que buscaran subsistir al través del delito. Por lo tanto, eran considerados como la antítesis del súbdito disciplinado y laborioso que buscaban formar.

Ahora bien, la independencia significó una ruptura con la tradición de gobierno relacionada a la seguridad pública. En 1828 se le prohibió a la municipalidad, el nuevo nombre del cabildo, intervenir “en la alta [policía] que corresponde al Poder Ejecutivo” (Oviedo, 1861 [1828], tomo 2, p.373). De esta manera, se diluía, en relación a la seguridad pública, la matriz corporativa que había sustentado el gobierno durante el periodo colonial. Al mismo tiempo, se instauraba un modelo de seguridad pública en el que el naciente gobierno republicano centralizaba su aplicación.

Se mantuvo inalterable la percepción de que la intervención en la seguridad pública reforzaría la autoridad del gobierno:

Siendo la seguridad el bien primario e inapreciable que espera todo hombre de la sociedad en que vive y a que tiene incuestionable derecho, ora por la obligación que con él ha contraído el Estado, ora en compensación de la parte que le toca en el sostén de las cargas públicas, desvelándose el Gobierno por evitar que no se turbe por los malhechores, y que las propiedades y personas, reposen a cubierto de ataques y violencia en poblado y en el campo [...] (Oviedo, 1861 [1826], p. 294).

Es decir, brindar seguridad a la vida y las propiedades de las personas era una obligación adquirida por el gobierno republicano a cambio del pago de impuestos y, por ende, una importante fuente de la legitimidad de su autoridad y de la expansión de su aparato coercitivo en relación a esta función.

La instalación del concepto de ciudadanía en la cultura política peruana durante la época de la independencia, por su parte, alteró el discurso político acerca de la seguridad pública. Su introducción en las constituciones provocó que se abolieran legalmente las jerarquías de estamentos y de castas, dando paso así a la instauración de la igualdad ante la ley. Esto implicaba que en la normatividad ya no se podía asociar a los integrantes de la plebe con la inseguridad pública. Este grupo social pasó a ser considerado dentro del imaginario liberal ya no solo como un problema, sino también como una posibilidad. Se planteó que debían ser educados por el gobierno para que pudieran ser individuos industriuosos, que contribuyeran al desarrollo económico del país, idea que persistió

durante el resto del siglo XIX (Rojas, 2017, pp. 122-123). Persistía el discurso borbónico que defendía la formación de una sociedad compuesta por individuos laboriosos, pero bajo el principio de la igualdad jurídica; aunque en la práctica la elite se oponía tenazmente a ello (Whipple, 2013, pp.48-70).

En ese sentido, la delincuencia fue considerada como un comportamiento opuesto al ejercicio de la ciudadanía. En la Constitución de 1823, se estableció que se suspendía este derecho a los “procesados criminalmente”. En las constituciones de 1828, 1834 y 1839, se especificó que también ello era aplicado a los que tenían orden de captura.

Además, para las autoridades la vagancia continuó siendo un comportamiento opuesto a la seguridad pública. En 1834 Matías León, ministro de gobierno, afirmó que la proliferación de la delincuencia tenía su origen en este comportamiento (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.304). Por ello, en las constituciones se establecieron sanciones drásticas para los vagos. En el artículo 6 de la constitución de 1828, se estableció que ser “notoriamente vago” provocaba que se le suspendiera al calificado así el ejercicio de la ciudadanía.

En el artículo 64 del reglamento de policía de 1836, se dejó claro que, para las autoridades, la vagancia era un problema sumamente extendido en la sociedad:

Serán tenidos por vagos todos aquellos a quienes no se les conozca oficio, ocupación, destino, bienes, rentas ni modo de vivir honesto. Los hijos de familia que debiendo su subsistencia al cuidado paterno, permanecen en ociosidad y abandono, sea por su mala índole, o por el descuido y debilidad de sus padres o protectores: los que mantenidos por el Estado en clase de inválidos o jubilados se entregan a los vicios y á conducta escandalosa, los que sin lesión física o impedimento moral que absolutamente les embarace ocuparse en algún oficio o trabajo, se dedican a pedir limosna; los menestrales y artesanos desaplicados, que no trabajan en su oficio la mayor parte del año, por desidia, vicios u holgazanería; los jornaleros que se hallan en este mismo caso y no estén inscritos en las matrículas generales a cargo de algunos de los maestros de su oficio, y todas aquellas personas que la ley declara por tales (Oviedo, 1861 [1836], tomo 3, p.44).

Quedaba claro, pues, que reprimir la vagancia y, por ende, combatir la criminalidad, significaba combatir una serie de vicios que atentaba contra la difusión de la laboriosidad. Tal como se manifestó en la introducción del reglamento de policía de 1839, el “arreglo de la policía asegura la vida y las propiedades de los individuos, previniendo los delitos y moralizando a los pueblos” (Oviedo, 1861 [1839], tomo 3, p.72). Es decir, la seguridad

pública se convirtió en uno de los pilares sobre los cuales se buscaba construir el nuevo orden social y político republicano legitimado en las constituciones. Por ello, la consolidación de este ordenamiento implicaba la formación de fuerzas policiales y de una normativa al respecto, como analizaremos a continuación.

Capítulo 2

La formación de un modelo de seguridad pública: la normatividad acerca de las fuerzas policiales y su accionar coercitivo

El gobierno republicano heredó de la época colonial dos instituciones encargadas de la seguridad pública de la ciudad de Lima: los alcaldes de barrio y el Cuerpo de Serenos. Los primeros se encargaban, entre otras funciones, de custodiar la seguridad de los habitantes de cada uno de los cuarenta barrios en que se había dividido la ciudad. El segundo, era un contingente armado que se encargaba de custodiar la ciudad durante las noches. Para complementar el accionar de estas instituciones, se encargó al Ejército, durante la temprana república, la formación de compañías de policía. Esta asociación entre funciones militares y policiales terminaría oficialmente en 1855 cuando se prohibió que los gendarmes pasen a formar parte del Ejército.

Sin embargo, la ruptura con lo establecido a fines de la época colonial no fue tan drástica. Si bien la Compañía de Serenos ya no gozó de la autonomía que había tenido en esta época para administrar y recaudar sus recursos económicos, ya que estos empezaron a ser administrados por el gobierno republicano a través de la prefectura; su mantenimiento económico continuó dependiendo de las contribuciones asignadas a los vecinos, establecidas para este fin. Esto recién se alteró en 1854 cuando se decidió que el financiamiento de la compañía pasase a depender de la hacienda pública debido al incremento de sus ingresos como consecuencia del auge de la exportación del guano.

El modelo de seguridad pública que se ideó para la ciudad buscaba básicamente consolidar la vigilancia permanente de las calles por parte de las fuerzas policiales, con el objetivo de disuadir o reprimir rápidamente el delito cuando se llevara a cabo. Por ello, los agentes policiales estaban facultados de arrestar a los individuos que vieran *in fraganti* cometiendo delito, o a los que percibían como sospechosos de haberlos cometido.

2.1 Los antecedentes a fines de la era colonial y durante la época de la independencia

La ciudad de Lima no contó con una institución que se dedicara permanentemente a la custodia de la seguridad de la población durante gran parte de la era colonial. Comúnmente los alguaciles de la Real Audiencia eran los encargados de recorrer las calles para prevenir atentados contra la seguridad de la población (Palma, 2016, p.513). El cabildo también estaba facultado para encargarse de ello. Por ejemplo, en 1630 un asesino fue capturado por el alcalde ordinario Juan de los Ríos (Suardo, 1936 [1630], p.74), y en 1633 otro homicida fue captura por el alcalde ordinario Luis de Mendoza (Suardo, 1936 [1633], p.260). Además, el cabildo se encargaba de formar la Santa Hermandad: un grupo de hombres armados que se encargaba de la persecución y captura de bandidos afuera de las murallas de la ciudad (Bowser, 1977, pp.242-279). En suma, esta participación del cabildo en la custodia de la seguridad de los habitantes de Lima es una clara evidencia del importante papel que tuvieron las corporaciones en el gobierno de las colonias españolas en América (Lemperiere, 2013, pp.72-116).

La monarquía borbónica intentó transformar este panorama institucional, durante la segunda mitad del siglo XVIII, debido principalmente a dos factores. En primer lugar, el crecimiento demográfico de la población de Lima. El censo de 1700 había arrojado como resultado 37, 234 habitantes (Mannarelli, 2004, p.72), cifra que en 1791 se elevó a 62, 1910 (Gootenberg, 1995, p.8). Es decir, la población había crecido 59 %. Por lo tanto, durante las últimas décadas del siglo XVIII las autoridades de Lima vieron como una necesidad el fortalecimiento del aparato institucional encargado de la seguridad pública. En segundo lugar, las reformas borbónicas, tal como hemos analizado en el capítulo 1. Estas buscaban disciplinar a la población y producir, en consecuencia, súbditos más laboriosos que pudieran potenciar el estado económico del virreinato (Walker, 2007, p.124), y elevar los ingresos de la monarquía. En ese sentido, la intervención en la seguridad pública era una forma de disciplinar a la población y, al mismo tiempo, de legitimar las reformas fiscales que también eran parte de las reformas borbónicas.

En consonancia con este impulso reformista, en 1785 Jorge Escobedo, visitador general y primer intendente de Lima, estableció a través de un reglamento la división de la ciudad en cuatro cuarteles, compuestos de diez barrios cada uno, y la creación de

alcaldías para ambas jurisdicciones (Moreno Cebrián, 1981, pp.109-112).¹⁴ Además, se dispuso que la intendencia tenía que supervisar a esos funcionarios, y resolver las dudas que se desprendieran de aquél reglamento (Escobedo, 1785, pp.36-37); es decir, le correspondía la dirección de las alcaldías.

Los alcaldes de cuartel debían ser seleccionados anualmente entre los alcaldes del crimen, quienes eran funcionarios que integraban la Real Audiencia. En cambio, a los alcaldes de barrio el intendente tenía que seleccionarlos cada dos años, y la aceptación por parte de los elegidos era obligatoria. La primera elección que se llevara a cabo después de la publicación del reglamento, debía ser un atributo exclusivo del intendente. En las designaciones posteriores, los alcaldes salientes podían proponer a tres posibles sucesores, lo que no impedía que el intendente pudiera escoger a un individuo que no hubiera sido propuesto (Escobedo, 1785, pp.13-18).

La función de los alcaldes de cuartel era supervisar que “todas las órdenes respectivas al buen gobierno, policía y limpieza de la ciudad” se cumpliesen en su respectivo ámbito de acción (Escobedo, 1785, p.13). Por su parte, los alcaldes de barrio estaban encargados de llevar a la práctica lo planteado por Escobedo en este reglamento. En relación a la seguridad pública, ellos debían cumplir dos funciones. En primer lugar, debían recorrer continuamente su ámbito de acción, para disuadir “los robos que se experimentan en esta ciudad, y llegando el despecho de sus autores al extremo de no reservar hora, ni noche por clara que este”. Para cumplir esta tarea, estaban facultados a exigir a los vecinos la cesión de uno o dos criados, y solicitar el apoyo eventual de los milicianos (Escobedo, 1785, pp.25 y 37).

Durante el cumplimiento de esta función, los alcaldes, a su vez, debían estar atentos al comportamiento de los vagos, quienes eran considerados como personas inclinadas a la delincuencia. Por lo tanto, no podían permitir que en los establecimientos públicos “se verifique la concurrencia ociosa, y mucho menos en las puertas, y esquinas de pulperías” (Escobedo, 1785, p.23). En otras palabras, era importante la prevención, pues no era

¹⁴ Durante la temprana república, los cuarteles empezaron a ser llamados distritos. Asimismo, se agregó un cuartel más y la división de sus barrios se modificó. El primero fue dividido en once barrios; el segundo, en trece; el tercero, en cinco; el cuarto, en nueve; y el quinto, en ocho (Paredes, 1832, p.40).

tolerable “que los mancebos y aprendices de artistas, ni criados de las casas, se estén por las calles o esquinas, ociosos, sin atender a su trabajo y servicio” (Escobedo, 1785, p.31). Era evidente que Escobedo buscaba erradicar a los vagos de la sociedad, pues eran lo opuesto al súbdito laborioso y disciplinado que las reformas borbónicas buscaban formar, como hemos analizado en el capítulo 1.

En segundo lugar, estaban facultados a arrestar a quiénes eran encontrados delinquiendo *in fraganti*, y a las “personas de color” encontradas en las calles después de las diez de la noche (Escobedo, 1785, pp.24-26). Esta disposición evidenciaba las vinculaciones entre las “reformas urbanas, la raza y los temores sociales en la Lima de finales del siglo XVIII” (Walker, 2009, p.28). Es decir, esta medida tuvo su origen en la relación entre el miedo que inspiraba la población afrodescendiente a las autoridades de Lima, y la voluntad política de reafirmar su inferioridad social.

En 1803 se creó el Cuerpo de Serenos en Lima para que se encargue, entre otras tareas, de la seguridad pública de la ciudad. En 1807 se publicó su reglamento, firmado por el virrey José Fernando de Abascal. En su introducción, se afirmó que el accionar de este cuerpo había traído consigo un “mejor desempeño de la confianza y seguridad pública”, pues permitía solucionar “el desamparo y falta de vigilia en las calles, que por su multitud no podían recorrer las pocas patrullas y rondas de ministros que las circunstancias permiten” (Abascal, 1807, p.1).

De acuerdo a este reglamento, el cuerpo de serenos debía estar compuesto por un director, un tesorero, cien serenos, y ocho cabos montados, también llamados celadores. El director, cuyo nombramiento le correspondía al virrey, debía proponer a los aspirantes a ser cabos y serenos a los alcaldes de cuartel y de barrio, respectivamente, para que éstos los seleccionaran; y recorrer “la ciudad al menos dos noches cada mes para examinar por sí mismo si los serenos y cabos celadores cumplen con sus deberes, sirviendo bien al público que los paga”. El tesorero estaba encargado del pago de los salarios de los integrantes del cuerpo, y de la rendición de cuentas al cabildo acerca del uso que se les había dado a las contribuciones cobradas mensualmente a los vecinos para cumplir con esos pagos. Es decir, el cuerpo tenía autonomía en relación al financiamiento de sus ingresos (Abascal, 1807, pp.3-7).

Los serenos, por su parte, estaban subordinados a los alcaldes de los barrios a los que eran asignados (Abascal, 1808, p.2). En relación a la seguridad pública, debían patrullar todas las noches las calles que se les asignaba, desde las siete de la noche hasta las cinco de la mañana, y estaban autorizados a “arrestar a cualesquiera malhechores que hallasen *in fraganti*, haciendo forados, escalando techos, falseando puertas, haciendo o conduciendo algún robo, sin distinción de personas”. Por ello, estaban armados por “un par de pistolas, rejón entornillado en su asta y sable”. A los cabos, a su vez, se les encargó supervisar que los serenos cumplieren con sus funciones, y, además, cuatro de ellos debían cobrar las contribuciones a los vecinos (Abascal, 1807, pp.7-15).

Para seleccionar a un sereno, los alcaldes de barrio debían tomar en cuenta “su aptitud y arreglada conducta” y asegurarse que fueran “españoles o de color claro” (Abascal, 1807, p.3). Por lo tanto, para las autoridades la ubicación de un individuo dentro de la jerarquía de castas determinaba su grado de idoneidad para ser o no un sereno.

El monto de la contribución mensual asignada a los vecinos para el mantenimiento económico del Cuerpo de Serenos, cuyo pago era obligatorio, variaba de acuerdo al tipo de propiedad que habitaban. Los dueños de los establecimientos comerciales, educativos y religiosos, y de casas con altos debían pagar un peso; los de casas sin altos, cuatro reales, y los de tiendas y talleres artesanales, dos reales. Los únicos exentos de este pago eran los individuos que vivían en una habitación, calificados como “gente desdichada” (Abascal, 1807, p.2). De esta manera, se establecía claramente que a los que tenían más propiedades que proteger, como los dueños de establecimientos comerciales y las órdenes religiosas, les correspondía una asignación mayor para mantener activo al cuerpo.

Ahora bien, la Constitución de Cádiz, promulgada a inicios de 1812, le otorgaba al cabildo un papel protagónico en relación a la función de la seguridad pública. El artículo 321 de esta constitución estableció que los ayuntamientos, el nuevo nombre de los cabildos, debían encargarse de “la seguridad de los bienes de las personas y de los vecinos, y a la conservación del orden público”. Es decir, la seguridad pública pasaba a ser atribución exclusiva de estas corporaciones. Sin embargo, este nuevo modelo institucional fue dejado sin efecto cuando Fernando VII recuperó su trono y derogó la Constitución de Cádiz en 1814.

Pocos años después, en 1822, durante la ocupación de Lima por parte del ejército independentista liderado por José de San Martín, se decretó que la población participara en el patrullaje de las calles debido al estado de guerra imperante. Las patrullas urbanas debían estar compuestas por “todos los habitantes de la capital que no están enrolados en algunos de los cuerpos cívicos, lo mismo que los empleados subalternos de las oficinas de hacienda, estarán obligados a patrullar sus respectivos barrios todas las noches” junto con los alcaldes de barrio y los serenos (Oviedo, 1861 [1822], tomo 6, p.291).

Un año antes se había dispuesto que los dichos alcaldes debían capturar a “los muchos vagos y mal entretenidos que se abrigan en los solares, callejones y demás escondrijos, de cuya conducta no debe esperarse sino latrocinios” (Oviedo, 1861 [1821], tomo 6, p.290). Es decir, las autoridades de la Lima independiente, al igual que los reformadores borbónicos, consideraban que los vagos eran criminales en potencia.

En 1823 se especificó que todo “individuo que no se halle verdaderamente enfermo, y que no sea menor de setenta años está obligado al rol de las patrullas” y que los vecinos, para cumplir esta función, debían presentarse “con las armas de fuego y blancas” que tuvieran (Oviedo, 1861 [1823], tomo 6, p.292). Era evidente que así no solo se buscaba combatir la criminalidad, sino también disuadir las incursiones militares de los realistas.

La seguridad pública apareció como un concepto central de la constitución de 1823. En su artículo 125, se estableció que los prefectos, subprefectos y gobernadores eran los encargados de “mantener el orden y seguridad pública en sus respectivos territorios, con subordinación gradual al Gobierno Supremo”. Esos funcionarios tenían a su cargo el gobierno político de los departamentos, intendencias –posteriormente llamadas subprefecturas–, y distritos, anteriormente llamados cuarteles, respectivamente. De esta manera, brindar seguridad aparece como una función central del gobierno republicano. Este esquema no fue alterado en las constituciones que se promulgaron posteriormente en 1826, 1828, 1834 y 1839.

En el artículo 171 de la Constitución de 1823, se estableció que el Ejército formara una guardia de policía, que debía tener como función principal “proteger la seguridad privada, purgando los caminos de malhechores, y persiguiendo a los delincuentes con sujeción a las órdenes de la autoridad respectiva”. De esta manera, se buscaba reprimir “las escandalosas excursiones con que multitud de malhechores tienen infestado los

caminos hasta el caso de influir en el menoscabo de la fuerza armada” (Oviedo, 1861 [1823], tomo 6, p.291). Esta participación militar en la seguridad pública continuó siendo autorizada por la normatividad durante la temprana república como analizaremos a continuación.

2.2 La normatividad acerca de las fuerzas policiales

A inicios de 1825 Simón Bolívar dispuso que el Ejército también participe en la custodia de la seguridad pública de la ciudad. A través de un decreto ordenó que una partida de la caballería se encargue de patrullar la ciudad (Oviedo, 1861 [1823], tomo 6, p.293). Con esta medida no solo se buscaba reforzar el desempeño de los serenos y los alcaldes de barrio, sino también reforzar la legitimidad de la autoridad del naciente Estado. Es decir, el compromiso de las autoridades con la seguridad pública era, al igual que otras medidas que se estaban implementando, una demostración de “la superioridad moral de la república” en comparación con el “corrupto pasado colonial” (Whipple, 2012, p.47).

En 1827 se promulgó un decreto que establecía que una compañía del Ejército debía participar permanentemente en la conservación de la seguridad pública. Se encargó al Ejército su formación, es decir, el reclutamiento de sus integrantes, y a la Prefectura de Lima su dirección y organización interna (Oviedo, 1861 [1827], tomo 6, p.294). En ese sentido, el prefecto estaba encargado de destinar este cuerpo policial no solo a la ciudad, sino también a las demás provincias que integraban el departamento de Lima: Ica, Cañete, Chancay, Santa, Canta, Yauyos, Huarochirí, y el puerto del Callao. Asimismo, que esta compañía fuera parte del Ejército significaba que sus recursos económicos debían provenir de la hacienda pública.

La municipalidad, el nuevo nombre del cabildo, no era parte de la estructura del gobierno republicano encargada de la seguridad pública. Se le prohibió, como hemos mencionado en el capítulo 1, intervenir en el ejercicio de la función de la seguridad pública. Solamente se le encargó el nombramiento de los inspectores del barrio (Oviedo, 1861 [1828], tomo 2, p.373). Esta medida le restaba capacidad de presión a los notables de Lima en relación a la formación y desenvolvimiento de las fuerzas policiales del Ejército. En cambio, su participación en el financiamiento de la Compañía de Serenos si

les otorgó una mayor capacidad de presión en relación a esta institución como analizaremos más adelante.

A inicios de junio de 1834, durante el gobierno de Luis José de Orbegoso, el prefecto Francisco Valle Riestra solicitó al Consejo de Estado que se creara una compañía de policía independiente del Ejército debido a que el “número de malhechores se ha aumentado considerablemente, y los pacíficos ciudadanos son asaltados en los caminos, y aún en sus propios hogares” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.300).

Luciano Cano, secretario del Consejo de Estado, informó el 16 de julio a Matías León, ministro de gobierno, que la respuesta del consejo buscaría evitar dos “extremos” dañinos para el Estado y la población. El primero consistía en establecer que la tropa del Ejército se encargara de la seguridad pública, tal como había estado ocurriendo hasta esta fecha. A pesar que las compañías del Ejército eran “las más propias para desempeñar con buen éxito las comisiones que se encargan a la fuerza de policía”, el consejo reconocía que no podían cumplir estas funciones de manera eficiente debido a que su “continua movilidad” provocaba que carecieran “de las nociones prácticas de la topografía de cada pueblo, ignoran los medios de subsistencia de las diversas clases que los componen, desconocen los hábitos viciosos que induciendo al contagio de una moral corrompida atacan la seguridad individual y turban el orden público”. Es decir, la no especialización del Ejército en la tarea de la seguridad pública era un impedimento clave para que la desempeñasen con eficiencia.

El segundo extremo era aumentar el número de la tropa y, por lo tanto, violar la ley del 1 de setiembre de 1831, que establecía que el Ejército no debía superar el número de 3 000 efectivos. En ese sentido, “los nombres no hacen las cosas”. Es decir, aumentar la tropa conllevaba también gastos en salarios, entrenamiento, alimentación, y armamento. Además, se originaría una “escandalosa inseguridad de propiedades y de vida a presencia de un numeroso Ejército que no tiene todas las calidades necesarias para desempeñar esta clase de servicio” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, pp.300-301).

Finalmente, el Consejo de Estado decretó en 1834 la fundación de un cuerpo de policía separado del Ejército, es decir, sus efectivos ya no debían parte de la fuerza efectiva. Debía ser integrada por dos compañías, una de infantería para la ciudad, y otra de caballería para usarla afuera de ella. A estas unidades debía fusionarse la compañía de

policía que había existido hasta ese momento. A su vez, su dirección se mantuvo como una facultad de la prefectura (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, pp.299-300). En cambio, la organización interna de las compañías pasó a ser una facultad del Ejército, como lo continuaba siendo su formación (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.307). Esta novedad permitía que la comandancia del Ejército tuviera una mayor capacidad de traslado de los efectivos de las fuerzas policiales a otras compañías que si eran parte de su fuerza efectiva.

Paralelamente, en 1834 también se llevó a cabo la reforma de la Compañía de Serenos, cuya autonomía en relación a su conformación y organización económica se había mantenido, debido a que había empezado a ser vista como ineficiente por las autoridades, e incluso como cómplice de numerosos crímenes:

Que la institución de serenos tuvo por objeto primario conservar el orden interior de esta ciudad, velar día y noche por la más puntual observancia de los reglamentos y leyes municipales, dictadas para que la policía corresponda al crédito de esta antigua capital: que tan nobles miras no se han llenado debidamente por la imperfección de las primeras disposiciones expedidas a este fin, o porque no se han llevado al cabo los proyectos que en diferentes épocas se han presentado para sacar todas las ventajas posibles de una institución tan útil: que por este mismo defecto, no solo ha caído en total abatimiento el cuerpo de serenos, al extremo de juzgárseles promovedores, o al menos cómplices en los abusos, delitos y crímenes que se cometen pública y secretamente, sino que por esta degradación o por algún descuido en la elección de los individuos, se ha hecho más bien perniciosa tan saludable institución: que sin embargo de que Lima fue en el Perú la primera en la planificación de un proyecto, que ha dado resultados del mayor provecho en otros países que lo adoptaron después, ha quedado muy atrás en este importante ramo (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.302).

En 1828 se ordenó que los serenos que no cumplieren con sus funciones serían enrolados en el Ejército, pues “no puede disimularse por más tiempo el abandono que éstos hacen de sus pertenencias, siendo muy raro los que cumplen con su deber” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.295). En ese sentido, en 1831, Matías León, ministro de gobierno, acusó a los serenos de no haber perseguido y capturado a “dos partidas de malhechores enmascarados, una a pie, y otra a caballo” que atemorizaban a los habitantes de la ciudad, “por temor, o quizá por complicidad”. Esta “desidia, indolencia o ineptitud en los agentes” agravaba el estado de la seguridad pública (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.297). Por lo tanto, para reforzar la labor de la compañía de serenos, Matías León, ministro de

gobierno, ordenó en agosto de 1834, que la Guardia Nacional, es decir, la milicia, participara en el patrullaje de las calles.

Para el ministro León era necesario, a su vez, “que se establezcan los serenos bajo de un método que los haga verdaderamente útiles” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.302). En consecuencia, un mes después, se promulgó el nuevo reglamento de esta compañía, en el que se la militarizaba en pos de cambiar su mala reputación. Se estableció que debía estar integrada por dos comandantes, cinco tenientes, y cinco sargentos, y doscientos serenos. Además, se estableció que para integrar esta compañía se debía “tener la robustez necesaria para el desempeño de tan fuerte tarea”, buena salud, y buena reputación (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, pp.303-306). De esta forma, se eliminaban los criterios de casta y estamento que en el reglamento de 1807 se había establecido en relación a la selección de los serenos.

Los milicianos que colaboraban con la compañía debían pasar a ser parte de ella (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.307). De hecho, muchos de los nuevos serenos que se unieron después de la promulgación del nuevo reglamento debieron haber sido milicianos, pues en julio de ese mismo año se decretó que todos los varones, que tuvieran entre quince o cincuenta años, estaban obligados a alistarse en las milicias (Oviedo, 1861 [1834], tomo 13, pp.275-276). De esta manera, no solo se buscaba garantizar que tuvieran robustez física, sino que también estuvieran entrenados en el uso de armas.

A través de este reglamento se consolidó el control de la Prefectura de Lima sobre la organización interna de la Compañía de Serenos. Se estableció que el comandante de esta fuerza policial debía ser nombrado por el prefecto, y que de este dependía la selección de los candidatos a ocupar las plazas vacantes de la compañía, y la expulsión de los que consideraba que no desempeñaban sus funciones adecuadamente. Además, era su potestad nombrar al tesorero de la compañía (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, pp.305-306).

También se ampliaron la base tributaria y los montos de las contribuciones mensuales asignadas a los vecinos, que se habían establecido a fines de la época colonial. Se establecieron cinco grupos de tributación. Los dueños o administradores de almacenes, establecimientos públicos y conventos debían pagar dos pesos; los de las casas grandes, monasterios y pulperías, un peso; los dueños de las casas medianas y tiendas, cuatro reales; los de las casas y tiendas pequeñas, dos reales; y los de las tiendas que funcionaban

en una habitación, un real (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.305). De este modo, se establecía una mayor gradualidad en la asignación de contribuciones a los vecinos, que la que se había promulgado en 1806, para diferenciar los diferentes niveles de propiedad que existían en la ciudad, de modo que, por ejemplo, a los grandes comerciantes les correspondía una mayor asignación que a los dueños de una pulpería. En ese sentido, a diferencia lo que se había establecido a fines de la época colonial, se derogaba la exoneración de los que vivían dentro de habitaciones, y, por ende, se los incluía dentro del grupo de los dueños de casas pequeñas. Por lo tanto, existía una evidente intención de incrementar los recursos económicos de la Compañía de Serenos para que el fortalecimiento que planteaba el reglamento de 1834 se pudiera llevar a cabo.

No obstante, la reglamentación de la Compañía de Serenos cambió pronto. En 1839, durante el gobierno de Agustín Gamarra, se promulgó un nuevo reglamento de policía de Lima, que estuvo vigente hasta 1872, en el que se reformaba la estructura de la compañía. Se la dividió en ocho secciones de serenos de a pie, compuesta cada una por un teniente, un cabo y veinte y cuatro serenos; y dos compañías de vigilantes montados, compuestas por un teniente, un cabo, y cincuenta vigilantes. De esta manera, se dejaba claro que se buscaba robustecer la Compañía de Serenos en un mayor grado que lo que había establecido el reglamento de 1834. Es sumamente probable que la decisión del gobierno de Gamarra de fortalecer esta compañía buscara legitimar su administración, la cual había sucedido al gobierno de la Confederación Perú Boliviana, y diferenciarla de esta. Para el prefecto gamarrista Manuel Menéndez, la confederación había descuidado el estado de las fuerzas policiales en Lima, provocando que el estado de la seguridad pública se agravara.¹⁵

En el nuevo reglamento se estableció que el intendente de policía, quien dependía de la prefectura, era el encargado de la dirección de la compañía. Además, al igual que en el reglamento de 1834, se dejó claro que para pertenecer a la Compañía de Serenos se debía gozar de buena salud, y tener físico robusto. Sin embargo, se introdujeron dos nuevos criterios de selección: a los aspirantes a integrar esta compañía se les exigía un informe que acreditara su buena conducta por parte de una persona honorable, el cual debía ser aprobado por el intendente; y saber leer. Al comandante de la compañía, a su vez, le correspondía, proponer al intendente los reemplazos de las plazas que quedaran vacantes.

¹⁵ AHM, 1839, leg. 26, doc. 300, fol.1.

El tesorero, por su parte, iba a ser nombrado directamente por el gobierno central para que se encargue principalmente de recaudar las contribuciones de los vecinos, formar el presupuesto de la compañía, y pagar los salarios de sus integrantes (Oviedo, 1861 [1839], tomo 3, pp.67-73).

Estos salarios continuaban proviniendo de las contribuciones mensuales cobradas a los vecinos. Se amplió nuevamente la base tributaria:

Toda casa de comercio de primera clase, iglesia parroquial, convento grande o monasterio, hospital y colegio, dará cuatro pesos mensuales. Los conventos o monasterios pequeños, las casas de comercio de segunda clase, las de altos aunque no estén destinadas a este giro, las posadas, panaderías, y mantequerías, 20 reales. Los tambos, bodegas, pulperías, cafés, fondas y boticas que sean considerados de primera clase en la contribución industrial, pagarán también veinte reales. Las casas bajas de un considerable arrendamiento y los almacenes que no estén anexos a casas de comercio diez y seis reales. Las casas bajas de segunda clase, tiendas de mercancías no anexas a casas de comercio, chocolaterías, cererías de primera clase, velerías y pastelerías, doce reales. Las casitas, chocolaterías, cererías, cafés, fondas, bodegas, pulperías y boticas de segunda clase, cigarrerías, chinganas y talleres ocho reales. Los callejones con más de doce cuartos pagarán seis reales, y cuatro los que tengan menos de ese número (Oviedo, 1861 [1839], tomo 3, pp.90-91).

Por lo tanto, se buscaba una mayor recaudación debido al fortalecimiento de la compañía que postulaba el reglamento de 1839. Además, se daba a entender que la anterior diferenciación de las contribuciones no generaba los recursos suficientes para sostener el pago de los salarios de la compañía. Por ello, se tomó como referencia la asignación de la contribución industrial, que gravaba a las utilidades que producían los establecimientos comerciales (Contreras, 2004, p.66), para establecer una mayor diferenciación en los niveles de contribución asignadas a sus dueños o administradores. La búsqueda de mayores ingresos también se expresó en la inclusión de los colegios y hospitales como predios a los que le correspondía tributación, y en la diferenciación de los callejones en dos grupos de acuerdo al número de cuartos.

De esta manera, se continuó asignando una contribución mayor a la elite comercial de Lima, debido a que eran comúnmente los dueños de establecimientos comerciales y de casas con altos, donde usualmente habitaban, los cuales eran predios gravados con un monto mayor. Esto provocaba que esta elite tuviera la legitimidad necesaria para ejercer presión, para que la presencia de los serenos en la ciudad fuera permanente, y que, por ende, se cumpliera con lo establecido en el reglamento de policía.

Ahora bien, en 1846 el presidente Ramón Castilla decretó que las fuerzas policiales formadas por el Ejército pasaban a formar parte de la fuerza efectiva de esta institución.¹⁶ El prefecto José María Lizarzaburu manifestó su desacuerdo con ello, a pesar que a la prefectura se le continuó encargando su dirección:

[...] Dependiendo la organización de los cuerpos de policía de la Inspección General, la intervención en ellos de la Prefectura es casi superficial, y aún expuesta a algunas alteraciones en materia de servicio. Este es uno de los puntos cardinales que más fuerza hacen para que dependan de la Prefectura en lo absoluto los cuerpos referidos. Ellos no corresponden al Ejército, pertenecen a la capital, como una fuerza creada para el sostenimiento del orden y seguridad pública; por consiguiente nada más propio que su organización, régimen y disciplina corra a cargo de la autoridad departamental, porque de lo contrario, se tocarían en adelante con nuevos embarazos que entorpecen el orden, cruzándose las providencias que pueden a la vez dictar la inspección y la Prefectura, y de aquí provendrían disgustos y atrasos en el servicio.¹⁷

Es decir, el prefecto temía que al pasar a ser las compañías policiales parte de la fuerza efectiva del Ejército, se pudiera destinar a sus integrantes a realizar tareas militares, y que, por lo tanto, no se los pusiera a su disposición. Sin embargo, esta reorganización se mantuvo hasta 1852.

En abril de este año, durante el gobierno del presidente José Rufino Echenique, se decretó la fundación de la Gendarmería, en la que se fusionaban “todos los cuerpos de policía, de serenos y de vigilantes” para dedicarse “exclusivamente a mantener la seguridad pública”. Se estableció que su dirección era responsabilidad de la prefectura y la intendencia de policía, mientras que su organización interna era encargada a su comandancia (Oviedo, 1861 [1852], tomo 6, p.317).

Esta reforma se llevó a cabo debido al aumento de los ingresos fiscales del gobierno provocado por las exportaciones del guano. Esto permitió, como analizaremos en el siguiente capítulo, el aumento de las fuerzas policiales. Por ello, el pago de los salarios de los serenos que pasaban a ser gendarmes pasaba a provenir directamente de la hacienda pública.

¹⁶ AHM, 1846, leg. 12, doc. 86, fol. 1; 1847, leg. 18, doc. 554, fol. 1

¹⁷ AHM, 1846, leg. 12, doc. 86, fol. 2

No obstante, a mediados de 1854 se decidió separar a los serenos de la Gendarmería para que formen un batallón independiente. Se la dividió en cinco compañías, destinadas cada una de ellas a un distrito de la ciudad, y se las puso bajo el mando de los inspectores de cuartel.¹⁸ Se decidió, además, que permanezca también subordinada a la prefectura y la intendencia (Oviedo, 1861 [1855], tomo 6, p.322).

Finalmente, en julio de 1855, durante el segundo gobierno de Ramón Castilla, se promulgó el reglamento de la Gendarmería. Se ratificó que su dirección en la tarea de la seguridad pública le correspondía a los prefectos e intendentes, y su organización interna a su comandancia (Oviedo, 1861 [1855], tomo 6, pp.323-324). Una ruptura importante con el pasado fue el artículo 12 del reglamento, donde se establecía que los “cuerpos de Gendarmería no se cuentan en el número de los del Ejército, ni pueden ser individual o colectivamente enrolados en estos, cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre la República, sin exceptuar los casos de guerra interior o exterior” (Oviedo, 1861 [1855], tomo 6, p.324). Es decir, se establecía claramente que los gendarmes no podían pasar a ser parte del Ejército en ningún contexto, ni siquiera en el de guerra civil o internacional. De esta manera, se buscaba consolidar la separación de las funciones militares de las policiales.

2.3 La normatividad acerca de la coerción policial

Después de conseguida la independencia, se mantuvieron como estrategias coercitivas la vigilancia policial de las calles, y la captura de los delincuentes. Los alcaldes de barrio,¹⁹ también llamados inspectores o comisarios, los serenos y los integrantes de las fuerzas policiales del Ejército eran los responsables de llevarlas a cabo.

¹⁸ Las inspectorías de cuartel fueron un cargo creado en 1852 para reforzar el cuidado del orden público en cada uno de los cinco distritos que integraban la ciudad de Lima (Oviedo, 1861 [1839], tomo 3, p.322).

¹⁹ Después de la independencia se encargó a la municipalidad el nombramiento de estos agentes (Oviedo, 1861 [1828], tomo 2, p.374). La disolución de esta institución en 1839 generó que esta función pase a ser asumida por la Intendencia de Policía.

Los alcaldes de barrio debían encargarse principalmente de recorrer su jurisdicción. Al igual que en la época de la independencia, en los primeros años de la época republicana, debían continuar siendo acompañados por patrullas compuestas por los vecinos de sus barrios, quienes debían turnarse para cumplir esta función (Oviedo, 1861 [1831], tomo 6, p.297). En 1828 se dispuso que, si incumplían ello, serían enrolados en el Ejército (Oviedo, 1861 [1828], tomo 6, p.295).

En el reglamento de la Compañía de Serenos de 1834 se estableció que ellos debían vigilar las calles que se les asignaba desde las cinco de la tarde hasta las seis de la mañana. No podían tener a su cargo “más de dos cuadras, una directa, y otra en la travesía”, y “cuidarán del mismo modo que no se paren en las esquinas o mitad de la calle personas sospechosas” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.304). Es decir, cada sereno debía tener a su cargo dos de las 355 calles que componían la ciudad de Lima durante esta época.²⁰

En consonancia con ello, se restringió la movilidad de los vecinos después de las once de la noche. Los serenos estaban obligados a cerciorarse de que a partir de esta hora “estén todas las puertas de calle cerradas, no permitiendo se abra ninguna de casa o tienda, sin conocimiento del sereno, quien oportunamente lo avisará a su respectivo jefe” y, por lo tanto, “cualquier vecino que necesitase practicar alguna diligencia fuera de su casa” debía ser acompañado por un sereno o delegársela a este (Oviedo, 1861 [1834], tomo 3, p.304).

Los oficiales de la compañía debían supervisar que los serenos cumplieran eficientemente con la vigilancia de las calles. Los dos comandantes tenían que “rondar a caballo la ciudad a cualquier hora de la noche indistintamente” para “estimularlos al mejor cumplimiento de su deber”. Los cinco tenientes y el mismo número de sargentos “rondarán a caballo toda la noche el distrito a que se les destine, cuidando que los serenos cumplan las obligaciones prescritas en este reglamento; y si notaren alguna falta en ellos, los relevarán, y arrestarán en el cuartel, dando parte al comandante para que lo trasmita a la prefectura” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, pp.304-306).

Las sanciones impuestas a los serenos que incumplían sus funciones fueron severas. Los “que no se encuentren en las calles en que estén destinados, serán suspensos por un mes, y la mitad de su haber quedará a beneficio del fondo; y en caso de reincidencia serán

²⁰ El número de calles ha sido tomado de Fuentes (1858, p. 643).

separados del cuerpo”. Asimismo, el “que fuere convencido de algún crimen, o fomentase desórdenes, será separado del destino” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.304).

Estos lineamientos fueron reafirmados en el reglamento de policía de 1839. La única novedad fue que se estableció la creación de un contingente de vigilantes montados, para que se encarguen de patrullar las calles entre las seis de la mañana y “las seis de la tarde en invierno, y las siete de la noche en verano” (Oviedo, 1861 [1839], tomo 6, pp.70-71). De esta manera, se buscaba fortalecer la presencia de agentes policiales en las horas en las que los serenos no estaban presentes en las calles.

En ese sentido, a la compañía de policía formada por el ejército también le fue encargada la tarea de colaborar con la tarea de la vigilancia de las calles. En 1826 se ordenó que sus efectivos patrullen la ciudad (Oviedo, 1861 [1826], tomo 6, p.294). En consonancia con esto, el presidente Luis José de Orbegoso ordenó la creación de la infantería de policía en 1834, para que se encargue exclusivamente de la seguridad pública de la ciudad (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.299). Así se buscaba un mayor despliegue en la ciudad de las fuerzas policiales formadas por el ejército.

Posteriormente, en 1852, se ordenó que dos grupos de gendarmes, uno de caballería y el otro de infantería, debían ser puestos a disposición de cada uno de los comisarios de los cinco distritos que componían Lima. Estos debían encargarse de usarlos para patrullar constantemente sus ámbitos de acción (Oviedo, 1861 [1852], tomo 3, p.322).

Este conjunto de disposiciones en torno a la vigilancia de las calles evidenciaba que, para las autoridades de la ciudad, la presencia de agentes policiales en las calles significaba una estrategia efectiva de disuasión de cualquier acción que buscara vulnerar la seguridad de los vecinos, y un medio que facilitaba la represión del delito.

En ese sentido, en cuanto a la captura de los delincuentes, en el reglamento de policía de 1825 se estableció que los agentes policiales podían apresar a los que fueran vistos “*in fraganti* en la perpetración de heridas, muertes o robos” (Oviedo, 1861 [1825], tomo 3, p.18). Esto fue reafirmado en el reglamento de policía de 1836 y en el de 1839 (Oviedo, 1861 [1836], tomo 3, pp.45 y 41-42).

En el artículo 152 de la Constitución de 1828, a su vez, se estableció que cualquier persona podía capturar a los que vieran cometiendo delitos *in fraganti*. Esto fue

reafirmado en el reglamento de policía de 1839 (Oviedo, 1861 [1825], tomo 3, p.75). Sin embargo, que se hubiese fomentado la participación de los vecinos en las patrullas dirigidas por los inspectores de barrio en los primeros años de la era republicana nos señala que ello ya era permitido.

Se autorizó a los agentes policiales la captura de los sospechosos, sin necesidad de una orden judicial. En el artículo 81 de la Constitución de 1823, se estableció que el Poder Ejecutivo “en caso de que fundadamente exija la seguridad pública el arresto o detención de alguna persona, podrá ordenar lo oportuno, con la indispensable condición de que dentro de veinticuatro horas pondrá al detenido a disposición de su respectivo Juez”. Esto fue reafirmado en las siguientes constituciones de la temprana república.

En los reglamentos las intenciones de las autoridades fueron mucho más explícitas. En el reglamento de serenos de 1834, se les autorizó a estos a “detener de noche a cualquier persona que consideren sospechosa; y si de su examen resulta ser vago, o que se le encuentre con armas prohibidas, será conducido al cuerpo de guardia más inmediato en clase de detenido, a fin de que oportunamente sea puesto a disposición del juzgado respectivo” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.304). En ese sentido, Matías León, ministro de gobierno, había manifestado que la vagancia era el origen de “los graves males que causan los ladrones de que se halla plagada la ciudad e infestados los caminos públicos” (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.304). Es decir, la posesión de armas y la condición de vago eran atribuciones que debían potenciar las sospechas de los agentes policiales. Por ello, el discurso que asociaba la vagancia con el delito, continuaba estando en la base de la formulación de las acciones estatales relacionadas a la seguridad pública durante la naciente república.

Finalmente, en el reglamento de policía de 1839 no se modificó lo establecido en el reglamento de 1834. Se autorizó a los serenos a “detener a todo el que emprenda una carrera sospechosa, al que vaya disfrazado; y a todo aquel cuya fisonomía confronte con las señales que les hubiesen dado para su aprehensión” (Oviedo, 1861 [1825], tomo 3, p.72), y a los que llevaran armas blancas o de fuego (Oviedo, 1861 [1825], tomo 3, p.76). De esta manera, se dejaba claro también que los testimonios de los testigos de un hecho delictivo podían justificar la detención de un sospechoso por parte de los agentes policiales.

Capítulo 3

La formación de las dimensiones de las fuerzas policiales

En 1839 el prefecto Manuel Menéndez afirmó que en años anteriores la ausencia de efectivos policiales había provocado que en la ciudad de Lima la inseguridad primase:

La ciudad estaba plagada poco ha de hombres malvados, y las gentes no podían transitar las calles, ni a prima noche, sin ser constantemente asaltados por ellos: el domicilio mismo era acometido por cuadrillas de facinerosos, que con descaro hacían sus incursiones, seguros de la impunidad, porque no había quien los persiguiese: el vecindario siempre temeroso y sobrecogido, y el pacífico industrial, no podían dedicarse con quietud a sus peculiares ocupaciones [...].²¹

Este testimonio ilustra lo arraigado que estaba en la cultura política de los funcionarios de los gobiernos la idea que identificaba a la presencia de fuerzas policiales en la ciudad como una fuente importante de legitimidad para las administraciones que encabezaban.

La formación de las dimensiones de estas fuerzas en la ciudad tuvo dos tendencias claramente diferenciadas durante la temprana república. Por un lado, las dimensiones de las fuerzas policiales del Ejército muestran una fluctuación constante durante la mayor parte de ese periodo. Por el otro, las dimensiones de la Compañía de Serenos se mantuvieron en niveles homogéneos.

¿Cómo entender las fluctuaciones de las dimensiones las fuerzas policiales del Ejército? La clave ésta en las guerras. Hay una clara correlación entre estas y las variaciones de sus dimensiones. En los años en los que se desarrollaron estos conflictos, los promedios anuales de integrantes de su tropa disminuyeron o se mantuvieron en niveles homogéneos. A pesar que esto demuestra la escasez de ingresos fiscales que marcó la temprana república peruana (Contreras, 2012, pp.41-58); es pertinente subrayar que ello también daba cuenta que se prefería proveer de hombres a las compañías que marchaban al campo de batalla. En cambio, en años de paz las dimensiones de las mencionadas compañías comúnmente tendieron a crecer como ocurrió, por ejemplo, entre

²¹ AHM, 1839, leg. 26, doc. 300, fol.1.

1827 y mediados de 1828, en parte del año 1841, y a partir del año 1845. El fin de las guerras provocaba que parte de los efectivos desmovilizados fueran destinados a las fuerzas policiales del Ejército para fortalecerlas nuevamente

Sin embargo, existieron tres excepciones que no se explican por dichas tendencias. Durante el primer gobierno de Agustín Gamarra, de 1829 a 1833, se redujo las fuerzas policiales, argumentando que la hacienda pública no tenía recursos suficientes. En 1838 el desarrollo de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana en las proximidades de la ciudad estimuló que su número creciese para reforzar su protección. En 1840, por último, el mismo Gamarra, durante su segundo gobierno, decidió disminuir sus dimensiones debido a que consideró que el fortalecimiento de la Compañía de Serenos bastaba para mejorar el estado de la seguridad pública de la ciudad.

La reducción de las fuerzas policiales del Ejército en épocas de guerra demuestra que este factor debilitaba la estructura estatal encargada de la seguridad pública en Lima. Por ello, es sugerente explicar por qué ello no se ajusta al planteamiento acuñado por Charles Tilly para el caso de los Estados europeos, que postula básicamente que estos se construyeron debido a que las guerras provocaron la consolidación de estructuras institucionales encargadas permanentemente de la extracción de recursos de la sociedad y de su administración para que fuera posible fortalecer constantemente a los ejércitos (1992, pp.45-46, 113-114). Tres factores explican, en gran medida, este contraste. En primer lugar, en el Perú durante la temprana república no se fortaleció al Ejército. Es decir, sus dimensiones se alteraban constantemente como consecuencia de la inestabilidad política (Velásquez, 2013, pp.32-39). Esto significaba que el mantenimiento del Ejército no estimulaba el desarrollo y fortalecimiento de una estructura estatal dedicada a la extracción de recursos de la sociedad como ocurrió en el caso europeo. En segundo lugar, la crisis de la hacienda pública y la debilidad del mercado interno no hicieron viable el fortalecimiento sostenido de cualquier institución estatal durante gran parte de la temprana república (Contreras, 2012, pp.41-58). Es por ello que la necesidad de hombres del Ejército nacional o de los ejércitos de los caudillos en contextos bélicos se suplía con integrantes de las fuerzas policiales, provocando el debilitamiento de la capacidad coercitiva estatal en la capital, lo cual también pudo ocurrir en otras ciudades.²²

²² Sarah Chambers (2003) afirma que el Ejército se encargó de formar la compañía policial de Arequipa desde 1825 hasta 1832, año en que se empezó a formar una policía civil, separada del

En tercer lugar, la mayoría de guerras que marcaron la historia del Perú durante la temprana república, a diferencia del caso europeo en el mismo periodo, fueron guerras civiles (Méndez y Granados, 2010, p.60). Estas guerras llevaron a la fragmentación del Ejército en diferentes bandos enfrentados entre sí. Esto potenciaba la necesidad de hombres en los bandos beligerantes. Por lo tanto, en un contexto de debilidad de la hacienda pública, los caudillos que controlaron Lima decidieron reforzar sus ejércitos en detrimento de las dimensiones de las fuerzas policiales del Ejército, aprovechando que gran parte de los efectivos de estas se encontraban dentro de la ciudad, lo que les posibilitaba incorporarlos a sus ejércitos rápidamente. Además, al depender de los prefectos de Lima la dirección de estas compañías, y ser ellos nombrados por los caudillos, estos no encontraban oposición a la hora de decidir la incorporación de sus efectivos a sus ejércitos. De modo que los prefectos de Lima se convertían en agentes de suma importancia en el proceso de construcción de las maquinarias bélicas de los caudillos como ocurría en otros departamentos (Grompone, 2016, pp.114-118).

El caso de la Compañía de Serenos, por su parte, ilustra una tendencia opuesta al de las fuerzas policiales del Ejército. A partir de 1840 –año a partir del cual tenemos cifras mensuales de su número de efectivos- sus dimensiones fueron sumamente estables, debido principalmente a que se consolidó una clara separación entre esta compañía y el Ejército, evitándose así que fuera afectada por las guerras; por lo cual sus miembros no fueron reclutados normalmente. Esto se debió a que sus recursos económicos eran recaudados entre la población, manifestando explícitamente que iban a ser destinados al mantenimiento económico de los serenos. En consecuencia, se generaba un pacto político entre los vecinos y los gobiernos, que evitaba que las dimensiones de la compañía fueran afectadas por las guerras. En ese sentido, la estabilidad del número de serenos son una clara evidencia de que los gobiernos consideraban la intervención en la seguridad pública como una fuente importante de legitimidad. Por ello, incluso entre 1842 y 1844, un

Ejército (pp.168-171). Sin embargo, la autora al abordar ese proceso tangencialmente en su investigación, pierde de vista que en 1848 el gobierno central dispuso el envío de parte de las fuerzas policiales de Lima a todos los departamentos del Perú, incluido Arequipa (Oviedo, 1861 [1848], tomo 6, p.315). Por lo tanto, es evidente que hacen falta más investigaciones para dilucidar el papel que tuvo el Ejército en la formación de la fuerza policial de Arequipa, antes y después de la creación de la policía civil, lo que implica necesariamente analizar el impacto de las guerras en las dimensiones de esta fuerza.

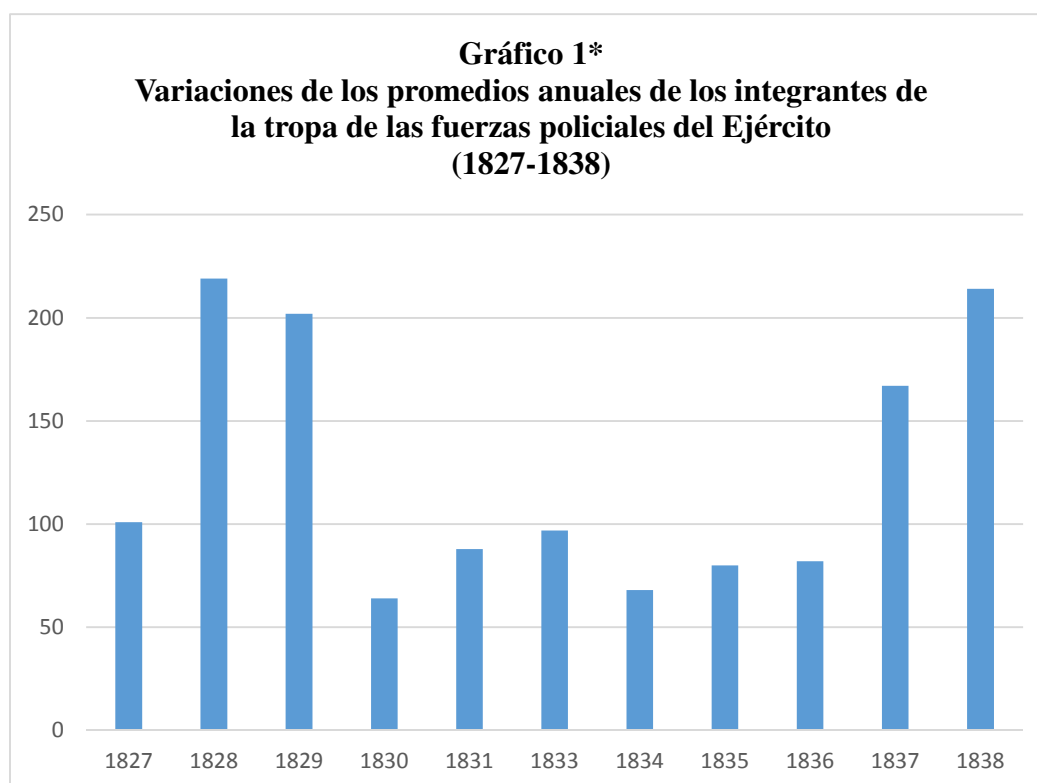
periodo de gran inestabilidad política y de guerras civiles contantes, el número total de serenos se mantuvo estable.

3.1 El caso de las fuerzas policiales del Ejército²³

En este apartado dividiremos nuestro marco temporal en cuatro etapas. En la primera, de 1827 a 1839, existió una sola unidad militar encargada de la seguridad pública. En la segunda, de 1840 a 1844, se inició la división de esta unidad en cuerpos de infantería y caballería independientes. En la tercera, de 1845 a 1851, se consolidó esta división. Y, finalmente, en la cuarta, de 1852 a 1855, se fusionaron ambas en la Gendarmería. Esta división, aparte de clarificar nuestro análisis, ilustra la inestabilidad que atravesó el proceso de formación de las fuerzas policiales en Lima durante la temprana república.

Ahora bien, en el primer periodo el número de integrantes de la tropa de las fuerzas policiales no mantuvo una regularidad anual como se muestra en el gráfico 1.

²³ En este subcapítulo se utilizan los promedios anuales de la tropa de las fuerzas policiales a partir de 1827 -año a partir del cual tenemos cifras mensuales- de los integrantes de la tropa de las fuerzas policiales formadas del Ejército. En los años en los que las fuerzas policiales estuvieron compuestas por compañías separadas, se ha sumado sus cifras mensuales de efectivos, y luego se las ha promediado (véase anexo 23)



*No se disponen de datos para el año 1832.

Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 3-9.

En los primeros meses del gobierno de José de La Mar, el crecimiento de la tropa del escuadrón de policía fue constante. El promedio anual de 1828 significó un crecimiento de 54% con respecto al del año anterior como se muestra en el gráfico. El número de integrantes pasó de 106 en febrero de 1827, a 273 en abril de 1828 (véase anexo 3).

Sin embargo, a fines de 1828 una guerra internacional detuvo esta tendencia. En el mes de octubre de este año, la tercera sección del escuadrón se redujo a un piquete integrado por 30 soldados como consecuencia del inicio de la guerra contra la Gran Colombia (véase anexo 3). Esta guerra, iniciada en junio de 1828, exigía obviamente el traslado de soldados al escenario del conflicto. En consecuencia, el promedio de 1829 cae ligeramente, en comparación con el de 1828, como se evidencia en el gráfico 1. Sin embargo, es pertinente aclarar que al desarrollarse esta guerra fuera del territorio peruano, la necesidad de hombres no fue tan imperiosa como cuando en posteriores guerras internacionales, el escenario del conflicto se trasladó al territorio peruano.

El fin de la guerra a inicios de 1829 conllevó una disminución del número de efectivos de la compañía. En junio de este año –el mes en que fue derrocado el presidente La Mar por Agustín Gamarra-, el prefecto Manuel Ferreyros le comunicó al Ministerio de Guerra que se había decidido que el escuadrón se uniera a otra compañía del Ejército, el Regimiento Lanceros del Cusco.²⁴ En consecuencia, el escuadrón pasó a llamarse Compañía de Seguridad Pública.²⁵

En ese sentido, durante el gobierno de Gamarra, entre 1829 y 1833, se redujo el número de efectivos del Ejército. En efecto, el 21 de setiembre de 1831 se promulgó una ley que establecía que la “fuerza numérica, total y absoluta del Ejército de la República en tiempo de paz, será la de tres mil hombres de toda arma; y la del tiempo de guerra, la que a propuesta del Ejecutivo determine el Congreso según las circunstancias” (Oviedo, 1861 [1831], tomo 13, p.49). En octubre de 1829, el vicepresidente José Rivadeneira había dejado claras las razones que tenía el gobierno para reducir el número de efectivos del Ejército:

[...] atendiendo a que ya está sancionada la paz con la República de Colombia, y a que es necesario economizar los inmensos gastos que gravitan sobre el Erario, a causa de la excesiva fuerza que ha sido necesario mantener sobre las armas para atender a la defensa del suelo patrio: no queriendo, por otra parte, gravar con nuevas pensiones e impuestos a unos pueblos que desde luego deben sentir el benéfico influjo de la paz, después de tantos y tan repetidos sacrificios como han prestado para conservar su independencia y libertad [...] (Oviedo, 1861 [1829], tomo 13, p.44).

De tal forma, para el gobierno de Gamarra, la paz conseguida con la Gran Colombia y la voluntad de no imponer más cargas fiscales a la población motivaban la reducción del Ejército. En consonancia con esta última justificación, se encontraba las dificultades que tenían las autoridades para cobrar impuestos, y lo insuficiente que fue lo recaudado para cubrir las necesidades del Estado hasta la década de 1840 (Contreras, 2012, pp.45-46), lo que agravaba la situación del Estado y originaba que se hallara sistemáticamente en estado de quiebra (Gootenberg, 1997, p.189). Es decir, el déficit fiscal fue una constante durante este periodo (Seminario, 2015, p.825).

²⁴ AHM, 1829, leg. 14, doc. 160, fol.1

²⁵ AHM, 1829, leg. 11, doc. 64, fol. 1

Además, con esta medida Gamarra puede haber pretendido reducir las posibilidades de levantamientos militares en su contra. Al reducir el número de efectivos del Ejército, buscaba debilitar las bases de apoyo de algún oficial rebelde. Sin embargo, si esta fue su intención no dio resultado, ya que durante su gobierno tuvo que hacer frente a diecisiete conspiraciones en su contra (Basadre, 2015, p.56).

Ahora bien, la reducción del Ejército impidió que la Compañía de Seguridad Pública tuviese las dimensiones que tuvo el escuadrón de policía en años anteriores. En consecuencia, el promedio de integrantes de la tropa de 1830 significó una reducción del 69 % del promedio del año anterior. Aunque la ausencia de guerras durante el gobierno de Gamarra permitió un ligero crecimiento en los años siguientes como se muestra en el gráfico 1. La cifra máxima de integrantes de la tropa de la compañía, durante el dicho gobierno, fue 100 efectivos en marzo de 1831, y de agosto a octubre de 1833 (véase anexo 4).

En 1834 –año del que solo disponemos algunas cifras mensuales de su primer semestre-, durante el gobierno de Luis José de Orbegoso, el promedio anual se redujo. Además, la ausencia de cifras para febrero y marzo de dicho año nos sugiere que en estos meses los integrantes de la compañía fueron incorporados al ejército de presidente Luis José de Orbegoso, quien asumió el cargo a inicios de 1834, debido a la guerra civil que inició en su contra el caudillo Pedro Bermúdez. El fin de esta guerra a fines del mes de abril no provocó que se restablecieran las dimensiones que la compañía tuvo en el año anterior. En consecuencia, en julio el prefecto Francisco Valle Riestra elevó una solicitud al Consejo de Estado para que se aumente el número efectivos de la compañía. Por lo tanto, el presidente Orbegoso, decretó la creación del Cuerpo de Policía, compuesto por dos secciones, una de infantería, y otra de caballería, integrada por cincuenta y sesenta efectivos, respectivamente, que no serían contados como parte de la fuerza efectiva del Ejército (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, pp.299-300).

Sin embargo, la cifra reglamentaria de integrantes de la caballería y la infantería del Cuerpo de Policía fundado por Orbegoso sumaban 110 efectivos. Es decir, ello no significaba un incremento importante con respecto a la cantidad de efectivos que tuvo la Compañía de Seguridad Pública (ver anexo 4). Esto se debió a que la hacienda pública en 1834 todavía estaba afectada por el déficit fiscal (Seminario, 2015, p.825).

El Cuerpo de Policía empezó a operar recién en noviembre de este año (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, pp.299-314). Sin embargo, tal como fue concebida por Orbegoso y sus funcionarios, solo subsistió hasta febrero de 1835 debido al estallido de una guerra civil entre él y el caudillo Felipe Santiago Salaverry (véase anexo 5). La guerra nuevamente se tornaba un factor que reducía el potencial crecimiento que debía experimentar esta compañía, de acuerdo al reglamento promulgado por Orbegoso en 1834. En ese sentido, el promedio de integrantes de la tropa durante este año fue 80. A fines de este año, Salaverry disolvió el escuadrón de policía que se encontraba en la ciudad y, por ende, lo integró a su ejército, que marchaba a combatir a sus rivales Santa Cruz y Orbegoso en el interior del país (Basadre, 2015, tomo 2, pp.106-107).

Lima no se mantuvo mucho tiempo sin una fuerza policial. En enero de 1836 Orbegoso y su ejército retomaron el control de Lima y este mismo mes se restableció una fuerza policial, compuesta por compañías de caballería e infantería. Nuevamente la formación de fuerzas policiales aparece como una medida que no solo busca asentar la autoridad de un gobierno precario, sino también su credibilidad ante la población. En ese sentido, a partir de marzo, un mes después del fin de la guerra civil, se inicia un crecimiento sostenido que solo duró hasta el mes de junio, periodo en el que se estabilizó (véase anexo 8). En octubre de 1836, pocos meses después de la creación de la Confederación Perú-Boliviana, se ordenó que “se refunda la compañía de infantería del Cuerpo de Policía en la de caballería, quedando en la fuerza de ochenta hombres”.²⁶ Es decir, la compañía de caballería absorbió a la de infantería.

En los primeros meses de 1837 la tropa empezó a crecer de manera sostenida. En agosto de 1837 se dispuso que el escuadrón debía tener en total 180 plazas, y que se le sumara nuevamente una compañía de infantería,²⁷ la cual empezó a operar a partir de octubre. Esto originó que el escuadrón vuelva a llamarse Cuerpo de Policía. A partir de este mes las cifras mensuales de efectivos del cuerpo aumentaron considerablemente, llegando a 271 efectivos en el mes de diciembre (anexo 9). En consecuencia, la cifra promedio de la tropa que en 1836 había sido 82, pasó a ser 162 en 1837. Es decir, se incrementó en 50%.

²⁶ AHM, 1836, leg. 13, doc. 233, fol.1.

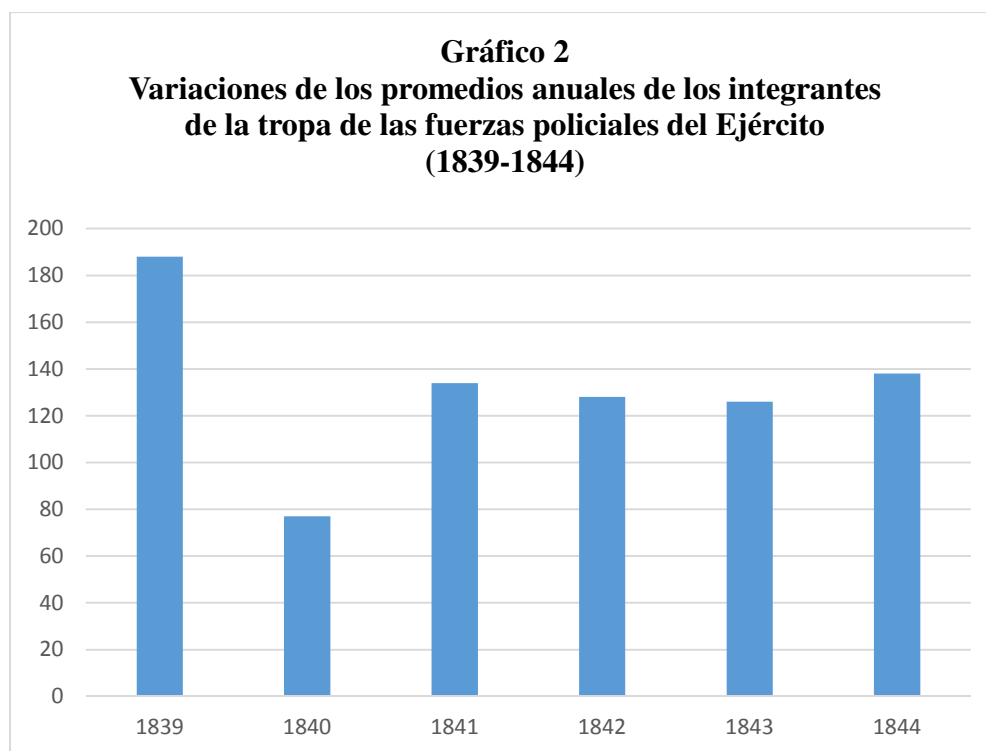
²⁷ AHM, 1837, leg. 1, doc. 114, fol. 1.

Este periodo de crecimiento coincide con el desarrollo de la guerra que la primera expedición restauradora inició contra la confederación. Esto contrasta con lo que había ocurrido en coyunturas anteriores, la guerra contra la Gran Colombia y la guerra civil entre Orbegoso y Salaverry, marcadas por la reducción de las fuerzas policiales. ¿A qué se debió ello? Existía la posibilidad de que las fuerzas restauradoras desembarcasen en un punto de la costa cercano a Lima. Por ello, el aumento de la tropa debe entenderse no solo como una medida que buscaba garantizar la seguridad pública de la población de Lima, sino también el fortalecimiento del número de efectivos al interior de la ciudad, para hacer frente a una posible invasión que buscara conquistar la ciudad, y a los grupos de montoneros que se formaron para apoyar al ejército restaurador. Además, el Estado tuvo recursos para solventar ello. De acuerdo a los estimados de Bruno Seminario, en 1837 no se registró un déficit fiscal, lo cual no ocurría desde 1828 (Seminario, 2015, p.825).

El incremento de la tropa continuó en 1838. A pesar de la firma del tratado de paz de Paucarpata a fines del año anterior, el combate naval de Islay demostró que la guerra contra la confederación no había finalizado. En consecuencia, la posibilidad de una invasión del ejército restaurador seguía latente. En ese sentido, en abril de 1838 se decidió formar una segunda compañía de infantería de policía. De tal manera que la cifra total de integrantes de la tropa del escuadrón superó los 300. En julio de 1838, el mes previo al inicio de la invasión del ejército restaurador, la tropa de la fuerza policial alcanzó la cifra de 367 efectivos (véase anexo 9).

El desembarco del ejército restaurador y su avance hacía la ciudad originó la batalla de Portada de Guía en agosto de 1838, en la que participó el escuadrón de policía (McEvoy, 2015, p.430). La derrota del ejército confederado en esta batalla provocó la entrada del ejército restaurador a la capital. Sin embargo, este ejército se retiró de la ciudad a inicios de noviembre, provocando que el ejército de la confederación retomara el control de la ciudad. En consecuencia, se formó una nueva compañía policial, cuya dimensión fue mucho menor a la que mantuvo la anterior fuerza policial de la confederación antes del ingreso del ejército restaurador a la ciudad (véase anexo 9). Esto se debió posiblemente a que se priorizó el fortalecimiento del ejército de la confederación que partió a combatir al ejército restaurador, el cual se había retirado al Callejón de Huaylas (Basadre, 2015, tomo 2, p.149).

Ahora bien, las fuerzas policiales del Ejército, entre 1839 y 1845, mantuvieron dimensiones homogéneas, con excepción de los años 1839 y 1840, como se muestra en el gráfico 2.



Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 10-15.

La derrota definitiva del ejército de la confederación a inicios de 1839 y la consolidación del segundo gobierno de Agustín Gamarra trajeron consigo un nuevo periodo de paz que provocó que la tropa del restablecido escuadrón de policía se incrementara constantemente durante la mayor parte de este año. En ese sentido, en julio se le asignó una sección de infantería (véase anexo 10).

Sin embargo, la cifra promedio de integrantes de la tropa que en 1840 fue de 188, se redujo abruptamente a 77 en 1841. Es decir, cayó en un 60%. La reorganización de la Compañía de Serenos y su fortalecimiento desde 1840, como analizaremos más adelante, provocaron que el gobierno de Gamarra no considerase necesario continuar manteniendo el escuadrón de policía. En marzo de 1840 fue disuelto y solo se conservó la infantería,

cuya cifra de integrantes se mantuvo estancada en cifras que giraban en torno a los 80 integrantes durante el segundo semestre de este año (véase anexo 11).

Esta cifra se incrementó aceleradamente a inicios de 1841. De esta forma, era evidente que el gobierno de Gamarra reconocía que la política llevada a cabo durante el año anterior no había tenido éxito en relación la seguridad pública, y que por ello era necesario reforzar la infantería de policía. Por lo tanto, el promedio anual de integrantes de la tropa se incrementó a 134, lo que significaba un crecimiento del 43% en comparación con el año anterior.

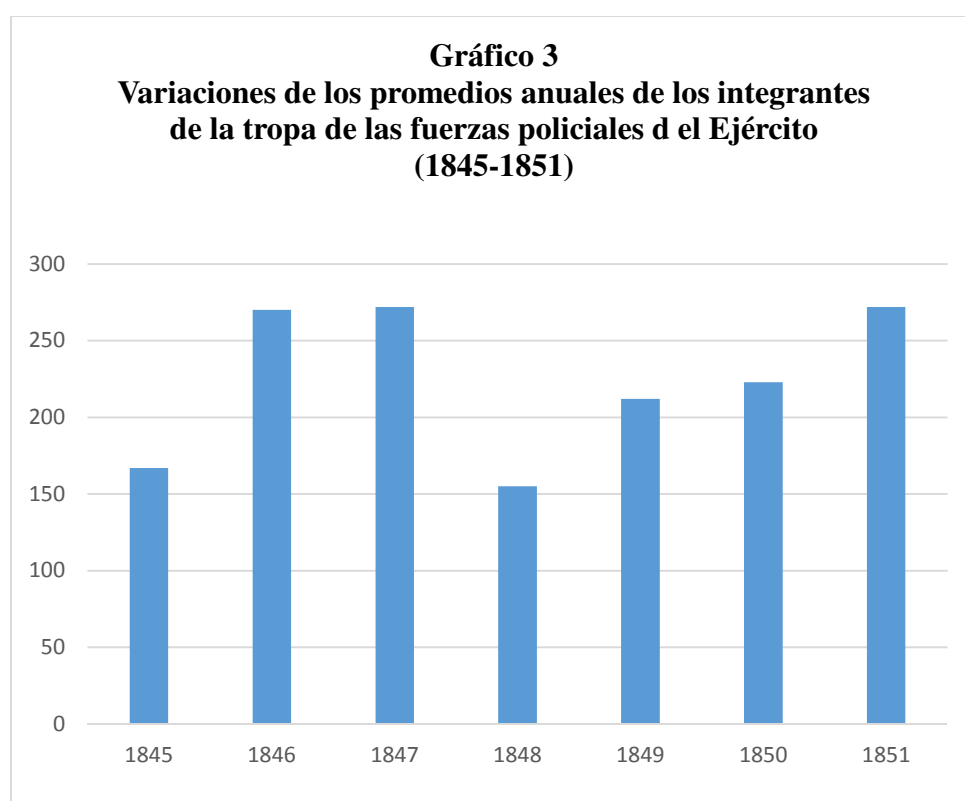
La guerra que inició el presidente Gamarra contra Bolivia afectó enormemente la tendencia al crecimiento de las fuerzas policiales del Ejército. El Ejército boliviano invadió el territorio peruano en noviembre de 1841, después de la derrota peruana en la batalla de Ingavi y la muerte del presidente. En consecuencia, el prefecto José Villa, a nombre del gobierno, ordenó que los integrantes de la infantería de policía fueran integrados a la fuerza efectiva del Ejército.²⁸ Esto provocó que la infantería de policía fuese reducida a un piquete de tan solo nueve hombres en el mes de diciembre (véase anexo 11). El traslado del escenario de esta guerra al territorio peruano generó un estado de emergencia, que, a su vez, provocó que los funcionarios del Estado tuvieran la necesidad imperiosa de fortalecer al ejército que marchaba a enfrentar a los invasores, al igual que ocurrió en la guerra entre la Confederación Perú-Boliviana y el ejército restaurador; aunque esta vez la lejanía del escenario del conflicto de la capital ocasionó mas bien el debilitamiento de las fuerzas policiales.

A pesar que la guerra continuó a inicios de 1842, el piquete se incrementó sostenidamente. La firma del tratado de paz en el mes de junio de este año consolidó el restablecimiento de la dimensión de la infantería del año anterior. Sin embargo, a fines de 1842 se dio inicio a un periodo de inestabilidad política y de continuas guerras civiles (Basadre, 2015, tomo 4, pp.70-113), que en la historiografía comúnmente ha sido conocido como el periodo de la anarquía, el cual provocó el estancamiento de la dimensión de las fuerzas policiales durante 1843 y 1844, como se muestra en el gráfico 2, hasta que esta coyuntura finalizó a fines de este último año. El mantenimiento la formación de fuerzas policiales del Ejército durante este periodo de convulsión e

²⁸ AHM, 1841, leg. 30, doc. 272, fol.1.

incertidumbre política demuestra lo asentada que estaba en la cultura política de los caudillos y de sus funcionarios la idea de que el mantenimiento de estas fuerzas era una fuente importante de legitimidad de los gobiernos que encabezaban.

Ahora bien, durante la siguiente etapa, de 1845 a 1851, que coincide con el primer gobierno de Ramón Castilla y la primera parte del gobierno de José Rufino Echenique, se dio un crecimiento significativo de las fuerzas policiales del Ejército, en comparación con el periodo anterior, como se ilustra en el gráfico 3.



Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 14 y 15.

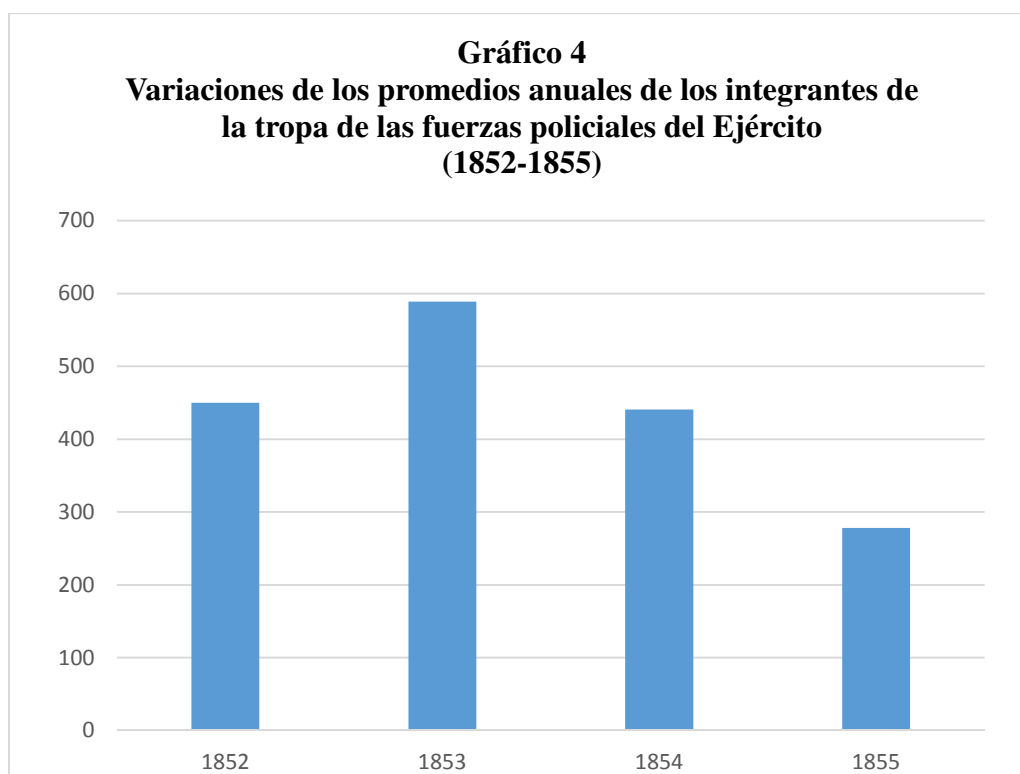
La relativa paz política, que caracterizó a este periodo, permitió que el crecimiento de estas fuerzas fuera sostenido en los primeros años del gobierno de Castilla. El promedio de la suma de sus integrantes en 1845 fue 167, lo que significaba un crecimiento de 18 % con respecto al año anterior. El crecimiento en 1846 fue mucho mayor. Este año el promedio fue 270, lo que significaba un crecimiento del 39 % con respecto al año anterior. En 1847 el promedio se estabilizó, ya que aumentó solo a 272. En su punto más

alto, en febrero de 1847, la suma de integrantes de la tropa de la infantería y del escuadrón arrojó como resultado 312 (véase anexos 14 y 15). De esta manera, el gobierno de Castilla buscaba aprovechar la paz política para consolidar la legitimidad de su autoridad entre la población de Lima, y, a su vez, reforzar el estado de la seguridad pública.

Sin embargo, en 1848 el promedio de integrantes de la tropa descendió abruptamente a 155, es decir, cayó en un 44%. Esto se debió a que en este año el Estado llevó a cabo una distribución de los efectivos policiales en todo el país (Oviedo, 1861 [1848], tomo 6, p.315), lo cual les restó efectivos a las fuerzas policiales destinadas a Lima. No obstante, la tendencia se reorientó rápidamente. En 1849 la cifra promedio fue de 212, lo que significaba un crecimiento del 27 %. En 1850 el promedio creció ligeramente a 223. Pero en 1851 el promedio fue de 272, el mismo que en 1847.

La tendencia al crecimiento de la tropa que se configuró entre 1846 y 1851 está también estrechamente relacionada al inicio del incremento sostenido de los recursos del Estado como consecuencia del auge exportador del guano. Entre 1846 y 1852 esos ingresos pasaron de poco más de 6 millones de soles en 1846 a más de ocho millones y medio de soles en 1852 (Hunt, 2011, p.151).

Ahora bien, entre 1852 y 1855, el número de integrantes de la tropa alcanzaron niveles superiores al de todos los años anteriores de la temprana república, a pesar del descenso que caracterizó a los dos últimos años de este periodo, como se muestra en el gráfico 4.



Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 16 y 17.

La creación de la Gendarmería en abril de 1852 supuso la fusión de las fuerzas policiales del Ejército con la Compañía de Serenos, originando una gran ampliación del número de integrantes de las fuerzas policiales. En este año el promedio de integrantes de la tropa fue de 450, lo que significó un crecimiento del 40 % en comparación con el año anterior. A su vez, en 1853 el promedio fue 589; es decir se produjo un crecimiento del 24 %. En su punto más alto, en diciembre de 1853 la cifra total de integrantes de la tropa de la Gendarmería llegó a 662 (véase anexos 16 y 17).

En 1854 el promedio anual de integrantes de la tropa descendió a 441. Este año se inició la guerra civil entre el presidente Echenique y Ramón Castilla. De modo que el prefecto Manuel Suárez le comunicó al Ministerio de Guerra que el contexto forzaba a que se disponga de la Gendarmería para tareas ajenas a la seguridad pública.²⁹ Así se suprimió la infantería de la gendarmería a mediados de este año (véase anexo 17), para trasladar sus efectivos al ejército del primero. De esta manera, se demuestra que el inicio del incremento de los ingresos estatales, como consecuencia del crecimiento de las

²⁹ AHM, 1854, leg. 25, doc. 153, fols.1-2.

exportaciones del guano, no había producido aún un fortalecimiento del ejército. En un contexto de guerra civil su debilidad se acrecentaba, por lo cual era necesario fortalecerlo, como hizo Echenique al incorporar los infantes de la gendarmería a la tropa que marchaba a la guerra.

La guerra civil finalizó a inicios de 1855. Sin embargo, el promedio de integrantes de la tropa en este año fue de 289. ¿A qué se debió este descenso? Poco después de finalizada la guerra, en enero de este año se decretó que el presupuesto para el bienio de 1854-1855 había sido falsificado, y que, por lo tanto, los gastos del gobierno se regirían por el presupuesto del bienio anterior (Basadre, 2015, p. 241), el cual había establecido un gasto menor.

A modo de síntesis, las guerras truncaban el crecimiento de las fuerzas policiales del Ejército. A diferencia del caso europeo, estudiado por Charles Tilly, el Estado en el Perú durante la temprana república no se construyó en torno al fortalecimiento del Ejército debido a que las dimensiones de este fluctuaban constantemente como consecuencia de la inestabilidad política (Velásquez, 2013, pp.32-39). Es por ello que las guerras civiles, al dividir al Ejército, y el traslado del desarrollo de las guerras internacionales al territorio peruano, como ocurrió en 1838 y 1841, ahondaban esta precariedad y originaban una demanda de hombres, que era suplida, en el caso de los ejércitos de los caudillos que tenían el control de Lima, con las fuerzas policiales. El incremento de los ingresos estatales durante el inicio del auge exportador del guano tampoco trajo consigo el fortalecimiento del Ejército como lo demostró en 1854 la disolución de la infantería de la Gendarmería para incorporarla al ejército del presidente Echenique.

3.2 El caso de la Compañía de Serenos

En 1825 en Lima había aproximadamente 138 serenos (Carrasco, 1825, p.76). Sin embargo, en 1827 esta cifra se redujo a 92, de acuerdo a un informe elaborado por el Ministerio de Gobierno.³⁰ Esta cantidad se mantuvo así en 1832 y 1833 (Paredes, 1832, p.40; Paredes, 1833, p.44). En consecuencia, en el reglamento de 1834 se buscó cambiar esta situación, estableciendo que doscientos serenos debían ser desplegados en toda la ciudad (Oviedo, 1861 [1854], tomo 6, p.303). Sin embargo, en 1836 se mantenía la cifra de 92 serenos (Paredes, 1836, p.45). Por lo tanto, hacía falta más recursos económicos para incorporar más hombres.

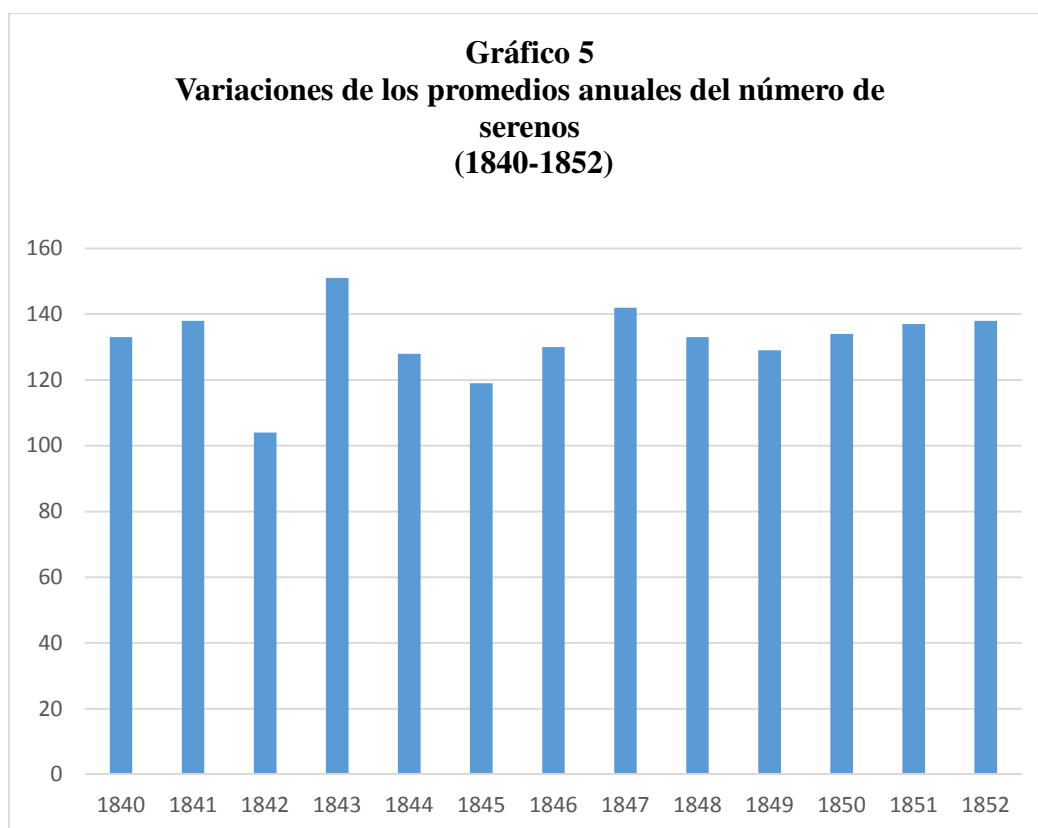
En consecuencia, en el reglamento de policía de 1839 se amplió la base tributaria de contribuyentes para posibilitar la recaudación de los recursos que permitiera cumplir con lo reglamentado, tal como hemos analizado en el capítulo 2. Por ello, en el mismo reglamento se dividió la Compañía de Serenos en ocho secciones de serenos de a pie, compuesta cada una por veinte y cuatro serenos; y dos compañías de vigilantes montados, compuestas ambas por cincuenta efectivos. En suma, la compañía debía estar compuesta por 192 serenos y cien vigilantes. Sin embargo, a inicios de 1840 se reorganizó nuevamente la compañía. Las dos compañías de vigilantes pasaron a formar parte del escuadrón de granaderos del Ejército.³¹

Ahora bien, los promedios anuales de las cifras totales de serenos entre 1840 y 1852,³² año en que se incorporaron a la Gendarmería, se mantuvieron estables como se demuestra en el gráfico 5.

³⁰ AHM, 1827, leg. 15, doc. 95, fols. 1-3.

³¹ AHM, 1840, leg. 11, doc. 23, fol. 1.

³² Este estimado se ha realizado en base a las cifras mensuales del total de serenos que integraban la compañía. Asimismo, en la elaboración del estimado no se ha considerado a los meses de los que no poseemos las cifras completas (véase anexos 18 y 23).



Fuente: Elaboración propia en base al anexo 18.

¿A qué se debió la estabilidad de la Compañía de Serenos? En primer lugar, existió una clara separación entre su estructura y la del Ejército, cuyas fuerzas policiales, como hemos analizado en el anterior subcapítulo, eran debilitadas en épocas de guerras. Es decir, sus integrantes no eran reclutados comúnmente, con la excepción de algunas coyunturas. Por ejemplo, en 1842 la guerra con Bolivia provocó que se reclutaran serenos. Esto, para José Urrutia, intendente de policía, significó un gran perjuicio para la compañía:

Las partidas encargadas de reclutar hombres para los cuerpos del ejército toman indistintamente a los que encuentran en las calles aunque estos presenten boletos que acrediten estar exentos de servicios como sucede a los serenos que en la noche del domingo fueron sorprendidos algunos sin que hubiese habido modo como cubrir los puestos a que se les había destinado. Así es que por esta causa se halla el cuerpo sufriendo cada día más bajas porque como ven los individuos que se

compone que les falta aquella garantía, se desertan en gran número y he allí la razón porque no se puede poner en el estado de fuerza que se requiere [...].³³

Esta situación para el mismo Urrutia provocaba, a su vez, que la compañía estuviese “en un estado de calamidad”.³⁴ Es por ello que, de acuerdo al estimado que hemos elaborado, el menor promedio anual es el del año 1842. Sin embargo, durante los siguientes años los promedios anuales mantuvieron un nivel homogéneo, incluso en el periodo de 1843-1844, marcado por la inestabilidad política y constantes guerras civiles. Paradójicamente en el año 1843 se registra el mayor promedio anual de nuestro estimado.

Para entender la magnitud de esta estabilidad, durante dicho contexto de inestabilidad política, resulta útil comparar la situación de la compañía con la de las fuerzas policiales del Ejército. Si bien los promedios anuales de la tropa de esta se mantuvieron estables durante este periodo, como hemos analizado anteriormente, en mayo y junio de 1844 la tropa del escuadrón de policía se redujo a 25 y 34 miembros respectivamente (véase anexo 14) debido a que gran parte de sus integrantes fue incorporado al ejército que marchó con José Rufino Echenique al centro del país, donde se estaban produciendo levantamientos contra el gobierno de su aliado Manuel Ignacio de Vivanco, quien se encontraba en guerra civil contra Ramón Castilla (Basadre, 2015, tomo 4, p.105). En cambio, en julio de este mismo año veinte serenos fueron enrolados en la compañía comandada por Pedro Bermúdez, aliado de Ramón Castilla, quien se comprometió a regresarlos a la ciudad lo más pronto posible. En efecto, un mes después fueron enviados de retorno.³⁵

En segundo lugar, los ingresos de la compañía, como lo establecía el reglamento de policía de 1839, eran recaudados entre la población, manifestando que lo cobrado iba a ser destinado al mantenimiento económico de la compañía. En consecuencia, se generaba un pacto político que desalentaba las intenciones de los gobiernos de reducir el número de serenos, pues esto podía implicar una pérdida de la legitimidad de los gobiernos que rompieran dicho pacto. Además, recordemos que a la elite limeña se le había asignado una contribución mayor por ser dueños de establecimientos comerciales y de casas de dos pisos, por lo cual estaban propensos a reclamar cualquier uso de los serenos en tareas ajenas a la seguridad pública a través de la prensa, tal como lo hacían con las decisiones

³³ AHM, 1842, leg. 22, doc. 8 fol. 1.

³⁴ AHM, 1842, leg. 22 doc. 9 fol.1.

³⁵ AHM, 1844, leg. 17, doc. 12 fol.1.

del Estado en relación a los pleitos judiciales que protagonizaban (Whipple, 2013, pp.139-189).

Ahora bien, la estabilidad de las dimensiones de la compañía también significaba su estancamiento. Entre 1840 y 1852, nunca se llegó a la cifra reglamentaria de 192 serenos. Esto nos permite deducir que durante este periodo no se recaudó entre los vecinos lo suficiente para que la compañía tenga tal cantidad de efectivos. Esto contrastó con el crecimiento que desde mediados de la década de 1840 tuvo el número de integrantes de la tropa de las fuerzas policiales del Ejército como consecuencia del inicio del incremento progresivo de los ingresos fiscales que trajo consigo el auge exportador del guano, ya que el mantenimiento económico de estas compañías sí dependía directamente de la hacienda pública.

En ese sentido, en 1850, durante el gobierno de Castilla, se ordenó a la prefectura que aumente el número de serenos a “la fuerza de ciento ochenta hombres, escogiendo gente voluntaria, robusta, y que reúna las demás calidades necesarias, para atender a la seguridad de la población”, ya que el pago de los salarios empezaría a provenir del presupuesto del Estado (Oviedo, 1861 [1850], tomo 6, p.317). De esta manera, se dejaba claro que desde el gobierno central se buscaba usar los recursos provenientes de las exportaciones del guano, para fortalecer a las fuerzas policiales. Sin embargo, el número de serenos en los siguientes meses, hasta la creación de la Gendarmería, se mantuvo en niveles similares al de años anteriores como se demuestra en el gráfico 6.

En julio de 1850 la intendencia solicitó el restablecimiento de la compañía de vigilantes montados.³⁶ En consecuencia, en noviembre de este año se le sumó a la compañía un piquete de veinte serenos montados (véase anexo 19). En enero de 1851 la intendencia solicitó el aumento de este piquete a cincuenta efectivos. El Ministerio de Gobierno al conocer “las ventajas y buen resultado” que el piquete había originado autorizó este aumento, manifestando que los efectivos debían provenir del escuadrón de las fuerzas policiales del Ejército.³⁷ En la práctica los treinta nuevos vigilantes formarían un cuerpo autónomo; mientras que el piquete seguía siendo parte de la compañía.

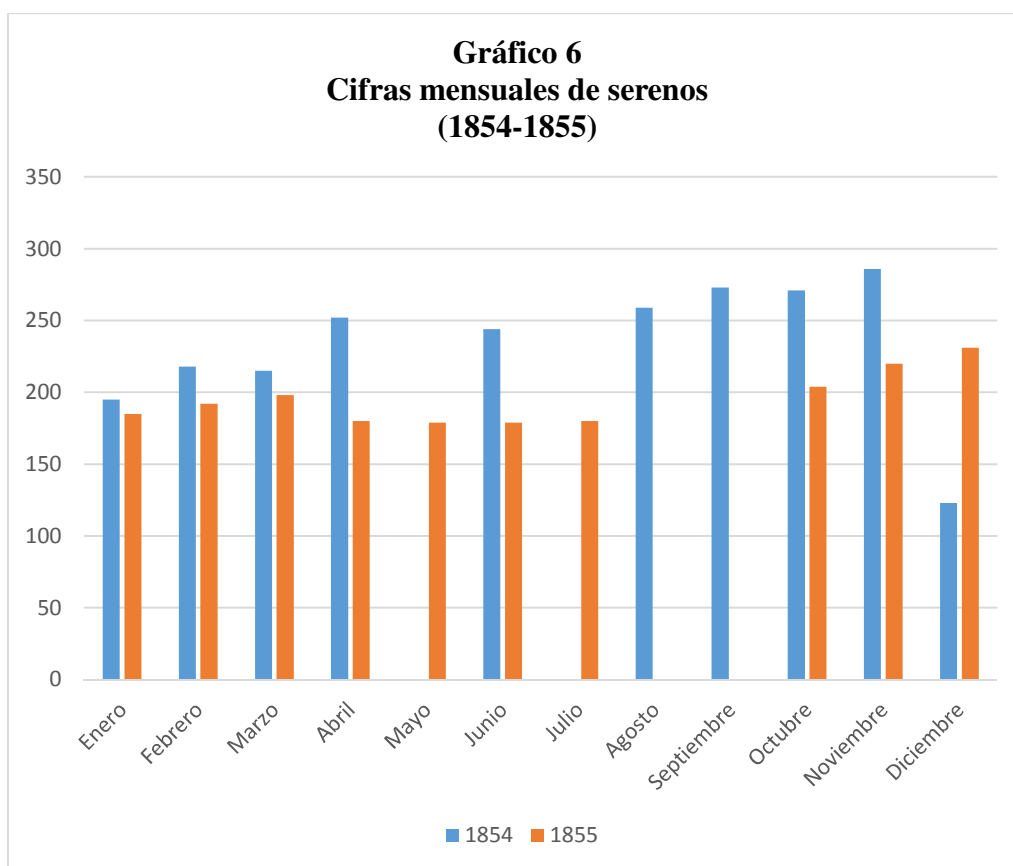
³⁶ AHM, 1850, leg. 20, doc. 639, fols. 1 – 2.

³⁷ AHM, 1851, leg. 13, doc. 8, fol. 1.

Finalmente, en 1852 el piquete fue absorbido por la compañía de vigilantes (véase anexos 19 y 20).

A inicios de este mismo año se fundó la Gendarmería, y, por ende, los serenos y la compañía de vigilantes pasaron a formar parte de la tercera compañía de su infantería,³⁸ lo que significaba que sus recursos económicos pasaban a depender de la hacienda pública. No obstante, en diciembre de 1853 se decretó su restablecimiento como un batallón independiente, compuesto por cinco compañías, encargadas cada una de la vigilancia de un distrito de la ciudad (Oviedo, 1861 [1854], tomo 6, p.322). Su mantenimiento económico continuó dependiendo de la hacienda pública, cuyos ingresos estaba creciendo de manera sostenida como consecuencia del auge de la exportación del guano. Esto fue evidente en el incremento del número de serenos en 1854 y 1855, en comparación a los años anteriores, como se ilustra en el gráfico 7.

³⁸ AGN. Ministerio de Hacienda, 1852, O. L. 375, docs. 1468 – 1481.



Fuente: Anexo 21.

Por lo tanto, el número de serenos durante la mayor parte de 1854 superó la cifra reglamentaria. Sin embargo, en enero de 1855 se decretó que el presupuesto para el bienio de 1854-1855 había sido falsificado; por lo cual los gastos del Estado se empezaron a regir por el presupuesto del anterior bienio (Basadre, 2015, p. 241). A partir de este mes el número de serenos se redujo considerablemente. Posteriormente, su número volvió a superar los doscientos nuevamente a partir del mes de octubre (véase anexo 21). Asimismo, en marzo se le había empezado a asignar nuevamente un grupo de vigilantes montados, cuyo número osciló entre 20 y 25 efectivos (véase anexo 22).

A modo de síntesis, la Compañía de Serenos, a diferencia de las fuerzas policiales del Ejército, mantuvo estabilidad en su volumen. Esto se debió, en gran medida, a que se consolidó una clara división entre esta compañía y el Ejército. Es decir, los serenos no fueron reclutados, excepto en muy pocas coyunturas, después de las cuales fueron restablecidos a su compañía. Sin embargo, esta estabilidad también significó que su crecimiento se estancara y que no su número de integrantes no llegara a igualar la cifra

que establecía la normatividad debido a que lo recaudado para su mantenimiento no era suficiente para lograr ello. Por ello, en 1854 cuando los ingresos de la compañía pasaron a depender de la hacienda pública, en un contexto de crecimiento de los ingresos fiscales, el número de serenos tuvo un crecimiento significativo y recién pudo superar la cifra reglamentaria.

Capítulo 4

El uso de la coerción policial

La normatividad estatal planteó, como lo hemos analizado en el segundo capítulo, dos estrategias coercitivas: la vigilancia de las calles de la ciudad de Lima, y la captura de los individuos que eran vistos *in fraganti* cometiendo delitos, y de los sospechosos. Es decir, se buscaba que las fuerzas policiales de Lima tuvieran la capacidad de disuadir el delito, y de reprimirlo rápidamente. En ese sentido, al ser clave dentro de este esquema la ubicación de los agentes policiales al interior de la ciudad, el análisis de la formación de la capacidad coercitiva de estas fuerzas policiales no solo debe tomar en cuenta sus dimensiones, sino también el uso que se les daba a ellas.

La posesión de armas de fuego por parte de los agentes policiales era obviamente un factor que potenciaba las mencionadas estrategias coercitivas. En un contexto en el que estas armas estaban dispersas entre la población en grupos como los montoneros (Velásquez, 2013, pp.407-414), la concentración de agentes policiales armados en una ciudad como Lima, con una dimensión relativamente pequeña, significaba que existía una capacidad disuasoria capaz de hacer frente a la vulneración de la seguridad pública.

Si bien gran parte de las fuerzas policiales del Ejército permanecía ubicada dentro de la ciudad, solamente una fracción del escuadrón y de la infantería era usada para patrullar las calles. De esta forma se limitaba considerablemente la capacidad coercitiva de estas compañías policiales para disuadir y reprimir rápidamente al delito. Sin embargo, a pesar de este factor, la presencia permanente de gran parte de estas fuerzas policiales al interior de la ciudad generaba que este espacio se convirtiera en un lugar mucho más seguro que los caminos, donde la inseguridad y la incertidumbre primaban; pues así garantizaban a la población de Lima la protección de su seguridad en relación a su mayor temor: la entrada de montoneros al interior de las murallas en contextos de guerra civil. Es decir, los montoneros podían ser disuadidos de entrar a la ciudad por la presencia en este espacio de las fuerzas policiales del Ejército. Por ello, era fundamental que el despliegue de la mayor parte de estas fuerzas se concentrara dentro de la ciudad.

Cuando las fuerzas policiales se reducían enormemente en épocas de guerra, la posibilidad de que el mayor temor de la población se hiciese realidad se tornaba inminente. Por ejemplo, a fines de 1835 el caudillo Felipe Santiago Salaverry, quien mantuvo durante este año el control político de Lima, incorporó al contingente policial de la ciudad a su ejército, que se encontraba saliendo de la ciudad, y, por ende, provocó que esta se quedara sin protección, provocando el ingreso del montonero León Escobar y sus huestes.

Los serenos, por su parte, fueron destinados en su totalidad a vigilar las calles durante las noches, lo que provocaba que estos agentes tuvieran una mayor capacidad de disuadir y reprimir los delitos que podían cometerse dentro de la ciudad que las fuerzas policiales del Ejército. Además, este despliegue, junto con el de los efectivos de las fuerzas policiales del Ejército que patrullaban las calles, provocó que emergiera un nuevo tipo de relación entre el Estado y sociedad que no solo se basaba en el ejercicio de la coerción policial, sino también en un proceso de aprendizaje a través del cual la población pudo identificar y aprovechar las posibilidades que generaba la presencia permanente de agentes estatales armados, como era el caso de los serenos, en las calles. En consecuencia, se consolidó una cultura de la prevención que estimulaba a los limeños a colaborar con los agentes policiales para salvaguardar su seguridad o la de sus vecinos. De esta manera, se potenciaba la débil capacidad coercitiva del Estado, así como también se generaba que sus fronteras con la sociedad se tornaran porosas debido a que gran parte de esta se involucraba en la tarea de la seguridad pública.

4.1 La formación de la capacidad disuasoria policial

4.1.1 El caso de las fuerzas policiales del Ejército

La formación del escuadrón de policía fue una constante durante la temprana república. Se dejó de formar solamente entre 1840 y 1842 (véase anexo 1). Incluso en 1835 se la dividió en dos compañías: el escuadrón de dragones y el escuadrón de gendarmes. Para examinar el despliegue de los integrantes del escuadrón en la ciudad, resulta útil analizar la distribución de sus funciones, lo cual se muestra en el cuadro 3.

Cuadro 3
Relación de funciones asignadas al escuadrón de policía
de Lima durante la temprana república

Funciones	Cantidades de efectivos			
	Año – mes			
	<i>1828 – julio</i>	<i>1833 – agosto</i>	<i>1839 – junio</i>	<i>1849 – noviembre</i>
Guardia de Prevención	24	8	20	12
Guardia de la Prefectura	5	–	6	–
Guardia de Carceletas	20	–	–	–
Patrullaje de la ciudad	10	15	–	20
Vigilancia de caminos y de distritos afuera de la ciudad	12	31	–	37
Cobro de impuestos	–	–	16	–
Ordenanzas	15	13	–	4
Asistentes	21		–	1
De comisión	6	–	6	–
Mantenimiento de la caballada	5	4	3	4
Cuarteleros	4	3	4	–
No disponibles	43	14	13	27
Relevos	14	12	55	9
Total	184	100	123	114

Fuente: Archivo Histórico Militar: 1828, leg. 4, doc. 57, fol.1; 1833, leg. 7, doc. 29, fol.2; 1839, leg. 12, doc. 12, fol.1; 1849, leg. 19, doc. 418, fol.1.

Obviamente una fracción importante del escuadrón de policía era enviada a perseguir a los salteadores de camino. De esta manera, también se protegía los intereses de los comerciantes de la ciudad y del Estado, debido a que por los caminos circulaban

constantemente mercancías, y dinero, que en muchos casos podía provenir de las recaudaciones de impuestos en las provincias. Además, las características de la caballería eran propicias para perseguir a los salteadores en espacios abiertos, y, por ende, atacar y replegarse rápidamente. Los bandidos cometían sus delitos comúnmente a caballo, y estaban armados con carabinas y sables (Tschudi, 1968 [1846], 172), armamento similar con el que contaba el escuadrón, compuesto básicamente por tercerolas, pistolas, sables y lanzas (Medina, 1989, p.251).

Asimismo, al estar compuesto el escuadrón por soldados dragones, es decir, que podían ser destinados a funciones de a pie o a caballo, era posible encargar a un contingente de ellos el patrullaje de la ciudad. Sin embargo, una fracción pequeña del escuadrón fue destinada a realizar esta función, como se muestra en el cuadro, lo cual limitaba la capacidad coercitiva de esta compañía para disuadir los delitos que se producían dentro de la ciudad. No obstante, esta labor podía ser reforzada por los integrantes de la guardia de prevención, quienes se encargaban de la vigilancia de la entrada de las instituciones del Estado, debido a que estos estaban ubicados en posiciones que les permitían interferir cuando la seguridad de la población era vulnerada en lugares cercanos a las instituciones que vigilaban.

Una fracción considerable del escuadrón, además, era enviada comúnmente a cumplir otras funciones ajenas a la seguridad pública. Es decir, como se muestra en el cuadro, podían ser destinados a la guardia de la cárcel llamada Carceletas, el mantenimiento de la caballada, o a ser ordenanzas, cuarteros, asistentes, cobradores de impuestos o encargados de comisiones. Esta última función que se les asignaba demuestra que se buscaba aprovechar la capacidad que tenían de desplazarse rápidamente a caballo para conducir correspondencia o cumplir algún encargo; aunque ello desnaturalizaba su misión central: brindar seguridad.

La asignación a los integrantes del escuadrón de funciones ajenas a la seguridad pública fue comúnmente motivos de quejas por parte de sus comandantes. Ramón de Echenique en 1825 manifestó una de ellas:

La compañía de Policía prestaría sus servicios con arreglo a lo que tiene prevenido nuestra constitución si tuviese la capital otra tropa para los casos que ocurran: la pronta remisión de pliegos al cuartel general, o al punto de Chorrillos, las escoltas para la conducción de la pólvora a la línea, para las altas del hospital, y su guardia, y la multitud de reos de cuenta que han tenido y acaso tendrán que marchar al

lugar que se les destine, son cargos que no puede desempeñar la Milicia Cívica por su poca fuerza y disciplina, ni otra tropa veterana por estar está destinada al sitio y ser tan necesaria. S. E. el Libertador sabía muy bien, al haber creado esta compañía, cuál era su destino por la constitución, y sin embargo la ocupó también en estos servicios; pues la imperiosa necesidad nos constituye a suspender toda ley por favorecerla.³⁹

Un problema estrechamente asociado a esta sobrecarga de funciones ajenas a la seguridad pública era la falta de relevos. La cantidad de relevos no debía estar muy alejada de la de los efectivos en funciones. Así se garantizaba el descanso de los que se encontraban en servicio. Sin embargo, como se muestra en la distribución de funciones, con excepción del año 1839, la cantidad de relevos fue sumamente reducida; como manifestó en 1846 el comandante Manuel Flores, “los efectivos no conocen más descanso que variar de puesto y seguir trabajando sin cesar pues ni los domingo les queda tiempo para oír misa siquiera”.⁴⁰ Esto provocaba el deterioro de la salud de los efectivos del escuadrón.⁴¹ Por esta razón muchos de ellos engrosaron al grupo de efectivos no disponibles para el servicio. Por ello, los incrementos del número efectivos no eran solicitados para destinarlos para vigilar las calles de la ciudad, sino para poder tener más relevos disponibles.

Ahora bien, si bien solo un pequeño grupo de integrantes del escuadrón era enviado a patrullar las calles, como hemos mencionado líneas arriba, la permanencia de gran parte de esta compañía dentro de la ciudad significaba la formación de un contingente armado con capacidad para disuadir el ingreso de los montoneros a este espacio urbano en contextos de guerra civil.

Por otro lado, en 1834 el presidente Luis José de Orbegoso ordenó la creación de la infantería de policía para que se encargara exclusivamente de la seguridad pública de la ciudad. (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.299). Sin embargo, la realidad era sumamente distinto a lo que se planteaba en la normatividad, al igual que en el caso del escuadrón, como se demostró en la distribución de funciones de la infantería del año 1846.

³⁹ AHM, 1825, leg. 13, doc. 40, fol. 1.

⁴⁰ AHM, 1848, leg. 7, doc. 33, fol. 1.

⁴¹ AHM, 1828, leg. 4, doc. 28, fol. 1.

Cuadro 4
Relación de las funciones asignadas a los efectivos de la
infantería de Policía en el mes de enero de 1846

Funciones	Cantidad de efectivos asignada
Escolta de presos que trabajan en obras públicas	36
Guardia de prevención	15
Guardia del hospital de San Andrés	11
En la plaza del mercado	16
Cuarteleros	4
Relevos	33
No disponibles	26
Total	141

Fuente: Archivo Histórico Militar, 1846, leg. 13, doc. 351, fol.1.

En esta distribución no se menciona la asignación de efectivos al patrullaje de la ciudad, ya que esta tarea era ejercida también por los que se encargaban de vigilar a los presos que trabajaban en las obras públicas.⁴² Para el prefecto Joaquín Torrico, los relevos debían mantenerse acuartelados para actuar ante cualquier eventualidad que se presentara.⁴³ Por lo tanto, si no tomamos en cuenta a la guardia de prevención y a la del hospital de San Andrés, podemos afirmar que la infantería se dividía en dos grupos: una fuerza acantonada, que se encontraba a la espera de los posibles llamados de auxilio de las autoridades para, por ejemplo, capturar a algún ladrón; y una fuerza movible que no solo era destinada a salvaguardar la seguridad de la población en las calles, sino también a realizar otras funciones como la vigilancia de los mencionados presos.

⁴² AHM, 1846, leg. 7, doc. 70, fols.1-2.

⁴³ AHM, 1846, leg. 20, doc. 104, fols. 1-2.

Para Manuel Suárez, intendente de policía, a su vez, era necesario que algunas de las funciones que eran encargadas a la infantería pasasen a ser responsabilidad de otras compañías del Ejército:

La fuerza con que cuenta la Columna de Policía a más de ser corta no basta a cubrir el servicio que de ella se demanda. Destinada diariamente a escoltar a los presidiarios, a cubrir a los presidiarios, a cubrir las custodias del hospital de San Andrés y de su cuartel, a dar patrullas por la noche, también a auxiliar los juzgados y a la subprefectura, no hay como proporcionarles un descanso, y a veces como atender a cualquier ocurrencia grave porque toda ella se halla distribuida. Me parece pues muy oportuno que no se le recargue tanto y que se le releve de ciertas fatigas que muy bien pueden prestar los cuerpos del Ejército, tal es la guardia del hospital de San Andrés [...].⁴⁴

En esta misma línea, para el comandante Lucas Rueda la sobrecarga de funciones podía contrarrestarse si se recibía el apoyo del escuadrón de policía:

En días pasados la columna de policía de mi mando cubría la guardia de prevención de San Andrés con el intervalo de un día, más hoy que diariamente la cubre a pesar de haber hecho presente que la escolta de presos, guardia de prevención, destacamento en chorrillos, plaza del mercado, y cobranza de serenazgo y patentes aparte de otros servicios imprevistos no dejaban un relevo para que la tropa tuviese veinte y cuatro horas de descanso, me dirijo nuevamente a V. S. con solo el fin de que alterne el servicio de esta guardia con el escuadrón que a mí ver puede cubrirla con alternativa [...].⁴⁵

Para el prefecto Torrico, asimismo, la sobrecarga de funciones generaba el deterioro de la salud de los infantes. Estos debían cumplir “un servicio penoso y diario, sin descanso alguno, lo que ocasiona que la tropa se esté enfermando, al extremo que va a llegar día que no haya como atender a las ocurrencias y labores de la policía”.⁴⁶ Es decir, se temía que el aumento de los enfermos provocara que el personal fuera de servicio por razones médicas superara al personal de servicio; y por ende, la mayoría de la compañía llegara a no estar disponible.

Por lo tanto, a fines de 1846 José María Lizarzaburu, sucesor de Torrico, propuso que el número de integrantes de la infantería debía elevarse a cuatrocientos hombres, para

⁴⁴ AHM, 1846, leg. 19, doc. 232, fol. 1.

⁴⁵ AHM, 1846, leg. 18, doc. 767, fol. 1.

⁴⁶ AHM, 1846, leg. 20, doc. 123, fol. 1.

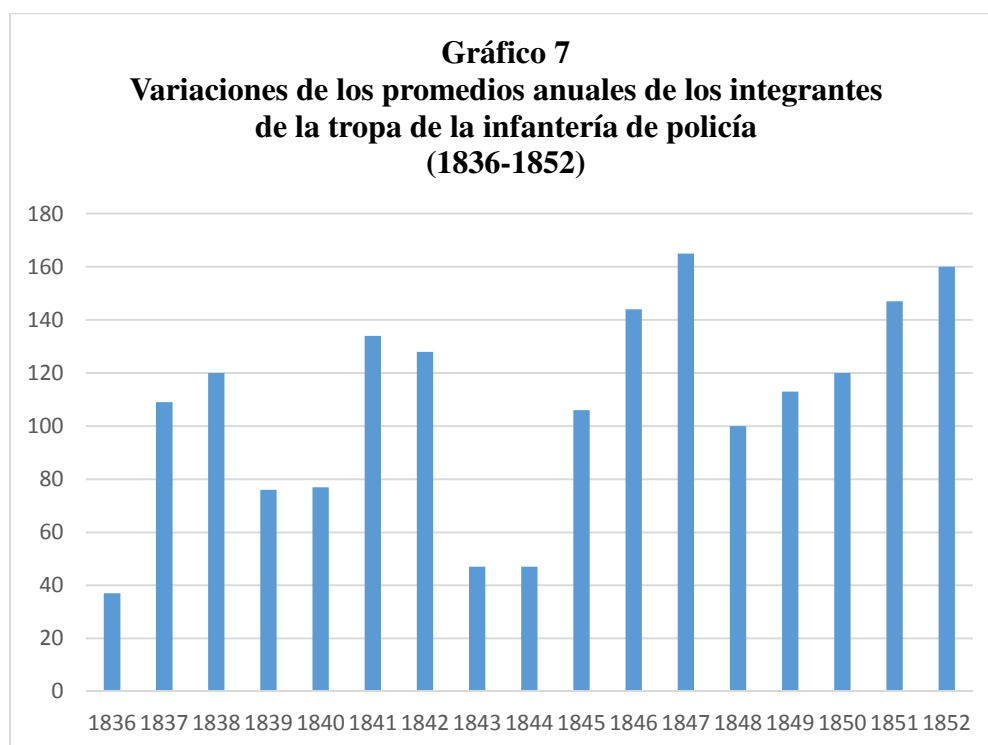
que la tropa “haga el servicio con descanso y provecho”.⁴⁷ En otras palabras, igual que lo que ocurría con el escuadrón, lo que motivaba los pedidos de aumento no era destinar más efectivos al patrullaje de la ciudad, sino la posibilidad de tener disponibles más relevos.

En 1849 el mismo Lizarzaburu solicitó que efectivos del Ejército colaboren en el patrullaje de las calles.⁴⁸ Por lo tanto, la infantería continuaba manteniendo los mismos problemas que en años anteriores. Sin embargo, de 1846 a inicios de 1852, el deseado incremento de efectivos no se llevó a cabo. Durante este periodo, con excepción de la reducción de 1848, la cantidad de integrantes de la infantería se mantuvo en niveles constantes (véase anexo 15).

No podemos precisar el contingente de la infantería que patrullaba regularmente la ciudad, pero la sobrecarga de funciones y el pedido de apoyo al Ejército evidencia que su número de integrantes no era muy elevado. A pesar que nuestra evidencia empírica acerca de las funciones que le eran encargadas a la infantería de policía se concentra en la segunda mitad de la década de 1840, consideramos que las patrullas también tuvieron un reducido número de integrantes en años anteriores, ya que el número de infantes de policía se mantuvo en niveles similares o inferiores en relación a dicho periodo como se muestra en el gráfico 7.

⁴⁷ AHM, 1846, leg. 12, doc. 113, fol. 1.

⁴⁸ AHM, 1849, leg. 12, doc. 39, fol. 1.



Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 8-13 y 15.

Por ello, el limitado número de integrantes de la infantería debilitaba su capacidad coercitiva para disuadir el delito al interior de la ciudad. Para que fuese eficiente la división de esta compañía en un grupo acuartelado, destinado a prestar apoyo a las autoridades cuando estas las solicitaran, y otro que era enviado a patrullar la calles, se necesitaban más efectivos. Aunque cabe subrayar que la presencia de la totalidad de integrantes de la infantería al interior de la ciudad, como se muestra en el cuadro 4, permitía la formación de un contingente armado que, junto a la parte del escuadrón que también permanecía dentro de la ciudad, podía disuadir el ingreso de los montoneros en contextos de guerra civil.

En 1852 la creación de la Gendarmería, para que se encargue “exclusivamente a mantener la seguridad pública” (Oviedo, 1861 [1852], tomo 6, p.317) significó un nuevo intento de establecer una clara diferenciación de funciones entre las fuerzas policiales y el Ejército. Esta reforma trajo consigo un importante incremento de la tropa las fuerzas policiales, tal como hemos analizado en el anterior capítulo. En ese sentido, en 1852 se signó a cada uno de los cinco distritos de la ciudad dos piquetes de la Gendarmería, uno

de caballería y el otro de infantería, para que se encarguen de patrullarlos permanentemente (Oviedo, 1861 [1852], tomo 3, p.322).

Sin embargo, el batallón de la infantería de la Gendarmería fue suprimido en 1854 debido a la guerra civil iniciada este año. Este no fue el único caso en que las guerras tuvieron un potente impacto en las dimensiones de las fuerzas policiales, ya que anteriormente también se habían producido hechos similares.

Cuadro 5
Impacto de las guerras civiles e internacionales en
las dimensiones de las fuerzas policiales del Ejército

Años	Conflicto	Consecuencia
1828-1829	Guerra contra la Gran Colombia	Reducción de una sección del escuadrón de policía a un piquete
1834	Guerra civil entre Bermúdez y Orbegoso	Disolución de la Compañía de Seguridad Pública en los meses de febrero y marzo
1835	Guerra civil entre Salaverry y Orbegoso	Perdida de gran parte del escuadrón de gendarmes y disolución de las fuerzas policiales a fines de este año
1837-1838	Guerra entre la Confederación y el Ejército Restaurador	Aumento significativo de las fuerzas policiales
1841	Guerra contra Bolivia	Reducción de la tropa de la infantería de policía a nueve efectivos en el mes de diciembre
1844	Guerra civil entre Vivanco y Castilla	Reducción de la tropa del escuadrón de policía en los meses de mayo y junio a 25 y 34 efectivos, respectivamente
1854-1855	Guerra civil entre Echenique y Castilla	Supresión del batallón de infantería de la Gendarmería entre los meses de julio de 1854 a febrero de 1855

Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 3-9, 11, 14 y 17.

Como lo demuestra el cuadro 5, con excepción del aumento de efectivos de la tropa las fuerzas policiales del Ejército que originó la guerra entre la Confederación Perú-

Boliviana y el ejército restaurador, las demás guerras generaron una disminución de la tropa. En consecuencia, la reducción de las fuerzas policiales del Ejército en contextos bélicos, sobre todo de guerra civil, podía provocar que grupos de montoneros ingresen a la ciudad de Lima, generándose así una crisis de la seguridad pública.

Esta, precisamente, fue una de las consecuencias de la guerra civil de 1835 entre los caudillos Felipe Santiago Salaverry y Luis José de Orbegoso. Las incursiones de los montoneros aliados a Orbegoso en las inmediaciones de la ciudad provocaban que Salaverry, quien mantenía el control de ella, enviara constantemente contingentes de su ejército a combatirlos. En una de estas expediciones, se perdió a gran parte del Escuadrón de Gendarmes, el cual probablemente se pasó al bando de Orbegoso:

Como la necesidad de sostener el orden público, que fue amenazado por las montoneras que divagaban por los valles, cruzaban los caminos, y hasta se introducían a la capital, exigiese otra clase de medidas, se vio el supremo gobierno en el caso de adoptarlas, haciendo uso ese ministerio de diversas partidas compuestas también de los gendarmes. Desde entonces ya no tuvo conocimiento la Prefectura ni de su fuerza ni de su estado, y solo disponía de la pequeña que quedaba en su cuartel para la ejecución de las providencias de la Subprefectura, y auxilio que pedían los jueces, tribunales, y oficinas para el cumplimiento de las suyas, como un orden establecido para conservar la armonía de las operaciones de los diversos poderes. Últimamente ha quedado disuelto el expresado escuadrón de gendarmes [...].⁴⁹

Por lo tanto, el Escuadrón de Dragones quedó como el único cuerpo militar encargado de la seguridad pública de Lima (véase anexos 6 y 7). Sin embargo, a fines de 1835 Salaverry incorporó a los efectivos de este escuadrón a su ejército, que marchaba fuera de la ciudad para enfrentarse al ejército de Orbegoso y al de su aliado Andrés Santa Cruz, presidente de Bolivia. En consecuencia, la ciudad quedó sin fuerzas policiales, y el 28 de diciembre de 1835 el bandido León Escobar y sus secuaces lograron entrar a la ciudad de Lima. El gran temor de la población se hizo realidad. El historiador Jorge Basadre lo relata de la siguiente manera:

[...] Al emprender el jefe supremo [Salaverry] la campaña decisiva en el sur, mientras los montoneros pululaban en los alrededores de la capital y al avanzar las tropas de Orbegoso, la capital quedó a merced de unos y otras, pues se llevó hasta los hombres encargados de la policía. Lima vivió entonces horas de angustia que estuvieron entre las peores que sufrió bajo la anarquía durante el siglo XIX [...].

⁴⁹ AHM, 1835, leg. 13, doc. 82, fol. 1.

Durante la noche del 27 de diciembre hubo robo y desórdenes en los portales de la Plaza de Armas. El 28 entró a Lima el montonero León Escobar acompañado por sus secuaces. Se produjeron saqueos y algunas muertes. El 29 llegó otra montonera proveniente de Huarochirí encabezada por el indio Vivas. León Escobar entre otras fechorías, hizo un robo de consideración en el domicilio del arzobispo Jorge Benavente, y según el general Francisco de Vidal en sus memorias, intimó a los miembros de la municipalidad para que desocupasen los asientos, pues los montoneros debían ocuparlos. El 30 de diciembre, llamado por el Consejo, llegó este jefe con sus tropas, hizo llamar a León Escobar, que en apariencia, era su correligionario político y ordenó su inmediato fusilamiento (Basadre, 2015, tomo 2, pp. 106-107).

De esta manera, las guerras generaban una movilización de recursos humanos que debilitaba las capacidades coercitivas del Estado relacionadas a la seguridad pública.

En suma, el número de efectivos de las fuerzas policiales del Ejército destinados a salvaguardar directamente la seguridad pública de los limeños fue relativamente pequeño, lo que debilitaba la capacidad coercitiva de ellas para disuadir los ataques a la seguridad pública que se producían al interior de la ciudad. No obstante, el mantenimiento de la mayor parte de los efectivos policiales del Ejército dentro de la ciudad era fundamental para disuadir a los montoneros de ingresar a ella en épocas de guerra civil. Sin embargo, la reducción de las fuerzas policiales en estos contextos acrecentaba la posibilidad de que sucedieran hechos de este tipo.

4.1.2 El caso de los serenos

Las pocas cifras que disponemos para los primeros años de la era republicana nos demuestran que en este periodo el despliegue de los serenos fue sumamente limitado al interior de la ciudad. En 1825 en Lima se destinaba tres serenos a cada uno de los 46 barrios que integraban la ciudad (Carrasco, 1825, p.76). Posteriormente en 1832 y 1833 se redujo esta asignación a dos serenos por barrio (Paredes, 1832, p.40; Paredes, 1833, p.44).

En el reglamento de 1834, se buscó cambiar completamente este panorama. Se dispuso, como hemos analizado en el capítulo 2, que a cada sereno le correspondía la vigilancia de dos calles, del total de 355 en las que se había dividido la ciudad de Lima, lo que implicaba que debía desplegarse, como mínimo, 178 serenos. Esta medida evidenciaba la voluntad de las autoridades por mantener la mayor vigilancia posible de la

ciudad en las noches, y, por ende, posibilitar una rápida respuesta de los serenos cuando la seguridad de los vecinos fuera vulnerada.

Sin embargo, el promedio anual aproximado del número de serenos continuó siendo aproximadamente 92. Por ello, en 1836, al igual que en 1832 y 1833, en la ciudad se desplegó solamente dos serenos por barrio (Paredes, 1836, p.45).

En el reglamento de policía de 1839 se dispuso lo mismo que en el reglamento de 1834 respecto al despliegue de los serenos al interior de la ciudad. Sin embargo, a diferencia de los reglamentos de 1807 y de 1834, donde se había dotado a los serenos de dos pistolas y un sable (Abascal, 1807, p.11; Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.306), en el reglamento de 1839 se dispuso que también debían estar armados con tercerolas (Oviedo, 1861 [1839], tomo 3, p.68), un arma de fuego usada comúnmente por la caballería (Medina, 1989, p.251). Es decir, se los dotaba de un medio de coerción potente, y con un evidente poder de disuasión en el interior de la ciudad.

En el mismo reglamento, se estableció que no todos los serenos debían ser desplegados en las noches. El grupo de serenos sobrantes debía mantenerse acuartelado para atender cualquier emergencia que se presentara (Oviedo, 1861 [1839], tomo 3, p.71). Esta disposición demuestra que se asumía que la cifra total de serenos superaría los 178, lo que posibilitaba mantener un contingente acuartelado.

Al oscilar los promedios anuales número de serenos, entre 1840 y 1852, comúnmente entre 130 y 140 (véase gráfico 5 y anexo 25), resulta pertinente tomar a 135 como cifra referencial, lo cual nos permita establecer que en Lima comúnmente hubo un sereno por cada 494 habitantes.⁵⁰ Sin embargo, resulta mucho más importante subrayar que el número de serenos disponibles, durante este periodo, no permitía desplegar a cada uno de esos agentes dos calles como lo establecían los reglamentos. En consecuencia, solo en febrero de 1840 se mantuvo un grupo de serenos acuartelados.⁵¹ A partir del siguiente mes todos los serenos fueron destinados a vigilar la ciudad en las noches, lo cual fue una

⁵⁰ Para llevar a cabo ese estimado se ha utilizado los datos del censo de 1860, que arrojó como resultado 66,657 habitantes (Cosamalón, 2017, p.79).

⁵¹ AGN. Ministerio de Hacienda, 1840, O.L 281, caja 405, docs. 1925-1926.

constante en los años siguientes. Por ello, los serenos tuvieron una mayor capacidad coercitiva para disuadir el delito que las fuerzas policiales del Ejército.

Ahora bien, es posible afirmar que la capacidad disuasoria de los serenos aumentó a partir de 1840 debido a que su número empezó a ser considerablemente más elevado que en años anteriores, y que todos ellos eran enviados a vigilar las calles. Por ello, se podía destinar a un grupo la vigilancia de dos calles, y a otro la vigilancia de tres. Recordemos que las calles de Lima eran los espacios que separaban a cada uno de los cuadrantes que la integraban (véase anexo 1). Por ello, al ser esos espacios relativamente pequeños, el incremento del número de serenos posibilitaba su mejor vigilancia.

Además, el fortalecimiento de la compañía posibilitaba reducir la magnitud de uno de los principales problemas de la ciudad: la oscuridad de sus calles. Este había sido un problema recurrente en la ciudad desde la época colonial cuando “una deplorable iluminación” facilitaba los robos nocturnos (Flores Galindo, 1991, p.119). En ese sentido, para Manuel Atanasio Fuentes la oscuridad de esos espacios causaba que “turbas de ladrones recorrían las calles para arrancas la capas y sombreros” (1858, p.662), hasta la inauguración del alumbrado a gas de la ciudad en 1855. Por ello, el despliegue de un mayor número de serenos y que estos tuviesen consigo una linterna (Oviedo, 1861 [1834], tomo 6, p.306) era un factor que podía disuadir el delito o permitir que los vecinos los identificasen rápidamente cuando requirieran su ayuda.

Las autoridades también buscaron el apoyo del Ejército para reforzar el servicio brindado por los serenos. En 1850 el prefecto Manuel Porras solicitó ello:

En semejante conflicto no me queda otro medio que implorar el auxilio del Ejército, con cuyo objeto tengo el honor de dirigirme a usted rogándole se sirva recabar de su excelencia la orden correspondiente, para que algunos piquetes del Ejército se coloquen constantemente en las noches desde las nueve hasta el amanecer del modo siguiente.

En la Plaza mayor, Carmen Alto, Huérfanos, San Marcelo, San Lázaro y plaza del Cercado, seis hombres al mando de un oficial en cada uno de los puntos indicados. Apostados de este modo y siendo la fuerza total de cuarenta y ocho hombres, la población puede reposar con confianza, porque en caso de notarse alguna novedad en cualquier punto, es fácil al vecindario y a los tenientes, cabos y serenos, solicitar el auxilio de la tropa. Para este servicio, las partidas recibirán órdenes de la Intendencia de policía, a quién darán parte por la mañana.⁵²

⁵² AHM, 1851, leg. 16, doc, 101, fols. 1-2.

De esta forma, se buscaba que la ubicación de los piquetes en estas plazas permitiera que fueran al auxilio de los serenos cuando estos se los solicitaran.

Además, recordemos que, tal como hemos analizado en el capítulo anterior, a mediados de 1850 se integró una sección de vigilantes montados a los serenos, y al año siguiente se estableció una compañía de vigilantes montados independiente. Esto significó una mejora considerable del patrullaje de la ciudad, ya que los vigilantes montados se encargaban de patrullar las calles cuando los serenos no se encontraban en esta, es decir, entre las seis de la mañana y “las seis de la tarde en invierno, y las siete de la noche en verano” (Oviedo, 1861 [1839], tomo 3, pp.70-71).

A partir de abril de 1852 los serenos fueron incorporados a la Gendarmería. Sin embargo, a inicios de 1854 se restableció nuevamente la independencia de la Compañía de Serenos. Esta medida permitió evitar que la disolución momentánea de la infantería de la Gendarmería y el despliegue del escuadrón afuera de la ciudad para combatir a los montoneros aliados a Ramón Castilla,⁵³ durante la guerra civil de 1854, provocara que se desatendiera la seguridad pública de la ciudad o esta se quedara sin fuerzas policiales.

El fortalecimiento de la Compañía de Serenos que se llevó a cabo en 1854 y 1855 debido a que su financiamiento empezó a provenir de la hacienda pública, tal como hemos analizado en el capítulo anterior, permitió que se pudiera asignar a cada dos calles un sereno debido a que la suma de estos agentes superó la cifra de 178 (véase anexo 21). El auge exportador del guano posibilitó ello.

Ahora bien, si bien la presencia de los serenos en la ciudad fue insuficiente para cumplir los planes de las autoridades durante gran parte de la temprana república, su despliegue al interior de la ciudad estimuló a que los vecinos colaborasen con ellos como analizaremos a continuación.

⁵³ AHM, 1854, leg. 25, doc. 153, fols. 1-2; 1854, leg. 12, doc. 26, fol. 2

4.2 De la iniciativa policial a la participación vecinal: la represión del delito

A lo largo de este subcapítulo, la gran mayoría de casos está marcado por la participación de los serenos e inspectores de barrio. La participación de las fuerzas policiales del Ejército fue mucho menor debido a que el limitado despliegue de ellas al interior de la ciudad, como hemos analizado en este mismo capítulo, los dotaba de una menor capacidad coercitiva para reprimir el delito que los serenos, quienes mantuvieron una presencia permanente en las calles durante las noches. En ese sentido, la colaboración de estos agentes policiales con los alcaldes de barrio, llamados también inspectores, fue crucial.

La iniciativa policial fue un factor importante para determinar el ejercicio de la coerción relacionada a la seguridad pública. La captura de los individuos que encontraban *in fraganti* cometiendo actos delictivos son la principal evidencia de ello. Por ejemplo, José Páez, teniente de la compañía de serenos, manifestó en 1838 haber protagonizado una captura de este tipo:

El teniente de ronda da parte que a las ocho de la noche del día de ayer he pasado rondando el distrito por la calle de Santo Domingo, y a este tiempo hay varias voces que pedían auxilio y vi que eran unos vecinos del portal de Santo Domingo que estaban sufriendo fuertes golpes del palo que acompañó y se los infería un negro nombrado Pedro Esclavo del doctor Machin y habiendo tratado de contenerlo el resultado fue que me tirase uno y me dijese que era un teniente de ladrones y además me amenazó con que me daría la muerte a estas expresiones y hecho lo mande amarrar con los serenos Juan Márquez y Pedro Torres [...].⁵⁴

Igualmente, en 1843 Manuel Díaz fue capturado por los serenos “por haberlo encontrado estropeando a una mujer”.⁵⁵ Otro caso similar ocurrió en 1832. Pedro Caicedo, inspector del barrio uno del segundo distrito, narro que “a las diez y media de la noche, me presentaron los dos serenos de mi pertenencia a Fermín Carrasco, con un cuchillo que es el mismo que acompañó a V. S. con que iba a ejecutar el homicidio con su legítima mujer y tuve a bien el remitirlo al cuartel de seguridad pública [...]”.⁵⁶ En 1837 Juan Abinageta, inspector el barrio once del segundo distrito, comunicó un caso parecido:

⁵⁴ AGN, Causas Criminales, leg. 53, [18/07/1838 – 20/07/1838], fol.1.

⁵⁵ *El Comercio*, 4 de octubre de 1843.

⁵⁶ AGN, Causas Criminales, leg. 20, [24/04/1832 – 24/04/1832], fol.1.

Como a las once de la noche se me apareció Branzan Flores vecino de este mi cargo pidiéndome que lo auxiliase que el genovés Antonio Valegas trataba el ofenderle al efecto pasé a su caso de dicho Branzan me encontré con Valegas con un cuchillo de hoja de Olivo entre la manga de lo que tuve a bien de haberlo tomado preso [...].⁵⁷

La posesión de armas por parte de civiles, al ser para la normatividad una evidencia determinante de la intención de cometer un delito, autorizaba a los agentes a capturar a los que las llevaran consigo. De hecho, en 1836 Antonio Cepeda, inspector del barrio noveno del cuarto distrito, capturó a Juan Quesada como consecuencia de “haberle encontrado en un sitio sospechoso llevando consigo dos llaves, un clavo grande, una tenasa, y un pañuelo transparente, que según expresa el inspector en su citada parte es de indicio de mascara con que salen a perpetrar los hurtos y demás crímenes que se cometen por los malhechores [...]”.⁵⁸

Los agentes policiales podían capturar a los individuos de los que tuvieran solo sospechas, debido a que la normatividad les autorizaba ello. Veamos un ejemplo. En 1845 los serenos apresaron a Francisco Otelo, Tomás Escobar, Francisco Muñoz, y Mariano Nieves “por sospechosos”. Seguramente conocer que eran vagos aumentó las sospechas hacía ellos. Confesaron posteriormente que las “varias especies de ropa” que fueron halladas en sus habitaciones correspondían “a un robo que perpetraron en la ciudad del Callao”.⁵⁹

Cuando los inspectores de barrio o los serenos no habían sido testigos de un hecho delictivo, buscaban informarse de lo que había ocurrido a través de los testigos, para poder identificar a los sospechosos. La narrativa que articulaban les señalaba quién o quiénes eran estos. La sociedad limeña todavía se basaba en relaciones “cara a cara”, por lo que era posible que este método pudiera tener resultados rápidamente.

Por ejemplo, una captura llevada a cabo en 1834, si bien tuvo como desencadenante un robo cometido afuera de las murallas de la ciudad, es sugerente por los detalles que brinda acerca de la forma en que los agentes policiales llevaban a cabo sus pesquisas. En 1834 Fernando López Aldana comunicó a Simón Velarde, oficial de la Compañía de

⁵⁷ AGN, Causas Criminales. leg. 47, [21/02/1837 – 05/04/1837], fol. 1.

⁵⁸ AGN, Causas Criminales, leg. 44, [04/09/1836 – 01/10/1836], fol. 1.

⁵⁹ *El Comercio*, 22 de enero de 1845.

Seguridad Pública, que había sido informado que el caballo blanco, que dos bandidos le habían robado a él y a Pedro Candamo en el camino que conducía al Callao pocos días antes, había sido llevado a una tienda ubicada en la calle de las Maravillas. En consecuencia, dos agentes, junto a un criado de López Aldana, visitaron esta calle e interrogaron a Juan Francisco Medina, quien vivía en la casa colindante a dicha tienda. Este les informó que, en efecto, “era cierto que el domingo ya tarde de la noche oyó que llevaban un caballo y que lo metían en una casita inmediata”. En ese sentido, visitaron esta casa, y la dueña María Nieves Chávez les manifestó que “un hombre llamado Camilo de oficio zapatero, peruano llevó allí un caballo blanco la noche del domingo como a las ocho de ella, y estuvo allí hasta el lunes siguiente a las siete de la noche, hora en que lo sacó”. En ese mismo lugar, el criado de López identificó una tela que se encontró en esta casa como la que llevaba encima el caballo. Ante esta evidencia, los agentes le exigieron a María “a que dijese donde se encontraría” el presunto ladrón. En consecuencia, ella los llevó a la casa de Margarita García, conviviente de Camilo, quien manifestó que “no sabía dónde paraba”. Ante esta negativa, fue llevada al cuartel de policía, donde, seguramente debido a las presiones de los agentes, se comprometió a llevarlos “a casa del hermano de Camilo donde aseguraba que podía estar y estando en camino al entrar a la plaza señaló dicha mujer a dos que iban juntos y dijo que los agarrasen que esos eran por lo que en el momento fueron tomados”. Después de esta captura, López Aldana los identificó como los bandidos que lo asaltaron.⁶⁰

Este método fue utilizado también en 1830 por Martín Ayllón, inspector del barrio uno del segundo distrito, quien afirmó haber “averiguado” que Manuel Medina fue quien agredió con un sable a Francisco Vargas en la casa de este.⁶¹ En ese sentido, en 1844 un grupo de serenos como “resultado de las averiguaciones practicadas” llegó a la conclusión que la asesina del chileno Bonifacio Flores fue Josefa Flutan, quien, por ello, fue capturada y enviada al calabozo de la intendencia.⁶²

En algunas ocasiones los agentes estatales también podían tomar en cuenta otro tipo de informaciones. Esto ocurrió en 1833 cuando Ignacio García, comandante de la Compañía de Seguridad Pública, ordenó la captura de José Rosario Rojas debido a que –

⁶⁰ AGN, Causas Criminales, leg. 31, [04/07/1834 – 18/09/1834], fol. 1.

⁶¹ AGN, Causas Criminales, leg. 12, [11/04/1830 – 13/09/1830], fol. 1.

⁶² *El Comercio*, 13 de junio de 1844.

según su informe- estaba convencido de que eran ciertas las informaciones de la prensa que acusaban al mencionado sospechoso de ser el autor de “los hurtos escandalosos que se han cometido en esta capital”.⁶³

Obviamente los agentes policiales podían cometer errores. Las informaciones que les brindaban los testigos de un hecho delictivo podían inducirlos al error. Por ejemplo, José María de la Portilla, teniente de la compañía de serenos, manifestó que, debido a que el sereno Ignacio Montejo fue apuñalado en uno de sus pulmones, procedió a hacer indagaciones entre los testigos sin obtener información que lo convenciera hasta que “hallándome en la esquina de la Estrella se acerca a mí un muchacho y me dice ese hombre que está en la esquina de Naranjos, es el que le dio la puñalada al sereno”. Este sospechoso era Felipe Monteblanco, quien fue apresado inmediatamente. Sin embargo, poco tiempo después se le presentó la esposa de Monteblanco para manifestarle “que su marido no había sido sino Juan Rojas, que vivía en la calle de Naranjos”. En consecuencia, Portilla liberó al mencionado sospechoso y procedió a apresar a Juan Rojas.⁶⁴ A través de este caso, podemos observar cómo los agentes policiales podían acceder a información contradictoria, que, en definitiva, podían alterar las decisiones que había tomado.

Pero no solo la iniciativa policial era la única clave para salvaguardar la seguridad pública de la población. El despliegue de los alcaldes de barrio y de los serenos en la ciudad, desde fines de la época colonial, provocó que la población atravesara un proceso de aprendizaje a través del cual pudo identificar y aprovechar las posibilidades que generaba la presencia permanente de estos agentes en la ciudad. En ese sentido, se consolidó una cultura de la prevención que impulsaba a que los vecinos colaborasen con los agentes policiales en la disuasión y represión del delito.

Un caso sugerente al respecto es el de Josefa Preciado. De acuerdo a Francisco Barroeta, gobernador del quinto distrito, ella “le tiene avisado a los serenos para que lo socorran” para evitar que Manuel Vega la matara “como se lo tiene ofrecido”. En consecuencia, “en la noche de ayer estando ella encerrada trató Vega a muchos esfuerzos de introducirse dentro de la casa si podía pero ella recelosa de lo que le tenía ofrecido, de

⁶³ AGN, Causas Criminales, leg. 26, [18/07/1833 – 05/09/1833], fol. 1.

⁶⁴ AGN, Causas Criminales, leg. 69, [09/09/1841 – 18/10/1841], fol. 1.

quitarle la vida dio voces y acudieron los serenos a socorrerla y tomaron al indicado [...]”.⁶⁵ Igualmente, en 1844 un pulpero le avisó a los serenos que sabía que “iba a ser asaltado por cuatro individuos, de los cuales dio su filiación”, por lo cual estos pudieron ser capturados.⁶⁶ Por lo tanto, los avisos de Josefa y del pulpero a los serenos fueron fundamentales para que éstos estuvieran atentos a su llamado de auxilio.

¿Qué motivo el accionar de ambos? Es claro que sabían que podían aprovechar la presencia de serenos en su barrio para prevenir una agresión en su contra. En otras palabras, fueron parte activa de la prevención de la vulneración de su seguridad.

El conocimiento de la facultad de los agentes policiales de capturar a los que consideraran sospechosos de un hecho delictivo, sin que estuvieran obligados a tener un orden judicial, estimulaba a que los limeños les dieran aviso para que iniciaran sus indagaciones. En 1827 la denuncia de María Núñez generó inmediatamente la captura de su supuesta agresora:

[...] el lunes a las cuatro de la tarde del 8 del corriente, se me presentó en mi casa habitación Doña María Núñez reclamando contra los escandalosos excesos de la mestiza nombrada Josefa Escolástica Meneses, vecina también de mi jurisdicción, quien no tan solo pasó a la casa de la referida Núñez a provocarla con expresiones del mayor insulto, si también pasando una navaja que previno seguramente para el efecto, y la hirió con ella por varias partes de la cabeza, cara y en un hombro izquierdo, hasta haberla puesto en un estado el más lamentable y aniquilante que pueda darse por el derrame de sangre que en bastante porción virtió por las referidas heridas [...].⁶⁷

De igual forma, en 1843 Asención Valdivieso pidió auxilio a un sereno “a fin de libertarse del maltrato que le estaba dando un tal Felipe Herrera de ejercicio yerbatero”, quien logró fugar antes de que el sereno llegase al lugar de los hechos.⁶⁸

Otra forma que tenía la población de colaborar con los agentes policiales, fue la captura *in fraganti* de los delincuentes, ya que la normatividad se los permitía. Por ejemplo, en 1827 Juan Alonso persiguió, capturó y entregó a Baltasar Eslache a José

⁶⁵ AGN, Causas Criminales, leg. 16, [18/05/1831 – 04/11/1831], fol. 1.

⁶⁶ *El Comercio*, 29 de mayo de 1844.

⁶⁷ AGN, Causas Criminales, leg. 3, [11/01/1827 – 20/05/1829], fol. 1.

⁶⁸ *El Comercio*, 1 de septiembre de 1843.

Gallegos, capitán del escuadrón de policía, debido a que le robó una pieza de paño de su tienda:

[...] el sábado pasado por la tarde hallándose el declarante con varias mujeres que entraron a comprar a quienes no conoce, se le aparecieron dos cholos con la investidura de que también iban a comprar como en efecto le compraron un chaleco, y vara y guante de choleta: que en esto el uno de ellos le sacó furtivo un trozo de paño como de diez varas en varios pedazos: y salió en carrera por callejón de petateros, y que como se lo advirtiese una de las compradoras partió con su seguimiento hasta que acosado el ladrón por haber dado voces en la calle del café de mercaderes, se metió en una casa inmediata bajo la escalera en donde le quitó el declarante el paño, y lo entregó al ladrón a un oficial que pasaba para que lo llevase a presencia del señor prefecto.⁶⁹

Otro caso de similares características fue la captura del inglés Guillermo Protut, quien fue entregado a Juan Bautista Pérez, teniente de la Compañía de serenos:

A las diez de la noche de ayer, el dueño de la fábrica de suelas cita en la calle de Malambo sintió pasos de gente en los techos; en efecto Tomás Dun compañero y amigo del dueño de la casa se subió arriba y notó que era un extranjero, trataron todos los de la casa tomarlo y aún dispararle tiros a bala, y lograron su aprehensión en circunstancias que estaba ebrio, pero fue tal su resistencia que después de tomado que trataba de fugar, pero lograron se rindiese a mérito de un golpe que le dieron en la cabeza de lo que le resultó algún derrame de sangre. Después de esto se me dio aviso, y ocurri encontrándolo ya amarrado, sin poder expresar su nombre por ser muy cerrado en el idioma.⁷⁰

Ahora bien, no solo de los agraviados dependía la generación de la intervención policial. Sus vecinos también podían ayudar en esta tarea. Un factor clave para entender esta colaboración fue la formación de identidades barriales. Estas se consolidaron debido principalmente a dos factores: la división de la ciudad en barrios; y que en esos espacios la autoridad de inspectores y serenos, que era “por lo menos legalmente, para todos por igual”, diluyera las diferencias sociales (Cosamalón, 1999, pp.187 y 204). Por lo tanto, se fortalecían los vínculos de solidaridad entre los vecinos.

Por ejemplo, en 1831 la agresión que sufrió Juan Delgado en la calle le fue comunicada a Teodoro Miranda, inspector del barrio dos del tercer distrito, por una “vecina del barrio”, lo que provocó que el mencionado inspector pase a examinar el

⁶⁹ AGN, Causas Criminales, leg. 4, [07/07/1827 – 06/09/1827], fols. 2-3.

⁷⁰ AGN, Causas Criminales, leg. 117, [26/01/1852 – 04/02/1852], fol. 1.

pormenor del acontecimiento, “encontrando al mencionado Don Juan, en el estado de desmayo y vomitando sangre”.⁷¹

En ese sentido, esta colaboración era fundamental para generar la intervención de los agentes policiales en el interior de los espacios privados donde las víctimas se veían imposibilitadas de hacerse escuchar por dichos agentes. Veamos algunos ejemplos. En 1829 Mariano Jurado Mariano Jurado, inspector del barrio dos del cuarto distrito, gracias al aviso de una vecina, pudo interferir en la agresión que estaba sufriendo Manuela Ramírez, menor de trece años:

A las diez y media de la noche anterior Doña Luisa Seleneyra vecina de este barrio de mi cargo, se me apareció en mi casa habitación dándome parte que en la pulpería de la esquina estaban dando muchos gritos pidiendo auxilio, y que como estaba cerrada creía que estuvieran matando a alguna mujer. A esto [...] resultó verdad que ese pulpero nombrado Ambrosio Alarcón tenía amarrada a una joven como de 13 a 14 años y la estaba castigando cruelmente sin querernos exponer los fundamentos de aquello [...].⁷²

Este descubrimiento provocó la inmediata captura de Ambrosio Alarcón. Juana Ramírez, madre de la menor, manifestó posteriormente que fue ella la que le pidió al dicho Alarcón, su conviviente, que azotase a su hija debido a que ésta “andaba con distracciones impropias de su edad”.⁷³

Un caso similar fue el de la agresión de Juan de la Rosa contra su esposa María Cárdenas en 1840. La intervención policial nuevamente fue generada por el aviso de una vecina:

A las doce de la noche del día de ayer hallándose el cabo de mi sección con el sereno Romualdo Pérez, ocupando este su puesto en la esquina de los Huérfanos, les fue a dar parte una vecina que en la calle de Guadalupe pedían auxilio. A la que se dirigieron inmediatamente, en donde oyeron gritar a una mujer que decía la mataban, más como esta voz salía de una tienda que se hallaba cerrada, tocó el cabo para que la abriesen, a lo que contestó el hecho muchos insultos y amenazas, con expresiones muy obscenas, dirigiéndose a u pues seguramente creyó que me hallaba presente. No pudiendo tolerar más el cabo tanto impropio como los

⁷¹ AGN, Causas Criminales, leg. 16, [12/08/1831-21/11/1831], fol. 5.

⁷² AGN, Causas Criminales, leg. 10, [31/10/1829 – 07/11/1829], fols. 1-2.

⁷³ AGN, Causas Criminales, leg. 10, [31/10/1829 – 07/11/1829], fol.6.

incesantes gemidos que daba la infeliz mujer que estaba encerrada, trató de esforzar la puerta la misma que fue abierta [...].⁷⁴

El agresor fue capturado después de una violenta resistencia. En su testificación, justificó su agresión, afirmando que “se suscitó una molestia entre ambos, pues su esposa insultó al que declara con expresiones muy obscenas, lo que obligó al declarante a levantarle la mano, pegándole una trompada”.⁷⁵

Las justificaciones dadas por los implicados en esos hechos demuestran lo extendido que estaba en la sociedad limeña el uso de la violencia física en las relaciones interpersonales como parte de prácticas punitivas (Aguirre, 2008, p.43). Por lo tanto, los mencionados avisos de las vecinas a los agentes policiales ayudaron seguramente a interrumpir agresiones físicas, acciones que dentro de los espacios privados tenían muchas posibilidades de pasar desapercibidas, por lo que podían desembocar en homicidios.

De esta manera, la colaboración entre la población y los agentes policiales, evidencia la expansión del uso de la coerción en relación a la seguridad pública. Es decir, esta atribución, en gran medida, pasaba a ser una tarea permanente de toda la comunidad. Por lo tanto, las fronteras entre el gobierno republicano y la sociedad se tornaban porosas en torno al ejercicio de la coerción relacionada a la seguridad pública, lo que, a su vez, potenciaba la frágil capacidad coercitiva del Estado.

⁷⁴ AGN, Causas Criminales, leg. 63, [29/04/1840 – 11/05/1841], fol.1.

⁷⁵ AGN, Causas Criminales, leg. 63, [29/04/1840 – 11/05/1841], fol. 3.

Conclusiones

Los fundadores de la república peruana percibieron que la búsqueda de soluciones a la cuestión de la seguridad pública de Lima era un asunto estrechamente relacionado al fortalecimiento de la legitimidad de la autoridad de la precaria estructura de gobierno que buscaban construir. Además, se pensaba que la mejora del estado de la seguridad pública significaría una transformación de la sociedad en un conjunto de ciudadanos disciplinados y laboriosos, tal como lo habían proyectado las reformas borbónicas. Por lo tanto, las autoridades republicanas buscaron reforzar la estructura institucional relacionada a la seguridad pública que dichas reformas instalaron en Lima a fines de la época colonial. En ese sentido, se encargó al Ejército la formación de compañías policiales. De esta manera, se buscaba complementar el accionar de la Compañía de Serenos y de las alcaldías de barrio. La Prefectura de Lima era la institución encargada de que esta estructura institucional funcionase.

No obstante, no toda la estructura institucional relacionada a la seguridad pública, que se heredó de la época colonial, se mantuvo inalterable. En 1828 se prohibió que la municipalidad, el equivalente del cabildo, tuviera participación en la función de la seguridad pública. De esta manera, se diluía la tradición de gobierno del Antiguo Régimen, en relación a la seguridad pública, que había legitimado que el cabildo pudiera participar en la tarea de proteger la vida y las propiedades de las personas a través, por ejemplo, de la captura de delincuentes por parte de los alcaldes y de la formación de grupos armados que eran encargados de perseguir a bandidos o cimarrones; y que se había mantenido durante el periodo de aplicación de las reformas borbónicas.

El proceso de centralización de la función de la seguridad pública en el naciente Estado republicano no dejó de ser afectada por la inestabilidad política que marcó su historia temprana. Las guerras fueron un factor clave que incidieron en la configuración de las fuerzas policiales del Ejército. Cuando las guerras se desarrollaban el número de integrantes de la tropa de estas fuerzas disminuyó o se reforzaba la tendencia al estancamiento de sus dimensiones, el cual era generado por la escasez de ingresos fiscales. Las guerras tuvieron este impacto debido, en gran medida, a que la formación

del Estado en el Perú, durante la temprana república, no implicó el fortalecimiento del Ejército, como sí ocurrió en Europa -de acuerdo a Charles Tilly-. Por ello, cuando las guerras civiles fragmentaban al Ejército en diferentes bandos enfrentados entre sí y el escenario de las guerras internacionales se trasladaba al territorio peruano se potenciaba la necesidad de hombres de los ejércitos liderados por los caudillos o del Ejército nacional, respectivamente. En consecuencia, se decidía incorporar a parte de las fuerzas policiales a las compañías que marchaba a los campos de batalla.

Además, la prohibición de la participación de la municipalidad en la función de la seguridad pública ocasionó que la población de Lima no estuviera representada por una instancia de gobierno local en la toma de decisiones acerca del uso que se les daba a las fuerzas policiales del Ejército. La Prefectura de Lima, que era la institución encargada de la dirección de estas compañías, no fue una institución representativa de la sociedad o de parte de esta como lo fue el cabildo. Por ello, los notables de la ciudad tenían poca capacidad de presión para impedir que las dichas fuerzas policiales fueran debilitadas. En ese sentido, el alineamiento de los prefectos con los intereses políticos de los caudillos, quienes los designaban, provocaba que no tuvieran la capacidad de impedir que estas fuerzas policiales se redujeran en contextos bélicos.

Las dimensiones de las fuerzas policiales del Ejército recién pudieron crecer sostenidamente a partir de la segunda mitad de la década de 1840 debido a la consolidación de una relativa paz política. En ese sentido, en 1852 se creó la Gendarmería y el número de integrantes de su tropa aumentó considerablemente debido al crecimiento de los ingresos fiscales que fue provocado por el auge de la exportación del guano. Sin embargo, esta mejora del estado de la hacienda pública no tuvo como consecuencia inmediata el fortalecimiento del Ejército. En 1854 se disolvió la infantería de la Gendarmería para incorporar a sus integrantes al ejército comandado por el presidente José Rufino Echenique, quien se encontraba inmerso en una guerra civil contra Ramón Castilla y su ejército.

La situación de la Compañía de Serenos, por su parte, fue distinta a la de las fuerzas policiales del Ejército. El número de sus integrantes se mantuvo estable debido a que consolidó una clara separación entre ella y el Ejército, lo cual fue clave debido a que evitaba que la compañía se involucrara en las guerras. En otras palabras, los serenos no eran reclutados normalmente. La principal causa de esto es que sus recursos económicos

eran recaudados entre la población, manifestando explícitamente que iban a ser destinados, en gran medida, al mantenimiento económico de la compañía. En consecuencia, se daba forma a un pacto político que impidió que los caudillos incorporasen a los serenos a sus ejércitos, a pesar que al igual que las fuerzas policiales del ejército, estaban bajo la dirección de la prefectura.

Sin embargo, la estabilidad de la Compañía de Serenos significaba también que su volumen se mantenía estancado, y que, por ende, no se podía desplegar en la ciudad la cantidad de serenos que establecía la normatividad. Recién en 1854, cuando los ingresos de la compañía pasaron a depender de hacienda pública, en un contexto de crecimiento de los ingresos fiscales, el número de serenos tuvo un incremento significativo y pudo superar la cifra reglamentaria de 192 serenos.

Ahora bien, la prefectura debía dirigir la instauración de un modelo de seguridad pública que se apoyaba principalmente en dos estrategias coercitivas: la vigilancia permanente de las calles; y la captura de los individuos que eran vistos *in fraganti* atentando contra la seguridad pública, o de los sospechosos. Por lo tanto, el despliegue de agentes policiales al interior de la ciudad era de suma importancia para hacer viable este modelo.

El limitado despliegue de las fuerzas policiales del Ejército en relación a la custodia de la seguridad de la población de la ciudad los dotó de una reducida capacidad coercitiva para disuadir y reprimir los delitos que se producían al interior de dicho espacio urbano. Es decir, una menor parte de ellas fue destinada a patrullar las calles. Sin embargo, podemos afirmar que la presencia de gran parte de estas fuerzas policiales en la ciudad convertía a esta en una isla de seguridad, a diferencia de los caminos, donde la inseguridad y la incertidumbre primaban. Es decir, al interior de la ciudad se formaba un contingente de efectivos policiales del Ejército con capacidad coercitiva para disuadir en épocas de guerra civil el ingreso de montoneros, impidiendo así que se hiciese realidad el más grande temor de la población. Sin embargo, el debilitamiento de las fuerzas policiales en estos contextos podía generar condiciones que estimularan el ingreso de los montoneros como sucedió a fines de 1835.

Los serenos, por su parte, fueron en su totalidad destinados a vigilar las calles durante las noches. Por ello, estos agentes tuvieran una mayor capacidad coercitiva, que las

fuerzas policiales del Ejército, para disuadir y reprimir los delitos que se producían dentro de la ciudad. Además, este despliegue de los serenos, junto con el de los efectivos del escuadrón y la infantería de policía que patrullaban las calles, provocó que se consolidara una forma relación entre el Estado y sociedad que no solo se basaba en el ejercicio de la coerción policial, sino también en la colaboración entre los vecinos y los agentes policiales. Es decir, se formó una cultura de la prevención. ¿Cómo se expresó ello? Los limeños informaban constantemente a los agentes policiales lo que ocurría en las calles que habitaban, y colaboraban con estos en la disuasión y represión del delito cuando su seguridad o la de sus vecinos era amenazada o violentada. De esta manera, se potenciaba la débil capacidad coercitiva del Estado, así como también se generaba que sus fronteras con la sociedad se tornaran porosas debido a que gran parte de esta se involucraba en la tarea de la seguridad pública. Por lo tanto, el proceso de formación del Estado se tornaba cotidiano y permanente.

ANEXOS

Anexo 1

Mapa de la ciudad de Lima (1858)



Fuente: “Plano de la ciudad de Lima, rectificado por Manuel Atanasio Fuente (1858)”, en Juan Günther, *Planos de Lima 1613-1983*. Lima, Perú: Municipalidad de Lima Metropolitana – Petróleos del Perú.

Anexo 2

Denominaciones de las fuerzas policiales del Ejército (1825 – 1855)

Denominación	Periodo
Escuadrón de Dragones de Policía	1825 – 1829
Compañía de Seguridad Pública	1829 - 1834
Cuerpo de Policía	1834 – 1835
Escuadrón de Gendarmes	1835
Escuadrón de Dragones	1835
Cuerpo de Policía	1836
Escuadrón de Policía	1836 – 1837
Cuerpo de Policía	1837 – 1838
Escuadrón de Dragones de Policía	1839 – 1840
Compañía de Infantería de Policía	1840 – 1842
Columna de Infantería de Policía	1842
Columna Veterana de Policía	1843
Compañía de Capa	1843 – 1844
Escuadrón de Dragones de Policía	1843
Regimiento de Dragones de Policía	1843 – 1844
Escuadrón de Dragones de Policía	1844 – 1852
Columna de Infantería de Policía	1844 – 1848
Batallón de Policía	1848 – 1852
Gendarmería	1852 – 1855

Fuente: Elaboración propia.

Anexo 3

Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón Dragones de Policía (1827-1829)

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1827	Primera	–	56	41	–	87	88	81	70	88	76	96	89
	Segunda	–	50	54	–								91
	Tercera	–	–	–	–								43
	Total	–	106	95	–	87	88	81	70	88	76	96	223

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1828	Primera	100	87	96	86	84	54	54	75	64	92	89	100
	Segunda	96	95	96	88	82	75	75	74	71	78	75	91
	Tercera	—	63	81	77	74	63	63	76	62	30	30	30
	Total	196	245	273	251	240	192	192	225	197	200	194	221

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1829	Primera	93	89	92	94	71	72	–	–	–	–	–	–
	Segunda	90	86	85	92	84	85	–	–	–	–	–	–
	Tercera	30	30	30	30	30	30	–	–	–	–	–	–
	Total	213	205	207	216	185	187	–	–	–	–	–	–

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1827: O.L 108, caja 89, docs. 1650-1672, 1828: O.L. 178, caja 108, docs. 1148-1187; 1829: O. L. 189, caja 129, docs. 927-936.

Anexo 4

Cifras de integrantes de la tropa de la Compañía de seguridad Pública (1830-1834) *

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1830	Única	88	57	58	57	57	57	57	57	57	67	80	80
1831	Única	80	86	100	94	94	91	85	84	88	89	85	80
1832	Única	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
1833	Única	96	96	96	96	97	97	98	100	100	100	90	95
1834	Única	94	–	–	43	68	62	73	–	–	–	–	–

*No disponemos de cifras para el año 1832

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda -1830: O.L. 200, caja 158, docs. 1963-1984; 1831: O. L. 210, caja 185, docs. 1458-1489; 1833: O. L. 227, caja 234, docs. 876-887; 1834: O. L. 285, caja 265, docs. 1238-124.

Anexo 5

Cifras de integrantes de la tropa del Cuerpo de Policía (1835)

Secciones	Enero	Febrero
Primera compañía	70	82
Infantería	40	48
Total	110	130

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1835: O. L. 243, caja 290, docs. 1149-1152.

Anexo 6

Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón de Gendarmes de Lima (1835)

Secciones	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto
Primera Compañía	23	19	13	13	34	30
Segunda Compañía	18	—	37	37		
Total	41	19	58	50	34	30

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1835: O. L. 243, caja 290, docs. 1085-1091.

Anexo 7

Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón Dragones de Lima (1835)

Secciones	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre
Primera Compañía	49	—	22	—	58	50	64
Segunda Compañía	13	—	—	—	37	55	59
Total	62	—	22	—	95	105	123

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1835: O. L. 243, caja 290, docs. 1099-1104.

Anexo 8

Cifras de integrantes de la tropa del Cuerpo de Policía (1836) *

Año	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1836	Infantería	25	—	36	31	39	42	36	40	36	40	—	47
	Caballería	29	35	51	48	59	52	51	58	52	51	—	47
	Total	54	35	87	79	98	94	87	98	88	91	—	94

*A partir del mes de diciembre se empezó de llamar Escuadrón de Policía.

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1836: O.L. 249, caja 311, docs. 497-508.

Anexo 9

Cifras de integrantes de la tropa del Cuerpo y Escuadrón de Policía (1837-1838) *

Año	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1837	Primera Compañía	51	55	51	60	59	70	76	73	64	71	72	70
	Segunda Compañía	51	55	51	58	55	70	72	74	71	77	86	82
	Compañía de Infantería	—	—	—	—	—	—	—	—	103	106	106	119
	Total	102	110	102	118	114	140	148	147	238	254	264	271

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1838	Primera Compañía	66	65	65	74	79	76	74	–	69	–	–	26
	Segunda Compañía	77	78	77	59	67	68	76	–		–	–	33
	Compañía de Infantería	72	81	84	101	102	101	105	–	–	–	25	–
					55	68	82	112	–	–	–	25	–
	Total	215	224	226	289	316	327	367	–	69	–	50	59

*A partir de septiembre el Escuadrón de Policía pasó a llamarse nuevamente Cuerpo de Policía.

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1837: O. L. 257, caja 435 – 449; 1838: O. L. 266, caja 334, docs. 675-685.

Anexo 10

Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón Dragones de Policía (1839-1840)

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1839	Primera	51	–	–	62	62	67	73	74	74	77	76	79
	Segunda	46	–	–	58	61	65	61	74	81	76	82	87
	Infantería	–	–	–	–	–	–	22	71	109	105	97	54
	Piquete	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	33	–
	Total	97	–	–	120	123	132	156	219	264	258	288	220
1840	Primera	83	31	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
	Segunda	86	29	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
	Infantería	53	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
	Total	74	60	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1839: O. L. 273, caja 382, docs. 1027-1037; 1840: O.L. 281, Caja 405 A, docs. 2068-2069.

Anexo 11

Cifras de integrantes de la tropa de la Columna de Infantería de Policía (1839 - 1842)

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1840	Única	74	60	57	–	–	80	80	76	84	85	80	92
1841	Primera	96	102	83	176	168	86	75	77	88	86	82	9
	Segunda						83	76	77	84	84	80	
	Total	96	102	83	176	168	169	151	154	172	170	162	9
1842	Primera	42	50	78	90	130	73	70	79	73	144	–	–
	Segunda						77	72	75	86	144	–	–
	Total	42	50	78	90	130	150	142	154	159	288	–	–

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1840: O.L. 281, Caja 405 A, docs. 2035-2042; 1841: O. L. 289, Caja 425, docs. 1966-1987; 1842: O. L. 297, Caja 444, docs. 1200-1202, 1154-1167.

Anexo 12

Cifras de integrantes de la tropa de la tropa de la Columna Veterana de Policía (1843)

Secciones	Enero	Febrero	Marzo
Primera compañía	—	3	64
Segunda Compañía	—	2	63
Tercera Compañía	—	1	60
Total	—	6	187

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1843: O. L. 305, Caja 466, docs. 1499-1500.

Anexo 13

Cifras de integrantes de la tropa de la Compañía de Capa (1843 - 1844)

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1843	Única	29	47	49	31	26	26	26	26	26	26	26	28
1844	Única	32	32	32	30	31	28	25	25	27	–	–	–

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1843: O. L. 305, caja 465, docs. 1298-1313; 1844: O. L. 313, caja 482, docs. 969-986.

Anexo 14

Cifras de integrantes de la tropa del Escuadrón de Policía (1843 - 1852) *

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1843	Primera	–	–	50	20	33	63	31	35	42	43	41	40
	Segunda	–	–	44	15	32	61	29	41	36	39	41	40
	Tercera	–	–	–	–	–	–	3	11	12	13	16	29
	Cuarta	–	–	–	–	–	–	4	12	19	17	18	25
	Total	–	–	94	35	65	124	67	99	109	112	116	134

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1844	Primera	38	41	45	43	25	34	–	22	52	47	47	47
	Segunda	40	42	44	42			–	26	50	49	47	–
	Tercera	37	40	41	39			–	–	–	–	–	–
	Cuarta	33	36	45	41			–	–	–	–	–	–
	Total	148	159	175	165	25	34	–	48	102	96	94	47

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1845	Primera	–	12	14	21	24	49	48	44	50	53	–	56
	Segunda	–	3	13	15	20	47	45	46	53	54	–	57
	Total	–	15	27	36	44	96	93	90	103	107	–	113
1846	Primera	57	56	66	65	70	70	67	52	54	57	62	66
	Segunda	59	59	62	66	72	70	69	60	61	60	61	65
	Total	116	115	128	131	142	140	136	112	115	117	123	131

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1847	Primera	62	67	67	62	62	27	41	49	48	45	52	52
	Segunda	62	67	65	68	65	30	41	47	48	46	52	51
	Total	124	134	132	130	127	57	82	96	96	91	104	103
1848	Primera	49	45	43	40	39	40	38	41	–	–	–	–
	Segunda	48	41	39	36	37	40	41	40	–	–	–	–
	Total	97	86	82	76	76	80	79	81	–	–	–	–

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1849	Primera	47	42	43	44	43	45	50	53	53	55	55	56
	Segunda	45	42	47	50	47	48	50	52	54	55	56	54
	Total	92	84	90	94	90	93	100	105	107	110	111	110
1850	Primera	53	58	56	58	54	57	56	61	71	75	73	67
	Segunda	54	56	55	55	53	52	55	62	73	75	73	68
	Total	107	114	111	113	107	109	111	123	144	150	146	135

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1851	Primera	61	59	60	62	54	51	47	47	48	47	49	50
	Segunda	67	67	68	66	57	58	52	49	47	48	50	48
	Tercera	–	–	–	–	–	18	25	27	26	27	26	24
	Piquete	–	–	–	–	–	–	–	11	–	–	–	–
	Total	128	126	128	128	111	127	124	134	121	122	125	122

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1852	Primera	48	50	47	50	–	–	–	–	–	–	–	–
	Segunda	48	49	50	47	–	–	–	–	–	–	–	–
	Tercera	25	26	27	27	–	–	–	–	–	–	–	–
	Total	121	125	124	124	–	–	–	–	–	–	–	–

* De junio de 1843 a junio de 1844, el escuadrón fue llamado Regimiento Dragones de Policía.

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1843: O. L. 305, Caja 465, docs. 1338-1347, 1365-1368; 1844: O. L. 313, Caja 484, docs. 1343-1357, 1258-1271; 1845: O. L. 321, Caja 512, docs. 1966-1976; 1846: O. L. 328, docs. 2144-2154; 1847: O. L. 335, docs. 1770-1788; 1848: O. L. 343, docs. 1738-1747; 1849: O. L. 352, docs. 1738-1747; 1850: O. L. 360, 1389-1400; 1851: O. L. 369, docs. 1387-1406; 1852: O. L. 375, docs. 1612-1627.

Anexo 15

Cifras de integrantes de la tropa de la Columna de Infantería de Policía (1844 - 1852) *

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1844	Primera	–	–	–	–	–	–	–	–	22	42	63	–
	Segunda	–	–	–	–	–	–	–	–	27	43	52	50
	Total	–	–	–	–	–	–	–	–	49	85	115	50
1845	Primera	46	54	57	48	47	39	43	50	59	59	64	65
	Segunda	48	52	52	47	47	48	45	51	58	61	67	69
	Total	94	106	109	95	94	87	88	101	117	120	131	134

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1846	Primera	69	72	76	77	80	69	82	67	72	76	77	81
	Segunda	70	69	77	74	73	70	66	63	63	60	68	79
	Total	139	141	153	151	153	139	148	130	135	136	145	160
1847	Primera	80	88	84	82	86	79	83	82	82	79	83	84
	Segunda	79	90	82	83	86	84	84	84	81	77	81	82
	Total	159	178	166	165	172	163	167	166	163	156	164	166

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1848	Primera	47	37	39	37	37	73	73	68	56	53	55	57
	Segunda	46	38	36	—	37	72	67	62	53	53	53	52
	Total	93	75	75	37	74	145	140	130	109	106	108	109
1849	Primera	51	54	59	61	61	58	55	57	58	59	57	53
	Segunda	48	48	53	58	56	56	60	59	63	58	55	57
	Total	99	102	112	119	117	114	115	116	121	117	112	110

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1850	Primera	59	66	61	–	–	50	51	57	57	62	69	65
	Segunda	62	64	65	–	–	51	51	54	57	60	69	73
	Total	121	130	126	–	–	101	102	111	114	122	138	138
1851	Primera	86	85	85	85	72	73	71	72	71	66	66	75
	Segunda	86	89	86	74	69	66	65	62	60	61	63	74
	Total	172	174	171	159	141	139	136	134	131	127	129	149

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1852	Primera	78	79	80	82	–	–	–	–	–	–	–	–
	Segunda	77	83	81	79	–	–	–	–	–	–	–	–
	Total	155	162	161	161	–	–	–	–	–	–	–	–

* A partir de junio de 1848, la columna pasó a llamarse Batallón de Policía.

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1844: O. L. 313, Caja 484, docs. 1225-1251; 1845: O. L. 321, Caja 512, docs. 1951-1965; 1846: O. L. 328, docs. 2122-2143; 1847: O. L. 335, docs. 1755-1769; 1848: O. L. 343, docs. 1748-1753, 1730-1737; 1849: O. L. 352, docs. 1730-1737; 1850: O. L. 360, docs. 1379 – 1388; 1851: O. L. 369, docs. 1368 – 1386; 1852: O. L. 375, docs. 1518 – 1521.

Anexo 16

Cifras de integrantes de la tropa del Regimiento de Gendarmes de Caballería (1852 - 1855)

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1852	Primera	–	–	–	–	50	50	58	50	50	54	53	54
	Segunda	–	–	–	–	46	53	60	50	50	50	51	53
	Tercera	–	–	–	–	35	34	48	49	50	54	52	55
	Cuarta	–	–	–	–	–	30	31	43	53	51	52	53
	Total	–	–	–	–	131	167	197	192	203	209	208	215

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1853	Primera	56	56	60	60	61	61	60	54	63	54	53	52
	Segunda	53	53	54	57	56	60	58	57	55	58	63	62
	Tercera	56	54	57	56	55	64	60	56	52	56	64	63
	Cuarta	65	64	67	70	70	73	70	52	57	58	57	61
	Quinta	–	–	–	–	–	–	–	31	25	30	31	48
	Total	230	227	238	243	242	258	248	250	252	256	268	286

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1854	Primera	56	60	57	59	63	64	63	63	71	–	–	59
	Segunda	59	62	62	62	73	68	66	60	69	–	–	55
	Tercera	60	65	54	61	66	64	65	62	67	–	–	54
	Cuarta	61	63	50	63	70	72	78	64	68	–	–	57
	Quinta	42	31	30	34	49	44	36	38	36	–	–	56
	Total	278	281	253	279	321	312	308	287	311	–	–	281

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1855	Primera	–	45	54	50	50	42	45	45	26	34	41	38
	Segunda	–	48	53	51	40	47	46	52	25	25	36	35
	Tercera	–	–	–	–	–	–	–	24	27	24	40	42
	Cuarta	–	–	–	–	–	–	–	–	27	32	42	43
	Quinta	–	–	–	–	–	–	–	–	30	36	38	39
	Sexta	–	–	–	–	–		–	–	24	–	–	–
	Total	–	93	107	101	90	89	91	121	159	151	197	197

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1852: O. L. 375, docs. 1640-1654; 1853: O. L. 382, docs. 1300-1311; 1854: O. L. 388, docs. 2130-2139; 1855: O.L 394, docs. 1607 – 1617.

Anexo 17

Cifras de integrantes de la tropa del Batallón de Gendarmes de Infantería (1852 - 1855)

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1852	Primera	–	–	–	–	81	100	98	100	103	92	84	76
	Segunda	–	–	–	–	82	60	77	83	94	91	86	86
	Tercera compañía	–	–	–	–	131	138	182	200	143	178	185	192
	Total	–	–	–	–	294	298	357	383	340	361	355	354

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1853	Primera	80	81	79	69	68	70	70	73	97	93	95	106
	Segunda	72	75	73	67	70	68	67	72	76	78	76	86
	Tercera	193	186	179	189	188	174	182	174	188	183	183	184
	Total	345	342	331	325	326	312	319	319	361	354	354	376

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1854	Primera	89	82	78	100	99	126	–	–	–	–	–	–
	Segunda	91	86	83	100	106	132	–	–	–	–	–	–
	Tercera	23	3	1	82	82	128	–	–	–	–	–	–
	Cuarta	–	–	–	–	–	6	–	–	–	–	–	–
	Total	203	171	162	282	287	392	–	–	–	–	–	–

Años	Secciones	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1855	Primera	–	–	10	25	27	33	32	70	89	44	40	36
	Segunda	–	–	11	23	22	32	29	66	78	40	40	38
	Tercera	–	–	8	21	19	32	31	65	77	40	35	36
	Cuarta	–	–	9	26	25	33	30	70	83	42	21	35
	Quinta	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	55	44
	Sexta	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	40
	Total	–	–	38	95	93	130	122	271	327	166	191	229

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1852: O. L. 375, docs. 1468 - 1481; 1853: O. L. 382, docs. 1287 – 1299; 1854: O. L. 388, docs. 2121 – 2129; 1855: O. L. 394, docs. 1594 – 1603.

Anexo 18

Cifras de integrantes de la Compañía de Serenos (1840 - 1852) *

Año	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1840	–	110	129	122	123**	136	140	139	135	128	144	149
1841	141	151	137	139	139	139	139	133	136	135	136	129
1842	92**	118	115	106	101	99	94	107	111	101	94	97
1843	113**	151	148	148	136	150	155	155	153	155	162	150**
1844	168	143	148	–	138	135	116	93	108	–	116	117
1845	–	–	–	125	–	119	108	108	122	120	120	126

Año	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1846	125	126	131	128	129	130	134	127	115**	128	138	129
1847	140	144	137	140	128**	148	146	141	141	143	142	139
1848	135	135	142	139	142	132	130	130	129	129	128	128
1849	129	123	130	129	130	130	129	129	128	128	130	130
1850	130	128	127	–	–	122	145	137	140	138	138	138

Año	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1851	138	122**	144	138	139	139	136	131	132	138	138	138
1852	138	–	–	138								

* No incluye a los cabos y a los tenientes de la compañía.

** No indica la cifra completa.

Fuentes: AGN, Ministerio de Hacienda. 1840: O.L 281, caja 405, docs. 1925-1937; 1841: O. L. 289, caja 425, docs. 2090-2289; 1842: O. L. 297, caja 444, docs. 1168-1185; 1843: O. L. 305, caja 466, docs. 1532 – 1543; 1844: O. L. 313, caja 485, docs. 1391 – 1416; 1845: O. L. 321, Caja 512, docs. 1986-1976; 1846: O. L. 328, docs. 2164 – 2174; 1847: O. L. 335, docs. 1789 – 1800; 1848: O. L. 343, docs. 1757 – 1893; 1849: O. L. 352, docs. 918 – 929; 1850: O. L. 360, docs. 1526 – 1535; 1851: O. L. 369, docs. 1407 – 1456; 1852: O. L. 375, docs. 1583 – 1595.

Anexo 19

Cifras de integrantes del Piquete de Serenos Montados (1850 – 1851)

Año	Sección	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1850	Única	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	20	20
1851	Única	20	50	20	20	20	20	20	20	20	20	20	20

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1850: O. L. 360, docs. 1534 – 1535; 1851: O. L. 369, docs. 1407 – 1456; 1852: O. L. 375, docs. 1583 – 1595.

Anexo 20

Cifras de integrantes de la Compañía de Vigilantes montados (1851 – 1852)

Año	Sección	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1851	Única	–	–	30	30	30	30	30	30	30	30	30	30
1852	Única				50	30							

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1851: O. L. 369, docs. 1485 – 1506; 1852: O. L. 375, docs. 1608 – 1611.

Anexo 21

Cifras de integrantes de la Compañía de Serenos (1854 – 1855)

Año	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1854	195	218	215	252	–	244	–	259	273	271	286	123
1855	185	192	198	180	179	179	180	–	–	204	220	231

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1854: O. L. 388, docs. 2108 – 2120; 1855: O. L. 394, docs. 1662 – 1669.

Anexo 22

Cifras de integrantes de la Columna de Vigilantes a caballo (1855) *

Año	Sección	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
1855	Única	–	–	–	23	20	20	24	–	–	24	21	23

* Llamado piquete de abril a julio.

Fuente: AGN, Ministerio de Hacienda. 1855: O. L. 394, docs. 1665 – 1669.

Anexo 23

Promedios anuales de las cifras de integrantes de la tropa de las fuerzas policiales formadas por el Ejército (1827-1855) *

Años	Promedios
1827	101
1828	219
1829	202
1830	64
1831	88
1832	—
1833	97
1834	68
1835	80
1836	82
1837	167
1838	214
1839	188
1840	77
1841	134
1842	128
1843	126
1844	138
1845	167
1846	270
1847	272
1848	155
1849	212
1850	223
1851	272
1852	450
1853	589
1854	441
1855	278

* No disponemos de cifras para el año 1832.

Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 3-17.

Anexo 24

Promedios anuales de las cifras de integrantes de la infantería de policía (1836-1852)

Años	Promedios
1836	37
1837	109
1838	120
1839	76
1840	77
1841	134
1842	128
1843	47
1844	47
1845	106
1846	144
1847	165
1848	100
1849	113
1850	120
1851	147
1852	160

Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 8-13, y 15.

Anexo 25

Promedios anuales de las cifras de integrantes de la Compañía de Serenos (1840-1855) *

Años	Promedios
1840	133
1841	138
1842	104
1843	151
1844	128
1845	119
1846	130
1847	142
1848	133
1849	129
1850	134
1851	137
1852	138
1853	—
1854	234
1855	195

* No incluye las cifras de tenientes, cabos y vigilantes montados.

Fuente: Elaboración propia en base a los anexos 18 y 21.

Fuentes y bibliografía

Fuentes de archivo

Archivo General de la Nación

Poder Judicial – Causas Criminales

1825: legajo 2

1827: legajos 3-5

1829: legajo 10

1830: legajos 12 y 13

1831: legajo 16

1832: legajo 20

1833: legajos 22-28

1836: legajo 44

1837: legajo 47

1838: legajo 53

1840: legajos 61-66

1841: legajo 69

1845: legajos 80-85

1850: legajos 108-112

1852: legajo 117

1855: legajos 133-141

Ministerio de Hacienda – Expedientes oficiales (O. L.)⁷⁶

1827: O.L 108, caja 89

1828: O.L. 178, caja 108

1829: O. L. 189, caja 129

1830: O.L. 200, caja 158

1831: O. L. 210, caja 185

1833: O. L. 227, caja 234

1834: O. L. 285, caja 265

1835: O. L. 243, caja 290

1836: O.L. 249, caja 311

1837: O. L. 257, caja 334

1838: O. L. 266, caja 355

1839: O. L. 273, caja 382

1840: O.L. 281, Caja 405

1841: O. L. 289, Caja 425

1842: O. L. 297, Caja 444

1843: O. L. 305, Cajas 465 y 466

1844: O. L. 313, Cajas 482, 484, 485

1845: O. L. 321, Caja 512

1846: O. L. 328

1847: O. L. 335

1848: O. L. 343

⁷⁶ Los documentos se encuentran en cajas solo hasta el año 1846. A partir de 1847 solo pueden ser ubicados a partir de su código O. L.

1849: O. L. 352

1850: O. L. 360

1851: O. L. 369

1852: O. L. 375

1853: O. L. 382

1854: O. L. 388

1855: O.L 394

Archivo Histórico Militar

Correspondencia recibida por el Ministerio de Guerra

1825: legajos 13 y 20

1827: legajo 15

1828: legajo 4

1829: legajos 11 y 14

1833: legajo 7

1835: legajo 13

1836: legajo 13

1837: legajo 1

1839: legajo 12 y 26

1840: legajo 11

1841: legajo 30

1842: legajo 22

1844: legajo 17

1846: legajos 7, 12, 13, 18, 19 y 20

1847: legajo 18

1848: legajo 7

1849: legajo 19

1850: legajos 14 y 20

1851: legajos 13 y 16

1854: legajos 12 y 25

Archivo Digital de la Legislación Peruana

República del Perú (1823). *Constitución de 1823*. Recuperado de http://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/constituciones_ordenado/CONSTIT_1823/Cons1823_TEXTO.pdf/

_____ (1826). *Constitución de 1826*. Recuperado de http://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/constituciones_ordenado/CONSTIT_1826/Cons1826_TEXTO.pdf

_____ (1828). *Constitución de 1828*. Recuperado de http://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/constituciones_ordenado/CONSTIT_1828/Cons1828_TEXTO.pdf/

_____ (1834). *Constitución de 1834*. Recuperado de http://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/constituciones_ordenado/CONSTIT_1834/Cons1834_TEXTO.pdf/

_____ (1839). *Constitución de 1839*. Recuperado de http://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/constituciones_ordenado/CONSTIT_1839/Cons1839_TEXTO.pdf

Periódicos

El Mercurio Peruano, 1829

El Comercio, 1843-1852

Fuentes publicadas

Abascal, Fernando (1807). *Reglamento de Serenos*. Lima, Perú.

Cortes de Cádiz (1812). *Constitución política de la Monarquía española*. Cádiz: Imprenta real.

Escobedo, Jorge (1785). *División de cuarteles y barrios, e instrucción para el establecimiento de alcaldes de barrio en la capital de Lima*. Lima, Perú.

Carrasco, Eduardo (1825). *Calendario y guía de forasteros de Lima, para el año de 1826*. Lima, Perú: Imprenta del Estado.

Fuentes, Manuel Atanasio (1858). *Estadística general de Lima*. Lima, Perú: Tipografía Nacional de M. N. Corpancho.

Oviedo, Juan (1861). *Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde el año de 1821 hasta 31 de diciembre de 1859*. Tomos segundo, tercero y sexto. Lima, Perú: Felipe Bailly.

_____ (1867). *Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde el año de 1821 hasta 31 de diciembre de 1859*. Tomo trece. Lima, Perú: Felipe Bailly.

Paredes, José Gregorio (1832). *Calendario y guía de forasteros de Lima, para el año de 1833*. Lima, Perú: Imprenta de José María Masías.

_____ (1833). *Calendario y guía de forasteros de Lima, para el año de 1834*. Lima, Perú: Imprenta de José María Masías.

_____ (1836). *Calendario y guía de forasteros de Lima, para el año de 1837*. Lima, Perú: Imprenta de José María Masías.

Suardo, Juan Antonio de (1936). *Diario de Lima (1629-1639)*. Lima, Perú: Universidad Católica del Perú, Instituto de Investigaciones Históricas.

Tschudi, Johann (1966) [1846]. *Testimonio del Perú, 1838-1842*. Lima, Perú: Talleres Gráficos. P. L. Villanueva.

Libros y artículos

Aguirre, Carlos (1995). *Agentes de su propia libertad: los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

_____ (2008). *Dénle duro que no siente. Poder y transgresión en el Perú republicano*. Lima, Perú: Fondo editorial del pedagógico San Marcos.

Aljovín, Cristóbal (2000). *Caudillos y constituciones: Perú 1821-1845*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú – Fondo de Cultura Económica.

Basadre, Jorge (1980). *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*. Lima, Perú: Mosca Azul Editores

_____ (2015). *Historia de la República del Perú*. Lima, Perú: El Comercio.

Bowser, Fredereick (1977). *El Esclavo africano en el Perú colonial*. México D.F., México: Siglo XXI Editores.

Chambers, Sarah (1993). *De súbditos a ciudadanos: honor, género y política en Arequipa, 1780-1854*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico, Instituto de Estudios Peruanos.

Contreras, Carlos (2004). *El aprendizaje del capitalismo. Estudios de historia económica y social del Perú republicano*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.

_____ (2012). *La economía pública en el Perú después del guano y del salitre. Crisis fiscal y elites económicas durante su primer siglo independiente*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.

Cosamalón, Jesús (1999). *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia inter – racial en Santa Ana (Lima, 1795 – 1820)*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

_____ (2017). *El juego de las apariencias. La alquimia de los mestizajes y las jerarquías sociales en Lima. Siglo XIX*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú – Instituto de Estudios Peruanos.

Flores Galindo, Alberto (1991). *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*. Lima, Perú: Horizonte.

Granados, Carla y Méndez, Cecilia (2012). Las guerras olvidadas del Perú: formación del Estado e imaginario nacional. *Revista de sociología e política*, 20 (42), 57-71.

Gootenberg, Paul (1989). Niveles de precios en Lima del siglo diecinueve: algunos datos e interpretaciones. *Economía*, 12 (24), 137-205.

_____ (1995). *Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX). Algunas revisiones*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.

_____ (1997). *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano*. Cusco, Perú: Centro Bartolomé de las Casas.

Grompone, Alvaro (2016). *Ni anarquía ni pasividad: las prefecturas y la articulación social en la formación del Estado republicano, Junín 1830-1839*. Tesis para optar al título de Magister en Historia. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Guerra, François Xavier (2001). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.

Hunt, Shane (2011). *La formación de la economía peruana. Distribución y crecimiento en la historia del Perú y América Latina*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.

Lemperiere, Annick (2013). *Entre Dios y el rey: la república. La ciudad de México de los siglos XVI al XIX*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.

Mann, Michael (2007). El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados. *Relaciones internacionales*, 5. Recuperado de <http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/article/view/49/42.html>

Mannarelli, María Emma (2004). *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima, siglo XVII*. Lima, Perú: Flora Tristán.

Medina, Lourdes (1989). *El Ejército en la república: siglo XIX. La institucionalización del Ejército: logística*. Lima, Perú: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

Merino Arana, Rómulo (1966). *Historia policial del Perú en la República*. Lima, Perú: Departamento de Prensa y Publicaciones de la Guardia Civil.

Méndez, Cecilia (2013). La guerra que no cesa: Guerras civiles, imaginario nacional y la formación del estado en el Perú. En Clément Thibaud, Gabriel Entin, Alejandro Gómez

y Federica Morelli (Eds.), *L'Atlantique Révolutionnaire. Une perspective Ibero-Américaine* (pp. 379-420). Bécherel, Francia: Éditions Les Perséides.

_____ (2014). *La república plebeya. Huanta y la formación del Estado peruano, 1820-1850*. Lima, Perú: Instituto de Estudios peruanos.

McEvoy, Carmen (2015). *La guerra maldita. Domingo Nieto y su correspondencia (1834-1844)*. Tomo 1. Lima, Perú, Biblioteca Nacional del Perú.

Migdal, Joel (2011). *Estados débiles, Estados fuertes*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.

Moreno Cebrián, Alfredo (1981). Cuarteles, barrios y calles de Lima a fines del siglo XVIII. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 18, 97-161.

O'Phelan Godoy, Scarlett (2005). La construcción del miedo a la plebe en el siglo XVIII a través de las rebeliones sociales. En Claudia Rosas Lauro (Ed.), *El Miedo en el Perú, siglos XVI al XX* (pp. 123-138). Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Palma Alvarado, Daniel (2016). Los cuerpos de serenos y el origen de las modernas funciones policiales en Chile (Siglo XIX). *Historia*, 49 (2), 509-545.

Pulido Esteva, Diego (2017). Después del alcalde de barrio: experiencias policiales en la ciudad de México (1824-1861). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de <http://nuevomundo.revues.org/70578/>

Quiroz, Alfonso (1987). *La deuda defraudada: consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú*. Lima, Perú: Instituto Nacional de Cultura.

Ramón, Gabriel (1999). *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima, Perú: Seminario Internacional de Estudios Andinos – Comisión de Promoción del Perú.

_____ (1999). Urbe y orden: evidencias del reformismo borbónico en el tejido limeño. En Scarlett O'Phelan Godoy (Ed.), *El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica* (pp. 295-324). Lima, Perú: Instituto Riva Agüero.

Rojas, Rolando (2017). *La república imaginada. Representaciones culturales y discursos políticos en la época de la independencia*. Lima, Perú. Instituto de Estudios Peruanos.

Rosas Lauro, Claudia (2012). Vagos, ociosos y malentretados. La idea de la pobreza en el Perú del siglo XVIII. En Claudia Rosas Lauro (Ed.), “*Nosotros también somos peruanos*”. *La marginación en el Perú. Siglos XVI a XXI* (pp. 115-140). Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Seminario, Bruno (2015). *El desarrollo de la economía peruana en la era moderna. Precios, población, demanda y producción desde 1700*. Lima, Perú: Universidad del Pacífico.

Tilly, Charles (1992). *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Madrid, España: Alianza Editorial.

Velásquez Silva, David (2013). *La reforma militar y el gobierno de Nicolás de Piérola. El Ejército moderno y la construcción del Estado peruano*. Tesis para optar al grado académico de Magister en Historia. Lima, Perú: Universidad Nacional mayor de San Marcos.

Viqueira Albán, Juan Pablo (1987). *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*. México D.F, México: Fondo de Cultura Económica

Walker, Charles (1990). Montoneros, bandoleros, malhechores: criminalidad y política en las primeras décadas republicanas. En Carlos Aguirre y Charles Walker (eds.), *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX* (pp. 105-136). Lima, Perú: Instituto de Apoyo Agrario.

_____ (2007). ¿Civilizar o controlar? El impacto duradero de las reformas urbanas de los Borbones. En Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen (eds.), *Cultura política en los andes, 1750-1950* (pp. 105-120). Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos - Instituto Francés de Estudios Andinos - Cooperación Regional Francesa para los países andinos.

Weber, Max (2002). *Economía y sociedad*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.

Whipple, Pablo (2013). *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano. Jerarquías sociales, prensa y sistema judicial durante el siglo XIX*. Lima, Perú: Departamento de Prensa y Publicaciones de la Guardia Civil.

Zapata Cesti, Víctor (1949). *Historia policial del Perú en la República*. Lima, Perú: Departamento de Prensa y Publicaciones de la Guardia Civil.